ESCUELA NOCTURNA

Zsófia Bán

Nuevos Tiempos Siruela



Zsófia Bán

Escuela nocturna
Manual de lectura para adultos

Traducción del húngaro de
José Miguel González Trevejo



Nuevos Tiempos

Índice

Créditos

Escuela nocturna

A Hanna, para más tarde

Geografía-Historia

Madre Dondestá

Toda la aldea estaba alborotada. Madre Dondestá había desaparecido. Pusieron patas arriba los alrededores buscándola, registraron todos los sótanos, los desvanes, comprobaron todos los pajares, las colmenas, las pocilgas, los estanques, buscaron hasta en las colecciones de plumas de pavo real famosas internacionalmente, en las maletas de fibra vulcanizada, en la incubadora de huevos (que no había dado ningún resultado), en el cultivo experimental de especias alucinógenas (que sí había dado resultado), en el desintoxicador, en el elevador, en el quinto pino, en el mercado, en el mercado de valores, entre los clavelitos para los churumbeles, bajo los sombreros, en el rincón y en la rinconera, en el limo y en la jardinera. No estaba en ningún lado. Los de la aldea se miraron desanimados. Siempre hacía lo mismo. Pero hasta ahora siempre había acabado por aparecer. Dejaba que la buscaran durante horas, disfrutaba de que se preocuparan por ella, de que se pusieran nerviosos, de que se frustraran, de que se angustiaran, de que pelearan, de que se sinceraran de repente y dijeran cosas sorprendentes hasta para ellos mismos, de que se dieran codazos, de que se insultaran, de que se emborracharan salvajemente, de que se llamaran de todo unos a otros, de que se robaran la pareja en el baile y escupieran en el suelo, de que no esperaran su turno: y todo por ella. Lo disfrutaba de lo lindo. Pero después de apurar en la cantina el vaso empalagoso y dulzón del placer, acompañado de dos coñacs, siempre aparecía. Con una sonrisa avergonzada en el rostro recibía las ovaciones, los encapotamientos extremos, los microclimáticos eclipses de sol.

Kurz und gut, Madre Dondestá había recibido su nombre por esta costumbre suya, y también por haber sido madre superiora de un convento, era de las más guapas (quizás precisamente por eso le pusieron el nombre), además de porque podría haber sido la madre de cualquiera, a pesar de que no aparentaba tanto y solo era madre de uno. [En tu opinión, ¿de quién era madre Madre Dondestá? ¡Argumenta a favor o en contra!]. Hela aquí, he dado con mi madre, pensaba la aldea cada vez que encontraba a Madre Dondestá, y se agarraba con avidez a sus tetas para mamar, pero Madre Dondestá la esquivaba consecuentemente porque no le gustaba dar de mamar, así que elaboró un justificante falso que decía «mi hija está mala, por eso les pido le exoneren de la lactancia de hoy», y para sustituirse a sí misma nombró a una voluminosa gitana como suplente. Y así, toda la aldea bailaba primorosa, aunque estaba socialmente oprimida. Por razones misteriosas, Madre Dondestá llevaba una gran letra escarlata en la ropa; los sábados en cambio, una estrella

amarilla, porque hacía juego con su corto abrigo de piel. «La disonancia de colores es la muerte de la elegancia», solía decir Madre Dondestá, así que la aldea lo aprendió a su tiempo. Nunca, nunca ocurrió que, digamos, alguien vistiera de rojo con naranja, o con zapatos cursis y calcetines de felpa blancos. Cuando la invasión alemana, el transporte que partió de la aldea estaba repleto de una carga vestida con una elegancia impecable. «No me importa morir», dijo la aldea, «pero nunca seré de mal gusto». En aquel momento Madre Dondestá tenía el pecho henchido de orgullo, se alegraba de que la aldea no la hubiera avergonzado. Hay que reconocer que los alemanes valoraron los esfuerzos de la aldea en ese sentido, chasqueaban con reconocimiento, siempre que observaban un *accessoire* bien elegido, se decantaban especialmente por los alfileres de sombrero, los dientes de oro y los elegantes zapatos de ante. Los rusos eran menos receptivos y cuando en una ocasión Madre Dondestá protestó porque querían que se pusiera una falda de *bouclé* verde chillón, con una chaqueta rosa de punto, y con eso, por así decir, violar su buen gusto, en un santiamén, también ella, junto a su buen gusto, acabó en la lista. Pero nada de eso afectó a Madre Dondestá, siguió bella como siempre, misteriosa, como siempre, olía bien, como siempre, cocinaba mal, como siempre, iba a las reuniones de padres, como siempre, y golpeaba irritada con los dedos cuando no le daban línea. Por supuesto, a veces se enfadaba, pero quién no lo hace, y en esos momentos le arreaba a la aldea un soberano bofetón, de manera que después, durante días, en la piel de la aldea resaltaba la huella de los suaves y largos dedos de Madre Dondestá, por lo que esta se apresuraba después a pedir perdón y la aldea la perdonaba obsequiosamente, este era el *game* habitual entre ellos, que Madre Dondestá ganaba generalmente 6-2, 5-6, 6-1, y la prensa mencionaba desfallecida el bofetón, porque a veces también recibía alguno de sus golpes. Madre Dondestá era irascible como McEnroe, le chillaba al juez de silla, lanzaba al suelo su raqueta y les arreaba una patada en el culo a los recogepelotas si no se daban la prisa suficiente. Y aun así nadie se enfadaba con ella, porque nadie (pero *nadie*) sabía sonreír de manera tan cautivadora como Madre Dondestá, menear las caderas, mostrar los hombros y tobillos resplandecientes, hacer guiños tan coqueta y pedir cita para el dentista con tanta gracia. No, a cambio de todo eso, la aldea le perdonaba por tener que perdonarla, porque a pesar de lo mal que se portaba con frecuencia, Madre Dondestá siempre perdonaba clemente, pero también *de alguna manera*, era irritante que hubiera que pedir perdón por todo, incluso por cosas superfluas, porque Madre Dondestá «no se controlaba los nervios», aunque aparentemente nada la afectaba.

Así pasaba que la relación de la aldea con Madre Dondestá era bastante *porasidecir*, pero la aldea por nada, por nada del mundo, habría entregado esta buena y pequeña relación «porasidecir»; digamos, no la habría cambiado por una madre dócil que daba el pecho con entusiasmo, por un

simpático travesti que luciera en delantal, por una Sara Montiel, una madrecita Rusia, las tres hermanas, una Marie Curie, una elefanta embarazada (aunque esta última era la debilidad de la aldea). Todo iba bien tal y como estaba. A ojos de la aldea Madre Dondestá era la más dondestá de las Madres Dondestá. Aunque, qué sabía la aldea, a fin de cuentas Madre Dondestá era la única de su clase en los alrededores. Por otros lares quizás las hubiera mejores que ella, pero de eso la aldea no tenía ni la más remota idea. Y ahora no estaba. Madre Dondestá, que hasta entonces siempre había acabado por aparecer sin excepción, incluso cuando la aldea se había despistado en los almacenes moscovitas del GUM, o cuando se perdió por la playa de Cochabamba, o cuando se tiró de cabeza en un montón de nieve, o cuando creyó que la habían dejado preñada (y así fue), o cuando decidió que se convertiría en una canalla, o cuando decidió que se haría una monja piadosa (entonces Madre Dondestá reapareció *al instante*), o cuando inició una relación incestuosa con su padre (entonces fue todo un poco más lento de lo debido), o cuando tuvo que presentarse para ser deportada, o cuando tuvo que presentarse para ser verdugo, o cuando tuvo que presentarse para hacer de intérprete en los juicios de Núremberg (hablaba siete idiomas), o cuando sencillamente solo tuvo que presentarse porque hacía ya mucho que ni siquiera se hablaban, y por eso no podía pasar que Madre Dondestá no hablara durante una semana con la aldea (también sucedió). O sea que hasta entonces siempre había aparecido. Pero ahora no estaba por ningún lado.

La aldea se asustó mucho. Y pronto hubo un carnaval por todo lo alto, porque la aldea había aprendido de Madre Dondestá que cuando uno está *cagado*, lo mejor es organizar una velada, invitar a un montón de gente que no soporte a otro montón de gente, invitarlos también a ellos, después servir la cena y dejar que se arme la marimorena. Y por eso, en el caso ideal, uno se olvida al instante del susto que tiene encima, porque debe ocuparse continuamente de calmar a los invitados en la trifulca, así como de comprobar si han vomitado ya o si ha llegado ya el coche patrulla, porque por él se puede saber si la fiesta está bien. Madre Dondestá era experta en estas cosas, y por lo que respecta al protocolo, era sencillamente insuperable. Sabía con exactitud qué cuchillo iba con cada plato, que el embajador se bebía el agua con limón que había para lavarse las manos y por eso había que poner dos fuentes junto a sus cubiertos, que las cigarras mueren pronto y caen directamente en la sopa, que al lamer le sigue el mamar, y al día la noche, y así no serás falso con los demás. O sea, Madre Dondestá siempre decía: no te encojas de hombros, no sea que te quedes así. Y tenía razón. Pero ahora Madre Dondestá no estaba en ningún lugar para decir algo. La aldea se encogía de hombros tanto como quería, se podía meter el dedo en la nariz tanto como cabía, le mostraba el culo desnudo a Palkó Körmendi, podía

inmiscuirse a placer en los asuntos privados de los demás, podía extender rumores, podía señalar con el dedo, podía ser maliciosa, podía masturbarse (incluso a dos manos) y podía mostrar su innegable inclinación a la homosexualidad, lo que definitivamente no era de buen gusto. [Di con tus propias palabras qué es la inclinación. ¡Argumenta a favor o en contra!]. Con la excusa del carnaval la aldea hizo todo esto, aunque no sintió ninguna satisfacción, ni liberación, nada de lo que en otras ocasiones le llenaba de felicidad le causó alegría. Y ante eso la aldea se asustó aún más. Porque ¿en qué hallaría ahora alegría?, ¿de dónde le vendría en lo sucesivo aquel sentimiento húmedo y centelleante?

La aldea se miró perpleja y después, tras una larga reflexión, contrató a un detective. El detective se llamaba Pinkerton y resultó que tenía una mujer del Lejano Oriente en el Lejano Oriente, a saber, la señorita Mariposa. Pero la aldea no encontró tampoco en ello la menor alegría, no rezongó ni hizo observaciones malintencionadas y racistas, bajó los ojos con tristeza y no le habría importado un pimiento que Josephine Baker hubiera sido casualmente la mujer de Pinkerton, y eso que esta era además negra. Así pasó que la aldea se volvió de un día para otro demócrata liberal, aunque, a fin de cuentas, no le interesaba en absoluto la política. Madre Dondestá había enseñado a la aldea que uno no debe meter la mano en la mierda, porque, por así decir, «se pringará la mano con ella». Naturalmente se trata solo de una expresión alegórica —Madre Dondestá destacaba también en eso—, pero, como aprendió más tarde la aldea, naturalmente hay casos en que uno tiene que meter la mano en la mierda (dependiendo de la suma) y entonces ya está la mano de uno pringada de mierda, pero también es posible acostumbrarse a eso, porque, cuando uno ya ha hecho morcilla, sabe distinguir el hígado de la mierda. Pinkerton trabajaba febril, vigilaba todo y a todos, tomaba notas, después, escrupulosamente, entregaba sus informes a los clientes, porque como se supo más adelante (pues sí), Pinkerton era agente, aunque en vano pidió la aldea sus actas, años después, en la oficina de Historia, el nombre de Pinkerton estaba tachado en todos lados, así que era difícil determinar quién era el informante. La aldea sospechaba una de otra, porque respetaba a Pinkerton como a un padre, aunque para entonces Pinkerton se había ido ya y más tarde se enteraron de que se había convertido en primer ministro. A Madre Dondestá le habría gustado Pinkerton, le agradaban los hombres altos, elegantes y morenos, y evidentemente habría intentado convencer a la aldea de que se casara con Pinkerton, que era un partido espléndido, lo digo en serio, un partido *espléndido*, y he aquí que si la aldea hubiera entrado en razón con más rapidez, ahora podría ser *first lady* en esta encantadora montaña de basura. Solo que Madre Dondestá no estaba en ningún lugar, lo que en otra ocasión no le habría importado un comino a la aldea, porque así no tenía que escuchar continuamente que es boba y torpe, y que Madre Dondestá, de joven,

ayay, y cómo se puede dejar escapar a un tipo tan simpático cuyo abuelo había sido además rabino en Sátoraljaújhely, y que era un genio, con esa jeta pícara y seductora. Y en vano hubiera dicho la aldea, si se hubiera atrevido a algo así, que, Madre Dondestá, entienda de una vez, los hombres no son tanto para la aldea (bueno, el Brando sí), sino justo lo contrario. A Madre Dondestá le habría entrado por una oreja y salido por la otra elegantemente o, en nuestra familia no puede pasar algo así, habría dicho dando un golpe en el suelo performativamente, siguiendo al pie de la letra la teoría de los actos del habla —pero, por desgracia, eso no era cierto—.

La aldea buscó a Madre Dondestá durante días —después se rindió—. Tuvo que reconocer que Madre Dondestá había desaparecido definitivamente. Había sucedido aquello con lo que Madre Dondestá gustaba de amenazar a la aldea, pero que la aldea no creía, porque Madre Dondestá gustaba de amenazarla con todo tipo de cosas sobrecogedoras, por ejemplo, con que venía el lobo o que iban a hacer obligatoria la celulitis. Generalmente la aldea no se creía nada de Madre Dondestá, ¿por qué precisamente la habría creído ahora? Pero si la hubiera creído, tampoco la habría creído. Así de embrollado era todo si se trataba de Madre Dondestá. Pasó y pasó el tiempo. Un día, de nuevo, la aldea volvió a alborotarse. Llegó la noticia de que se acercaba el cineasta ambulante, que afirmaba poseer una película protagonizada por Madre Dondestá. También afirmaba que, por lo que sabía, Madre Dondestá se había convertido en una diva del cine en un país lejano, rodeado de palmeras, y precisamente con aquella película había ganado el premio a la mejor interpretación femenina. Hala, toda la aldea se puso en marcha para ver la película. Se lavó en una fuente limpia, se engalanó con su mejor ropa dominguera; se puso lo mejor que tenía; alisó con un peine mojado sus rizos rebeldes y después, a toda prisa, se puso el maquillaje y, alehop, salió para el cine. La aldea llegó la primera, se sentó en el mejor sitio, para ver bien, y esperó que empezara la proyección. La película arrancó con pesadez, con una lenta parte introductoria, con traducción simultánea, algo que la aldea detestaba especialmente. Mostraba inmensos cuadros en largos planos, una región desértica, cactus. La aldea no podía imaginar cómo era posible que en una película así apareciera una diva. De pronto surgieron varias personas en el horizonte, parecían minúsculas hormigas, pero fueron acercándose más y más y pudo distinguirse que una de ellas era una mujer que hacía señales pidiendo ayuda. La aldea casi se salió de los bancos para ver mejor los rasgos de la mujer, pero por desgracia estaba aún demasiado lejos. Y cuando las personas se acercaron tanto que casi se les podía ver el rostro, entonces..., entonces sucedió lo más horrible que la aldea se podía imaginar. La película se desgarró. En el silencio tenso podía oírse el chasquido sordo del carrete que giraba suelto. El cineasta ambulante pidió perdón y un poco de paciencia (¡paciencia!), mientras

unía la película. Bregó un poco con ella, y luego se rindió. No se pega, dijo disculpándose, nunca había visto algo parecido. La aldea habría sido capaz de estrangularlo. Se dirigió hacia él amenazadora, pero el cineasta, presintiendo lo peor, puso pies en polvorosa. Nunca más volvió a la aldea. Y la aldea, en su ira, desmontó el cine tabla a tabla y con cada una de ellas construyó una pocilga. Así pasó que la aldea sintió odio para toda la vida por la cinematografía y cuando, más tarde, se mudó a la ciudad, tampoco fue nunca al cine. No habría sobrevivido a un nuevo desgarro en la cinta. Y aunque cada año veía la entrega de los Oscar, no volvió a oír nunca jamás nada sobre Madre Dondestá. Dónde está, dónde no está.

¡Escribid una redacción con el título «Un mes en la aldea»! Tratad de no causar con ella un escándalo en casa o en la escuela.

Francés

Gustave y Maxime en Egipto
(o metafísica de lo sucedido)

«... pues en nuestra vida todo aquello que
no ha sucedido ocupa un terreno inmenso».
Péter Nádas

Gustave y Maxime están de viaje. *«Et le petit chat», dit Hélène, «partira-t-il aussi?».* Maxime haciendo fotos, Gustave leyendo. Maxime corriendo, Gustave sentado. Maxime entusiasmado, Gustave aburrido. El nombre de Maxime: Maxime Du Camp; el nombre de Gustave: Gustave Flaubert, Gustave y Maxime, dos grandes amigos. *Répétez! (Articulez, et parlez à haute voix).*

Gustave tiene ahora veintiocho años; Maxime, los mismos. Maxime es mes y medio más joven que Gustave. Gustave tendrá cincuenta y nueve cuando muera, Maxime, setenta y dos. Ninguno de ellos lo presiente (*à ce temps-là*). Gustave y Maxime viajan a Egipto sin sospechar nada. Gustave mide 183 centímetros, tiene los ojos verde grisáceo, es atractivo, con muy buena presencia. Lleva bigote y barba. Se considera a sí mismo de origen iroqués; despierta la simpatía instantánea en mucha gente. Maxime se expresa así sobre Gustave, cuarenta años más tarde.

Traduisez!:

«Era un joven extremadamente bello... Con el cutis blanco, de tono rosado en las mejillas, con su pelo ondeando, su talle gallardo, los hombros anchos, la barba dorada y tupida, los grandes ojos verde marino a los que daban sombra negras pestañas, la voz de trompeta altisonante, los movimientos desenfrenados y una risa pletórica, era como los jóvenes jefes galos en lucha contra las tropas romanas».

Maxime es un chico trabajador y ágil. Realiza más de veinticinco mil calotipos en el camino. Maxime tiene este aspecto antes de su viaje:

No conocemos el aspecto de Gustave antes de su viaje.

Al finalizar el viaje (1851) Maxime edita un álbum de fotos y un libro

de viajes. Entre las fotografías publicadas ni siquiera una representa a Gustave. Entre las anotaciones que se pueden leer en su diario de viaje ni una sola menciona a Gustave. *Qu'en pensez vous?*

Al finalizar el viaje (1851) Gustave no edita nada. Al finalizar el viaje Gustave se pone a escribir una novela. El título de la novela es *Madame Bovary*. Más tarde, Gustave declara misteriosamente: Madame Bovary es él mismo. *Expliquez!* La novela no hace ni una sola mención a Maxime.

Maxime lleva un anillo renacentista, con un camafeo que representa un sátiro. Cinco años antes de su viaje se lo regala a Gustave. A cambio, Gustave le entrega a Maxime un sello en el que ha hecho grabar las iniciales de Maxime y un epígrafe, este último es desconocido. Se trata de una especie de compromiso intelectual, según escribió posteriormente Maxime.

Gustave escribe laborioso, organiza bien su tiempo. Ocho meses antes del viaje, en la noche del 13 al 14 de febrero, escribe en su cuaderno de notas lo siguiente:

«Uno puede hacer multitud de cosas en una sola tarde: tras la cena he charlado con mi madre —después he soñado con viajes y posibles vidas—. Casi he escrito un coro completo de *San Antonio* (monos de cabeza de perro). He leído el primer volumen completo de *Memorias de ultratumba*, me he fumado tres pipas y en un momento me voy a tomar una pastilla —después voy a cagar—, ¿y dónde está todavía el sueño?».

Gustave fantasea sin descanso sobre el Gran Viaje. Por desgracia no hay la menor posibilidad de que su madre le permita un viaje peligroso a los confines del mundo. Por ejemplo, en septiembre de 1846, la madre de Gustave espera pálida en el andén de la estación a que Gustave, con veinticinco años, regrese a casa un día más tarde de lo prometido. Gustave renuncia entonces a pasar más noches en compañía de su amor, Louise Colet. Mi madre me necesita, explica Gustave a Louise. «Como sabemos —según Jean-Pierre, el galante investigador de Flaubert—, esta circunstancia extraordinaria engendró una de las correspondencias de amor más bellas de la literatura francesa». *Merci, Mme. Flaubert, merci à vous!* Así como: gracias, querida Louise, gracias por tu paciencia angelical.

Jean Pierre declama con una deslumbrante chaqueta celeste, bajo ella, una sutilísima camisa rosa pálido. *Le jour de gloire est arrivé!*, susurro, a modo de reconocimiento, por mor a la objetividad. La objetividad es lo primero en la ciencia. Objetivamente hay dos tipos de personas: quien sabe que es un mojigato y quien no sabe que es un mojigato. Jean-Pierre, por ejemplo, no lo sabe. Sin embargo, lo es. Por eso es bella la ciencia. Jean-Pierre ama tres cosas: 1) a sí mismo, 2) a Flaubert y 3) a las mujeres, por este orden. Jean-Pierre también ama a los hombres, pero eso no

aparece en la lista.

Question: ¿está en alguna lista?

Los últimos días de abril de 1849, la viuda de Flaubert (residente en Croisset, Rue es Beauxjours 7) sucumbe ante los argumentos de Maxime Du Camp, Achille Flaubert y el doctor Cloquet. Crac. Si verdaderamente no hay nada más que le mejore la salud a Gustave, adelante, que viaje a Oriente... ¡Que pase lo que tenga que pasar! ¿Pero acaso pasó realmente lo que tenía que pasar? ¿Acaso es más importante lo que pasa que lo que no pasa? *Qu'en pensez vous?*

Antes del viaje, Maxime decide que va a informar de forma totalmente revolucionaria (*technologie moderne*), con fotografías (*futur dans le passé!*) «fieles a la vida misma». Pero la fuerza inesperada y desenmascaradora de las fotos le pasma. Y entonces las hace trizas. (Tiempo de exposición: mín. 2 minutos; tiempo de destrucción: máx. 1 minuto).

Tras el viaje, Gustave decide que escribirá de forma totalmente revolucionaria (*style moderne*), con palabras adecuadas (*f. dans le p.*) y «fieles a la vida misma». La fuerza inesperada y desenmascaradora de ciertas palabras (*le mot juste*), sin embargo, le pasma también a él. Entonces borra. (Tiempo de exposición: máx. 2 nanosegundos). ¡Que haya también un límite para la *juste* (*subjonctif*)!

En el manuscrito son bien visibles los borrados, a los que JeanPierre, nuestro investigador chic de borrados, dedicó su vida. ¡Despilfarrar su tiempo con los borrados de otros! ¡Demorarse con el descubrimiento de los hechos que no se han hecho todavía! *Que c'est bizarre, que c'est étrange!* Efecto represivo, dicen, insuperable en cuanto que, *chemin faisant*, no queda tiempo para el estudio de los autoborrados. Entre dos borrados a Jean-Pierre le gusta follar; porque, como dice, le relaja. *Je*, como estudiante de francés, ayudo, lo que más me motiva es un sobresaliente. Jean-Pierre prefiere desde atrás (véase el trabajo de Huysmans titulado *À rebours*), y así al día siguiente va mejor Flaubert. Le dejo, me gusta la literatura.

En octubre de 1849 Gustave y Maxime se ponen en camino. Maxime está alborozado. Gustave revolotea en un arrebato de alegría (véanse las palabras de despedida de la viuda de Flaubert: «*Gustave, ¿quieres matarme?»*). Para mí la amistad es como un camello, escribe Gustave, si arranca, no hay nada que lo pare. Gustave se equivocaba: lo hay (pronúnciese: *loin Aÿ*).

El viaje es el mayor enemigo de la amistad. O no. Pero cuando es así, lo es mucho. Gustave se aburre. A Gustave no le interesa la realización. A Maxime eso le asombra, si bien no le gusta. Gustave es como Honoré, refunfuña Maxime; no se fija en nada, pero lo recuerda todo. Pues, ¿quién

desea subir a trompicones al desván de estiércol de la realización?, piensa Gustave. A Gustave no le agrada el ejercicio físico inútil. Gustave es bastante corpulento. En la Gran Pirámide a Gustave le empujan doce siervos árabes. En la cumbre de la Gran Pirámide miran en derredor sofocados. Que le den por culo al faraón, piensa Gustave. *Le sport aide non seulement le dévelopement physique, mais aussi la formation morale.* (Barón Pierre de Coubertin: «Les Jeux Olympiques»). *Mémorisez!*

«¡... Qué es esto, Dios mío, qué es ese eterno cansancio que llevo conmigo a todos lares! ¡Que me acompaña incluso en el viaje! ¡Que se ha fundido conmigo! ¡La túnica de Deyanira no se adhiere tanto a los hombros de Hércules como el aburrimiento a mi vida! Solo que mata más lento, eso es todo. El lunes sopla desenfrenado el jamsin; las nubes son rojas...». *Traduisez!*

Ruge desenfrenado el jamsin, ruge desenfrenado Maxime. Gustave encuentra un camaleón blanco, Maxime lo mata de un golpe. Gustave ve una garza en vuelo, Maxime la abate. Gustave y Maxime se miran fijamente, sus pechos jadean. Esos ojos verde marino, esas pestañas negras. [Borrado.] Gustave y Maxime van por el desierto. Gustave y Maxime llevan tres días por el desierto sin una gota de agua.

Dialogue:

G: ¿Recuerdas el helado de limón que comimos en Tortini?

M: (Asiente)

G: El helado de limón es algo majestuoso; reconócelo, ¡con qué gusto zamparía un helado de limón!

M: Así es.

Cinco minutos después:

G: ¡Oh! ¡Esos helados de limón! El vaso cubierto por una nube como de jalea blanca.

M: ¿No podríamos cambiar de tema?

G: Estaría bien, pero el helado de limón es digno de que entonemos su gloria; si tomamos una cucharada, se abomba como una pequeña catedral; lo aplastamos entre la lengua y el paladar con suavidad; se disuelve lentamente, desprendiendo un sabor fresco, placentero, bañándonos la úvula, acariciándonos las amígdalas, resbalando por el esófago, para mayor deleite del esófago; después llega al estómago que con toda seguridad se ríe de placer. Aquí, entre nosotros, ¡cuánto se echa de menos un helado de limón en el desierto del Qusair!

M: (Guarda silencio)

G: ¡Helado de limón! ¡Helado de limón!

M: (Lo mato)

Maxime mata a Gustave. La literatura universal guarda luto. Gustave, para entonces, aún no ha llegado a escribir *Madame Bovary*. Bueno, pues

lo dejo, suspira Maxime; al final me vendrá bien (y le vino bien). Reescribe el final de la escena. Así:

G: Querido Max, te agradezco que no me hayas reventado la cabeza; yo en tu lugar lo habría hecho.

M: Gustave, *this could be the beginning of a long friendship*.

(FIN)

Gustave y Maxime se van de putas. Gustave tiene aún buen chorizo casero y morbo francés. *Non, je ne regrette rien!* Maxime lo admira y envidia en secreto.

«Me retiro con Safia-Zugera —depravada, vividora, pequeña tigresa—. Ensucio el diván». Gustave tiene neurosis obsesiva, no soporta el desorden.

«El segundo *round* con Kücsuk —cuando le besé el hombro sentí bajo mis dientes su collar redondo, con su coño semejante a una almohada de terciopelo mugrienta, me sentí como un animal salvaje—».

Reacción del estudiante de francés: «Jean-Pierre, *mon cher*, ¿esta "almohada de terciopelo mugrienta" aquí es atributo o una estructura verbal? *Qu'en pensez vous?*».

Reacción de Louise Colet: «Gustave, canalla, ¡vete a tomar por culo!». (Así lo hizo).

Un bailarín, Hassán el-Bilbezi, vestido de mujer. «Su vientre y sus caderas se contorsionan de manera asombrosa —su vientre prácticamente se ondula—, en el gran final sus amplios pantalones se despliegan inflándose». [Borrado]

Gustave y Maxime se miran mutuamente algo sorprendidos. Es como si Gustave viera por primera vez a Maxime. «... ¿Cómo se llama? ¿Dónde reside? ¿Cómo es su vida? ¿Y su pasado? Le gustaría conocer los muebles de su habitación, todas sus ropas, la gente con la que está en contacto; y el anhelo de posesión corporal desaparece incluso tras una aspiración más profunda, una indagación dolorosa que ya no tiene límite». [Gustave borra esta anotación y la usa en otro lugar. Jean-Pierre se lo calla todo]. Gustave piensa: el viaje es la educación sentimental. Le gusta la frase, la anota.

Gustave y Maxime finalizan su viaje. Fuman en cachimbas en un café griego. Más tarde Gustave escribe de todo ello, sorprendentemente en otro lugar [Jean-Pierre se lo calla todo]:

«Viajó. Conoció la melancolía de los paquebotes, los fríos amaneceres bajo la tienda, los mareos de los paisajes y de las ruinas, la amargura de las amistades truncadas».

Después, todavía más: «Lamentable crisis nerviosa por la tarde, a eso de las tres». [Jean-Pierre aquí, por fin, toma la palabra, en una nota a pie de página: «Es extremadamente difícil descifrar las palabras emborronadas

con tinta azul; el objetivo del borrado es hacer ilegible el texto; no se trata de una corrección del autor, sino de la censura de Caroline Franklin-Grout». Caroline es la sobrina de Gustave. Ella administra el legado de Gustave. Caroline es exageradamente mojigata. «El texto es, por lo tanto, ilegible», continúa Jean-Pierre triunfalmente, «pero la palabra "nerviosa" se vislumbra a través de la tinta; y ante ella es como si estuviera la palabra "crisis"».]

Jean-Pierre desenmascara a Caroline. A Jean-Pierre no le gusta Caroline. *Répétez!*

¡Ay, Caroline! ¡Ay, Jean-Pierre!

La palabra «nerviosa» se vislumbra a través de la tinta.

Química-Educación Física

¿Por qué se produce la metátesis?
(afinidades selectivas)

«mehr licht»

Tienen los cabellos empapados en sudor, como las camisetas y los cordones de los zapatos. Juegan al ping-pong. El partido es duro, crucial. Nombre de los jugadores: Charlotte (en sociedad: Schatzi), Eduard (en sociedad: Dudi), Ottilie (en sociedad: Otti) y Otto (en sociedad: Capitán). Nombre de la sociedad en sociedad: grupo de control. Llevan dos horas jugando, el tiempo corre, también el sudor en sus espaldas. Servicio a un lado, cambio a otro.

Hay buena química entre ellos, piensa Dudi. Entorna los ojos y golpea la pelota. La golpea como si tanto dependiera de eso. La golpea para que duela. Schatzi, joder, no te me acerques mientras saco, dice Dudi. La situación empieza a cabrearle, y mucho. En el grupo de control ellos son los imbatibles, la pareja modelo, el dúo por excelencia. Ahora viene el memo con la expósita e intentan aplastarlos. Y encima les sale bien. Mierda, concentración. No sea que se lo lleven todo Capitán y esa deslabiada. Menudas tías trae siempre Capitán. La próxima vez se presentará con una monja. No hace más que incomodar con su sonrisa alelada y bondadosa, uno se lo piensa dos veces antes de soltar una palabrota ante ella. Así cómo se puede jugar, estando pendiente de la polla en lugar de la pelota. Pues nada. Me importa una mierda. Que se adapte ella y que esté agradecida si la aceptamos. Si es que lo hacemos. Porque eso está aún por ver. Por ejemplo, la baronesa tiene una opinión decididamente mala de ella, y si la baronesa se mete con alguien, que se despida. Claro, la baronesa, con sus cincuenta años, se mete con todo el que tiene menos de treinta y es mujer. A mí me cae bien Capitán, pero si la cosa degenera hasta un punto, le diré que se largue con la frígida esa a pastar a otro lado. Ojalá no me observara continuamente con sus ojos de perro, grandes y castaños. Me saca de quicio. 11-6 a su favor. Esto no va a acabar bien. ¡Red! Joder.

Hmmm, piensa Schatzi. Hay buena química entre ellos, *aparentemente*. Juegan bien, pero si encima se compenetraran... ¡Lado! Por fin, ya era

hora de que me sonriera la suerte, perdón, queridos, lo lamento de verdad. Son ambos tan precisos, tan ordenados, y claro, eso ayuda al juego. Aunque sospecho un poco de la chavala, es como quien explota en determinadas combinaciones químicas, pero hasta entonces parece absolutamente inofensiva. De igual manera que todo hace referencia a sí mismo, también debe estar en relación con otros. Y esta relación será diferente según las diferencias entre los seres. Naturalmente los casos más complejos son los más interesantes, solo en ellos estudiamos los diferentes grados de parentesco, las relaciones más cercanas, fuertes, lejanas o las más leves; los parentescos se vuelven realmente interesantes cuando crean divergencias. ¡Servicio a un lado, cambio a otro! Nos van a ganar el set en un visto y no visto. Dudi está que explota, pero por el momento se controla bastante. Un hombre cabreado, irascible, resulta tan lamentable…; los hombres llenos de lágrimas son los buenos. Tiempo ha al parentesco creador de divergencias lo llamaban artistas divisorios, qué bonito suena. Aunque en realidad, la unificación tiene más arte, más mérito. ¿Quién no sería capaz de separar? Es una cuestión meramente de impulso. Me saca de mis casillas que Capitán y su pequeña preferida me observen continuamente. Ambos tienen esos ojos perrunos, grandes, marrones, una similitud cómica. ¿O es que no son sus ojos similares, sino otra cosa? ¿Pero el qué? Vaya, se han llevado el primero, 21-18. Y eso que hemos subido bastante bien. Pero el furor continuo de Dudi me desconcentra. Y algo más. ¿Pero qué será?

Hay buena química entre nosotros, piensa Capitán, ¿pero es razón suficiente para la felicidad? Igual que todo hace referencia a sí mismo, también debe estar en relación con otros. Y esta relación será diferente según las diferencias entre los seres. O como amigos y viejos conocidos que se encuentran y se unen a toda velocidad, sin cambiar nada el uno en el otro, como el vino se mezcla con el agua. ¿Pero no es más noble el vino y el agua por separado que el vino con sifón? Bueno, estaba en el bote, 1-0 para nosotros. Pero se trata precisamente de eso: ¿Para qué sirve una unión de la que no surge nada nuevo? ¿Realmente ansiamos que nada ni nadie nos cambie? ¿Hasta tal punto estamos satisfechos de nuestra propia perfección? ¿Tanto nos aferramos a la invariabilidad? ¿No son acaso los cambios los que hacen nuestra vida más soportable? ¿No es el cambio lo que nos arroja al tiempo?, ¿lo que hace perceptible la existencia, en lugar de que nos debatamos en la trampa de la concentricidad? Si cada día nos despertáramos al mismo día, ¿no sería preferible la muerte? Otti y yo nos unimos rápidamente, sin conflictos, como el vino con el agua, y el resultado está a la vista: un mediocre vino con sifón. ¡Red! Siempre lo digo, que decidamos solo una cosa consistentemente: separemos de la vida todo lo que es trabajo. El trabajo exige seriedad y severidad; la vida en cambio, caprichos. El trabajo exige sin duda consecuencia, la vida necesita de la inconsecuencia, lo que es más, la inconsecuencia es amable y amena.

Si estás seguro con una, puedes ser todavía más libre con la segunda; en vez de que durante la combinación la libertad arrastre y destruya lo que es seguro. Y en el trabajo no hay nadie más seguro que yo. ¡Así pues, que venga a la vida el capricho y la libertad! Esta moza es un bombón, pero el verdadero bombón, el desafío, está allí, vibra más allá de la red, como un espejismo resplandeciente. Tengo que conseguirla, eso será mi amable inconsecuencia. ¡Por abajo! 6-4, servicio a un lado, cambio al otro.

A qué negarlo, hay buena química entre nosotros, medita Otti mirando de reojo a Capitán. Hay la afinidad necesaria, el parentesco elemental, espiritual. Más incluso de lo necesario. Queremos demasiado lo mismo, ansiamos demasiado lo mismo. Entre los de la escuela católica Regina había una chica similar, al principio éramos uña y carne, disfrutábamos nuestra compenetración, éramos el espejo una de la otra; hacíamos juntas todo lo permitido y todo lo prohibido. Sin embargo, después de un tiempo nos volvimos como el papel pintado en la pared. Nos faltaba la chispa que hubiera sacado de nosotras algo nuevo, algo diferente. Porque, ¿cómo puede sostenerse el carácter, la particularidad de uno frente al modo de vida? Precisamente el modo de vida debería resaltar las particularidades. A todos les gustaría ser relevantes, pero sin que fuera incómodo. ¡Pues yo acepto esta incomodidad! Justo me acabo de dar cuenta de esto, cuando de manera completamente inesperada hasta para mí misma le he devuelto el golpe a Dudi —¡qué hombre!—. Porque nunca nos alejamos tanto de nuestras ansias como cuando imaginamos que lo que ansiamos es nuestro. Y de igual modo: nadie es más esclavo que el que se considera libre pero no lo es. Y además: consideramos en general más peligrosa a la gente de lo que es. Y sobre todo: es necesario una vida ruidosa, abigarrada, para apechugar con monos, papagayos, sarracenos, a nuestro alrededor. A veces, cuando me invade la curiosidad por tales aventuras, envidio al viajero que ve estas maravillas en relación viva, habitual, con otras maravillas. Pero también él se vuelve otro; nadie deambula impunemente bajo las palmeras, y las emociones seguramente cambian en un país donde el elefante y el tigre son autóctonos. Otti alza la vista más allá de la red. Capitán es un buen partido, pero el reto, el desafío vibra al otro lado, como un espejismo resplandeciente. Porque nunca nos alejamos tanto de nuestras ansias como cuando imaginamos que lo que ansiamos es nuestro. No me lo imagino, pero sé que es así. Y con un revés pone la pelota en la esquina derecha. 15-13 a su favor, *salve regina*.

Veo que hay buena química entre nosotros, piensa Dudi. Está complemente encima de mí, no es cuento: no hace más que observarme con sus ojos marrones y perrunos, devuelve inesperadamente mi golpe y piensa con reconocimiento que menudo hombre estoy hecho. Bien mirado es una chica mona. Tiene una sonrisa torpemente dulce. Uno se piensa dos veces lo que dice ante ella, le incomoda soltar palabras soeces a sus oídos. Pues esto es nuevo y algo preocupante. A alguien así quizás

hasta le permitiría echar un vistazo al libro que estoy leyendo en voz alta. A Schatzi nunca se lo he permitido, es una costumbre irritante a más no poder. Y aun así... Nos van a ganar en un pispás el segundo set, pero por alguna razón no puede contrariarme lo suficiente. Esta pereza espiritual, o qué sé yo, rompe cada vez más mi juego. Hago cosas asombrosas, es un milagro que Schatzi no se ponga a gritarme. Aunque es como si ella también estuviera de un humor especialmente condescendiente. Nunca la había visto así. Curioso. 18-15 para ellos. ¿Pero por qué no me solivianta todo esto? Dios mío, envíale una señal a este jugador confundido. Doble falta, ¡me ca... go en diez! Pero en realidad, ¿a quién le importa? Soy feliz. Incomprensible e irrefrenablemente feliz.

Si no me equivoco, y sabemos que yo no me equivoco: hay una química especialmente buena entre nosotros, piensa Schatzi. Ahora que ve a su marido satisfecho, ella misma siente también las ventajas de la nueva situación. Hay quien cultiva su jardín, como Dudi, o quien construye un parque y cosas nuevas, como yo, piensa Schatzi, llevándose los réditos de un golpe maduro, para conseguir un nuevo punto. Y todavía tendremos más puntos, esperemos el final. Servicio en un lado, cambio en el otro. Este partido es un gran desafío, más de lo que pensaba, y ansío responder a su nivel. En realidad nunca había anhelado tanto una cosa. El grupo de control va a quedar desquiciado, eso seguro, pero curiosamente ahora mismo no me causa ni alegría ni pena. No me interesa el grupo de control. Solo me interesa una única cosa: que de esta química pasemos a la biología. Podemos perder el set, pero el partido será mío.

Nadie, ni siquiera un ciego, podría negar qué buena química hay entre nosotros, piensa Capitán exultante. Nunca antes la había visto tan fresca, tan feliz. ¿Y qué razón puede haber, más que la tensión que se alza entre nosotros y que solo la separa una frágil red? ¿Por qué otra razón florecería su rostro así? ¿Y por qué razón acaso temblaría así de la emoción? ¿Y por qué razón resplandecería así todo su ser, si no fuera porque los litorales de la felicidad se vislumbran más allá de la red, del partido, del grupo de control, para toda la vida? ¿Cómo he podido estar tan ciego hasta ahora que no he reconocido la única solución favorable para mí? ¿Cómo no me he dado cuenta de que el nombre obliga y solo puedo ser capitán de mi corazón, y de nada más. Ha sido necesario un inocente partido de ping-pong, una pequeña lucha artificial, para darme cuenta de lo que siempre habría debido saber. He estado ciego, aunque pensaba que veía. Siempre nos imaginamos que vemos, independientemente de la situación en la que estemos. Creo que uno solo sueña para poder ver incluso entonces. Solo hay una cosa que no vemos: nuestra propia ceguera, y una vez que soy consciente de ello, puedo tener todo lo que hasta ahora solo he ansiado inconscientemente. ¡Pongamos fin de una vez a este largo calentamiento y veamos la continuación! 20-19 para nosotros, y ahora toca bola de juego y de partido. ¡Eso es! Gracias

por el partido, ahora que venga, *endlich*, la vida.

Siento, susurra pálida Otti, que hay buena química entre nosotras. Schatzi asiente. Los sentimientos seguramente cambian en un país donde los elefantes y los tigres son autóctonos. Schatzi y Otti avanzan hacia el bar abrazadas la una a la otra. Dudi y Capitán, rezagados, las siguen con la mirada. Paciencia infinita, así debe ser, pero quien no quiere darse cuenta del dolor infinito es el ahíto e insensible. Hay casos, vaya si los hay, en los que el consuelo es vileza y la desesperación obligación. Puesto que el noble artista griego, capaz de representar incluso héroes, no siente la menor vergüenza de que sus figuras lloren en sus dolorosas emociones. Dice incluso, proverbialmente: los hombres llenos de lágrimas son los buenos. Que me dejen en paz todos los que tienen el corazón seco, los ojos secos. Maldigo a los felices, que solo ven la felicidad como espectáculo. Comportémonos con nobleza incluso en las situaciones más crueles de angustia corporal y espiritual, para darnos el gusto de que aplaudan nuestra propia muerte, perezcamos ante sus ojos decentemente, como un gladiador, piensa Dudi, pero acaba decidiendo: bueno, pues te invito a una cerveza. Todo sentimiento incómodo, desagradable, de los tiempos intermedios ha pasado, ninguno de ellos guarda rencor al otro; toda amargura entre ellos se ha esfumado, solo queda el peso del dolor sobre sus hombros, como un pájaro pesado y negro. Capitán asiente resignado. Se comprenden mutuamente. Victoria, derrota. Palabras.

1) ¿Ya ha habido alguna vez en vuestra casa metátesis? En caso afirmativo, ¿cómo os habéis protegido?

2) ¿Se le puede permitir a una profesora de Química rubia y ceceante decir: oz quiero, hombretonez? ¿Se puede soportar tal cosa?

Salud-Geografía Humana Nacional

Las dos Fridas
(escuela allende la frontera)

Nos sentaron una junto a otra, aunque no queríamos. Dijimos que no queríamos. A lo que nuestra profesora, con una agilidad sorprendente para su tamaño, hizo silbar el aire con la palmeta en un vistoso arrebato, quien pregunta, ha preguntado, y como nadie preguntó preferimos no responder, no fuera que preguntara de nuevo. Nos sentamos en silencio. No dijimos ni mu. Nadie en la clase dijo ni mu. Podemos asegurarlo: no es bueno ser un nuevo alumno. Todos te examinan sin parar. Especialmente si sois dos. Y más aún si los dos sois uno. Intentamos ayudar vistiéndonos de diferente manera. Frida llevaba un vestido con profusos encajes arriba y mangas largas, blancas, de tres cuartos, y el borde inferior adornado con dibujos de pequeñas y delicadas flores rojas, yo en cambio, una larga falda verde oliva de volantes blancos abajo y un top azul y amarillo (desgraciadamente estaba prohibido llevar joyas, y por eso siempre nos sentíamos como si saliéramos desnudas a la calle). Y a pesar de eso siempre nos confundían. Nos dijeron que era confuso que nos llamáramos igual, pero en nuestra opinión eso precisamente debería haber supuesto una facilidad. Aunque no para ellos. Para nosotras, chicas, la costumbre, según nos dijeron, con una soberbia infinita, era que a dos iguales se los llamara diferente. Para que no fueran tan iguales. La verdad es que esto también tiene su lógica, dijimos cuando aún creíamos que merecía la pena discutir, debéis reconocer que es tan aceptable como esa la opinión según la cual si dos iguales son iguales, que sean también sus nombres iguales. A esta variedad de lógicas se las llama diferencias culturales. Pero todos se rieron zafios. Se rio toda la clase.

Solo Sanyi Lakatos, el chico gitano, no se rio, porque *él* nos comprendía. Él sabía qué son las diferencias culturales. Si queréis, nos dijo, les arreo en los morros. No quisimos, pero se lo agradecimos mucho. *Gracias*. Amábamos a Sanyi Lakatos. Sabía tirar y clavar el compás alrededor de sus cinco dedos como nadie más. Y encima nos recordaba, de alguna manera, a los chavales de casa. En especial a Diego. Diego era medio indio, Sanyi Lakatos, indio por completo. Una de las dos llevaba siempre un retrato de Diego en forma de medallón hasta que se lo incautó la maestra de Química. Decía que distraía nuestra atención de los

compuestos. ¡Si hubiera sabido cuánto se equivocaba! Es que Diego era el mejor del mundo para combinarse. Las mozas de la clase, sin pecho, ni siquiera sospechaban lo que era aquello. Estábamos mucho más desarrolladas que ellas; por ejemplo, ya teníamos bigote, lo que habían tomado, por así decir, con *aprensión.* Para qué negarlo, no hacían más que putearnos. Vamos, que por estos lares no se lleva. Que así no podíamos participar en las reuniones de los pioneros. Que un pionero no puede ir con esa facha. Gracias a Dios, dijimos, un problema menos. Sobra decir que no debimos haberlo dicho. Aquí no hay Dios, chilló nuestro tutor mientras su rostro resplandeciente de grasa se ponía como un tomate, lo que hay es lo que dicen el camarada Lenik y el compañero director. (Quién será el tal camarada Lenik, pensábamos, pero no nos atrevimos a preguntarlo porque sentimos que con eso no haríamos más que complicar las cosas). Y que largo a la oficina del director con la cartilla de notas. El compañero director (sería compañero del quinto culo de Teotihuacán) nos recibió con extrema afabilidad, lo cual le hacía todavía más temible. Se interesó por —cito textualmente— a qué se debía nuestra visita, seguro que habíamos hecho alguna trastada, ayayay, chicas, confesad, antes de que acabe enfadándome. Pero como en realidad no sabíamos por qué estábamos allí, callamos. Chicas, dijo, será mejor que dejéis de fruncir el ceño en mi presencia; si no, vamos a acabar mal. Sin embargo, no podíamos cumplir aquella amenaza revestida de petición, así que nos quedamos como estábamos. En vano nos había dicho nuestra abuela Kalo mil veces que, Fridas mías, no frunzáis el ceño, porque se os va a quedar así, nunca le hacíamos caso. Lo fruncimos, los fruncimos, y de pronto, se nos quedaron así. De manera que no estábamos en condiciones de cumplir la petición del compañero director, y así se lo comunicamos. A él no se le ocurrió otra cosa más que responder que nos íbamos a arrepentir y pidió muy serio nuestras cartillas. El compañero director escribió y escribió. Envidiábamos su soltura para hacerlo, nosotras teníamos que estar todo el día dándole vueltas a las redacciones. Seguíamos en medio del despacho del director y de pronto nos dimos cuenta de que la lánguida mancha de sol vespertino había desaparecido del hermoso blasón con espigas, vamos, que había atardecido. Bueeeno, dijo al final el compañero director, ya estamos. Y esto os lo lleváis a casa para que lo firme vuestro padre. Y después no quiero volver a veros por aquí, porque si no, pim-pam-pum, soltó afablemente, así que un escalofrío nos recorrió las dos espaldas. En la penumbra del pasillo miramos qué había escrito. Lo leímos, dos veces: «Frida, de manera indigna para un pionero, ha barboteado en clase. Por eso extiendo esta advertencia». Nuestro padre estuvo riéndose durante tres días y tres noches, y al final hubo que llamar a urgencias para que le encajaran el diafragma. El médico nos alabó por llamarlo a tiempo, porque —cito— una risotada más y a criar malvas. Y entonces a mi madre le dio un ataque de llanto y constató que si ya sería

bastante con una de nosotras, con dos, ni te cuento. Pero no había nada que hacer, sois dos, y ya está, dijo nuestra madre objetivamente, así os quedáis. ¿Pero qué pasa, pensamos espantadas, si una de nosotras se muere antes que la otra? Por un lado se vendría abajo el axioma de nuestra madre, lo cual no era tan malo. Sin embargo, había algo aún más aterrador: nos quedaríamos a solas con nosotras mismas. Este era un pensamiento tan difícil de sobrellevar que, sin demora, decidimos que había que hacer algo para impedirlo. Y así fue. Robamos del maletín del médico un bisturí y unas pinzas hemostáticas, y cuando este se marchó nos metimos en el baño y nos pusimos manos a la obra a enlazar nuestros corazones. Nuestro razonamiento era que si hacíamos una de las dos, no podíamos morir por separado, porque la otra sería yo misma también. Nuestra maestra de Biología podría habernos puesto un notable, porque —cito— sobresaliente solo se merecen los más brillantes. Después de la operación limpiamos el baño y con la alegría del trabajo bien realizado, bajamos la basura y lavamos los cacharros sin que nos lo pidieran. Nuestra madre sonreía intranquila.

Al día siguiente fuimos así a la escuela, Frida era yo, yo era Frida. Y aunque una de nosotras soñaba en español, la otra contaba en húngaro; a una le gustaba el fútbol, a la otra, la gimnasia rítmica; una hacía trabajos de segueta, la otra, de ganchillo; a una le gustaban los chicos (especialmente el Diego), a otra, las chicas (especialmente Marlene Dietrich, que iba a la clase C, y también venía del extranjero); una era contralto, la otra *mezzosoprano*, por eso en el coro debíamos hacer equilibrios en el límite entre las dos, pero por testarudez, digo, no estábamos dispuestas a cantar «partimosnosotrosjóvenescomunistas», porque, como solía decir nuestra abuela Kalo, se nos habían quitado las ganas, así que en lugar de eso cantábamos *The girl from Ipanema*, tiririí, y *florecían manzanos y penales*, aunque no sabíamos qué era eso de *penales*, pero prometía, y al final, aunque una de nosotras era virgo y la otra libra (lo de la virginidad se arregló más tarde), ya que habíamos nacido justamente antes y después de la medianoche, ahora ya éramos una, y nuestro corazón abierto de par en par, se regocijaba de haber vencido al destino. Y fue entonces cuando empezó el problema. Porque resultó que para el día siguiente había anunciada una sesión de fotos, pero por la gran operación de corazón se nos había olvidado. A la sesión de fotos era obligatorio ir de pionero, y nosotras estábamos allí, de la cabeza a los pies de no-pioneras, más bien todo lo contrario. Y no hizo más que agravar el problema que solo en ese momento nos diéramos cuenta de que bajo los encajes blancos de Frida no solo se le veía el corazón, sino también un pecho, lo que según todas las reglas de los pioneros estaba terminantemente prohibido. Y encima la pinza no apretaba lo suficiente el extremo de la arteria, por eso la sangre goteaba sobre el maravilloso vestido blanco como la nieve, lo que, sorprendentemente, iba de perlas

con el color de los minúsculos dibujos de flores bordadas en el ribete inferior del vestido, pero que, sin embargo, producía una impresión de desaliño y en cualquier caso era indigno de un pionero, en especial en una sesión de fotos. La blusa azul y amarilla de la otra estaba intacta, pero no pudimos solucionar de manera diferente la cuestión del corazón, más que sacándolo fuera de la tela, lo que indudablemente es un procedimiento un poco inusual (posteriormente la revista *Science* escribió sobre ello con todo reconocimiento), pero como era la primera vez que intentábamos algo así, nos alegramos de que al menos funcionara.

Sin embargo, hubo algo que no solo desde el punto de vista de la estética, sino también de la práctica, dejaba de ser una solución feliz, hubo que meter la arteria que unía nuestros corazones por debajo de la manga de la blusa, pero después se enroscó en mi brazo, y eso me estorbaba al moverme. A qué negarlo, todo tenía un aspecto bastante chapucero, y eso que en el mural ponía claramente que las cosas había que hacerlas bien y con precisión, pero a ver quién lo hacía mejor en casa, en el baño. Así pues, que te voy a dar yo a ti. Que qué nos hemos creído. Que dónde nos creemos que estamos. Que acaso pensamos que estamos en un burdel capitalista. Que si confundimos el sol con un contrabajo (esto no lo entendimos ni a la de tres, habrá que preguntarlo luego en casa). Seguro que hemos salido de una chabola o algo peor, que si hemos acabado entre las garras del capital financiero, o sea, en malas compañías. No conocíamos la respuesta a ninguna de estas cuestiones, así que nos tomamos de la mano y nos quedamos calladas. Que nos soltemos las manos inmediatamente, que esto no es una clase de baile. No las soltamos. Que saquemos de inmediato al menos nuestro pañuelo de pionero. No lo sacamos (no lo llevábamos encima, y aunque lo hubiéramos llevado). Que hagamos algo ya, porque si no, no responde de sus actos. Pero precisamente hemos hecho algo, señora maestra, y el resultado ha sido este. Y a partir de ese momento se desencadenó, *ay, mi corazón*, el infierno. Que ni se nos pase por la cabeza que vamos a posar con el grupo. Que tengamos en cuenta que no somos miembros de la clase, que somos enemigas de la clase, que no somos dignas de que nos inmortalicen y menos aún de servir inquebrantables a nuestra patria. La cosa continuó exactamente veinticinco minutos, hasta que decidimos que no queríamos escuchar más. Impedimos que los sonidos nos entraran en los oídos, impedimos que la imagen nos entrara en los ojos, impedimos que la señora profesora y todo este loco país nos entrara en el corazón abierto, y en la imaginación volvimos a la bahía de Acapulco, en la imaginación volvimos a la península del Yucatán, en la imaginación volvimos a las pirámides de Tikal, Tulum, Chichén Itzá, Copán y Uxmal, en la imaginación volvimos a la jungla, volvimos en la imaginación a nuestro feliz pasado maya y entre los brazos de Diego. Y entonces, de pronto, sucedió algo inesperado. Habló el fotógrafo, que había esperado hasta

entonces en silencio. Por favor, dijo en voz baja, reticente, si se me permite hacer una observación, ya que están aquí no habría que excluir del todo a las chicas del acontecimiento. Probablemente le guiara una intención documentalista. Probablemente le habría gustado inmortalizar toda la verdad. Probablemente le habría gustado hacer su trabajo con precisión y le habría gustado que no se lo impidieran. Después, podría pensar, que cada cual hiciera con las fotos lo que le viniera en gana, que las rompiera en pedazos, las retocara, las desgarrara, las quemara, las negara, pero dado que ya se había presentado allí con todo el equipo, ¿por qué no podía inmortalizar ese día tal y como era, en su plenitud, para no tener que avergonzarse, para no hacer trizas su orgullo profesional? Nuestro tutor se le quedó mirando sin creer lo que estaba oyendo. ¿Pero no ve el camarada fotógrafo qué aspecto tienen? Lo veo, respondió el fotógrafo. ¿No ve que no pueden aparecer entre los compañeros vestidos de uniforme? Lo veo, respondió el fotógrafo, pero podrían aparecer en otra foto. Que el camarada fotógrafo puede hacer con su materia prima lo que le apetezca, pero la escuela no va a pagar esa foto, ni por todos los santos. No importa, respondió el fotógrafo con la apacibilidad de un domador de leones, la otra corre por mi cuenta. Podía decirlo porque era del sector privado. Nosotras nos quedamos pasmadas a la vista de tanta bondad y generosidad cosmopolita. Niñas, dijo el fotógrafo, dirigiéndose ahora hacia nosotras, primero haré la foto de la clase, después vais vosotras, ¿vale? Por la emoción solo fuimos capaces de asentir. Entonces salimos todos al patio y tras realizar la foto de la clase que le habían encargado, nos hizo la señal de que nos tocaba a nosotras. Mientras tanto, el tutor, con muda resolución, hizo entrar al resto de la clase en la escuela, que hiciéramos lo que nos apeteciera. En realidad no era un buen día para hacer fotos, el cielo, gris-plata y negro, amenazaba lluvia. El fotógrafo nos indicó que nos sentáramos en el pequeño banco en el que solía calentarse al sol el bedel. Que nos acomodáramos como nos pareciera, para él lo fundamental era que mirásemos directamente a la cámara. Así pues nos sentamos, nos cogimos de la mano y miramos a la cámara. Nuestra madre pegó la foto en el álbum familiar y con una letra preciosa y excitada escribió junto a ella: Frida y Frida, 6.º/b, 1969. Hela aquí.

Nos alegró especialmente que Diego también estuviera en la foto. *Viva la fotografía. Viva la vida.*

Con la mano en el corazón: ¿sueles lavarte siempre las manos antes de una operación?
¿Qué conclusión sacas de que el corazón de una rana siga latiendo incluso sin la rana?

En tu opinión, ¿qué impresión da la rana?
Y una cosa más: ¿es algo sano?

Educación Física

Película
(24/1)

(Torre del trampolín, salto, adelante, atrás, delfín, Auerbach, cuerpo extendido, carpa, agrupado, postura libre, pirueta, tirabuzón, postura de equilibrio, colocación, carrerilla, impulso, posición en vuelo, entrada, salto con carrerilla, reinicio, botes, reinicio con carrerilla, manos juntas, dedos de puntillas, extendiendo los brazos sobre la cabeza, grado de dificultad, saltos obligatorios, saltos de estilo libre, juez, juez principal, salto sincronizado, reclamación, sorteo, sanción, punto de sanción, salto erróneo, fuerte viento, salto considerado nulo, salto antes de tiempo, pierde el equilibrio, se sale de la línea, en vista lateral).

1. Solo te colocas y haces lo de siempre. Nada de florituras. Digamos que les haces un Auerbach (*renversé*), eso les suele gustar. Bonito, perfecto. Igual que el año pasado en Sídney. Aunque a decir verdad entraba una pizca de aire, pero el juez no lo señaló. Podría haberlo ahogado en un vaso de agua. O allí mismo, en la piscina de saltos. Que vea todo el país, todo el mundo, cómo se ahoga en la piscina un juez de salto que ni siquiera es capaz de percibir el viento (*vent*). Y aun así me salió de maravilla, durante el vuelo (*la trajéctoire*) rectifiqué un poco e hice la entrada en el agua (*pénétration dans l'eau*) como una diosa. Un Poseidón femenino. Una Poseidona. Aquí también hace un viento bastante fuerte (*vent fort*). Claro que a esta altura qué te esperabas. Aun así hay que hacerlo. Y además, impecable. No hay un nuevo intento, ni salto anulado, ni reclamación, ni un nuevo sorteo. Solo un salto impecable.

2. Solo te colocas y haces lo de siempre. Nada de florituras. Digamos, les haces un tirabuzón (*tire-bouchon*), sencillo pero espectacular. Les suele gustar. Como lo hiciste en Atlanta. El público gritaba frenético, entonces saltabas por primera vez con los colores americanos. Eran agradecidos, entusiastas, entendidos. Valoraban lo que le ofrecías a la patria. A tu nueva patria. *No preguntes lo que tu país puede hacer por ti; pregunta lo que tú puedes hacer por tu país*. Yo puedo hacer esto: un tirabuzón perfecto. No era lo suficientemente perfecto para mi antigua patria. Para ellos nunca nada era lo suficientemente perfecto. El que solo conseguía la plata o, todavía peor, el bronce, que ni volviera a casa. Pues vale, no volví. Que

salten para ellos las pulgas circenses. Lo que habría que decidir es si lo empiezo en equilibrio (*plongeon en équilibre*). Si lo graba la tele, y claro que lo graba, luce mejor. Pero con este viento quizás no debería arriesgarme. No puedes perder el equilibrio. Salirse de la línea precisamente ahora sería un error fatal. No, solo te colocas (*position de départ*) y haces lo de siempre. El público empezará a gritar frenético. Estás en casa. Serán agradecidos, entusiastas, entendidos.

3. Solo te colocas y haces lo de siempre. Quizás se pueda alguna floritura. Digamos que les haces una pirueta (*plongeon périlleux*). Suelen volverse locos por ellas. Cierto que a ti te suele salir mejor dando botes (*rebondir sur le tremplin)* y peor desde la plataforma de la torre. O no siempre a la primera. Pero aquí tienen torre y solo hay una posibilidad. Hay que pensarlo. Naturalmente, no se le puede dar demasiadas vueltas. Hay que decidirse. Ahora, de inmediato. Al mismo tiempo estaría bien si vieran en casa, *esos*, que puedo hacer una pirueta desde la plataforma de la torre a la primera. Que revienten. Sería mi mejor desquite. Verían lo que han perdido. Verían que han perdido y yo he ganado. Vamos, aunque los botes no, quizás pueda solucionar de alguna manera el impulso (*l'élan*). Solo hay que improvisar una pista. Mesas, sillas, esas cosas. No, creo que ya no hay tiempo.

4. Solo te colocas y haces lo de siempre. Nada de florituras Digamos que les haces un delfín (*retourné*). El favorito de niños y adultos. El delfín es el animal acuático más cariñoso. ¿También el animal aéreo más cariñoso? Y ahora lo seré yo, por un instante fugaz. La reina del aire, la preferida del aire (*chouchou de l'air*). Una estrella mundial durante quince minutos, recortada a quince segundos. O menos. Quién sabe, a fin de cuentas estamos bastante alto. ¿Pero es lo suficiente alto como para que pueda crear algo imperecedero? ¿Y qué pasará si no lo recoge la cámara? ¿Si no lo graban? ¿Si nadie ve el salto perfecto? Al menos te quedará la feliz sensación de haber creado lo perfecto. Tú lo sabrás. Y eso basta. Vamos de una vez.

5. Solo te colocas y haces lo de siempre. Puede que alguna floritura, o si no, hazlo sencillo, sin florituras. Digamos que les haces una carpa (*carpée*). Sin más. Las cosas sencillas son las más bellas y a veces las más complejas. Aparentemente es fácil hacerlas, pero para una realización perfecta tiene que funcionar todo a la vez. Concentración, equilibrio, ímpetu, respeto a la línea. Salto de carpa, ¿quién no lo ha intentado en su infancia? Y sin embargo, hay cosas y hay grados de dificultad (*coefficient de difficulté, CD*). Hay cosas que solo se pueden hacer de una manera. Y hay otras que pueden tener diferentes grados de dificultad, o incluso diferentes matices. Es posible saltar desde la orilla soleada y cubierta de

hierba de un lago, desde la roca, al mar lleno de olas, es posible saltar desde un puente de piedra de lomo grácil, en arco, más tarde bombardeado, a un río rápido de aguas de un verde turquesa inverosímil, es posible desde una barca a un remanso, perezoso, de aguas templadas, es posible desde un mojón, a la piscina de un sanatorio que se refresca en las montañas, es posible desde los hombros de papá, a un lago de fines de verano, es posible a la piscina de aguas medicinales de la aldea vecina, aunque ponga que está prohibido saltar, es posible desde un barco de vela a las aguas que lamen las orillas de una isla de los mares del sur, es posible de una forma, o de otra, solo una cosa no es posible: saltar de manera descuidada, negligente. Hay que saltar siempre con precisión. Con disciplina.

6. Solo te colocas y lo haces. Lo de siempre. Nada de florituras. Les haces un agrupado (*groupée*). Nada de líos. Nada de perifollos. No los ilusiones con que van a ver algo que los va a dejar encandilados. El que tenga ojos para ello verá lo que le has dado. Lo valorará. Y quien no, pues le va a dar lo mismo. Para él bastará que cause sensación. El haber presenciado por una vez algo que no debía. Algo especial. Algo desacostumbrado. Algo que solo se puede ver bajo supervisión de los padres. Pero lo fundamental solo lo entenderán los iniciados. *Los que saben, los que entienden*. ¿No es así siempre y con todo? Y es lo correcto. No todos tienen que entenderlo todo. Demasiada información nos arrastra hacia abajo, como las piedras en el bolsillo del abrigo. Podemos ahogarnos por ellas. La información se nos atraganta como durante la comida la raspa de pescado que, a causa de una correcta aplicación de la maniobra de Heimlich, sale de la faringe, de vuelta al aire libre. Solo un agrupado sencillo, nada más. Te colocas bien, saltas, agrupado.

7. Te colocas, lo haces. Lo de siempre. Una *petite* floritura. Construyes un trampolín (*tremplin*), en algún lado habrá una tabla en un edificio tan grande. Ímpetu (*élan*), das un bote y haces un salto doble. Uno que les corte aliento. Hasta el juez principal va a aplaudirte en pie. Por cierto, ¿quién es aquí el juez principal? Me gustaría ver a quién hay que fascinar. Deslumbrar. Encantar. Con quién nos las tenemos. Quién organiza todo este número. Ya veo que le gusta lo espectacular (*spectaculaire*), aunque esta vez se ha pasado un poco. *Mucho*. Como dijo mi abuela Renée cuando vio por primera vez el Empire State Building. Estas cosas desatan la ira del buen Dios (*le bon Dieu*), dijo. Estas cosas solo traen problemas. Estas cosas atraen los problemas. Eso dijo. Renée era una mujer sabia. Ojalá le hubiera hecho más caso. Sin embargo, a Renée tampoco le gustaban los saltos. Opinaba que traían problemas. Pero no es posible evitar siempre los problemas. Vienen por sí mismos. Y es necesario saltar (*nécessaire*).

8. Te colocas, etcétera. Improvisas durante el vuelo. Lo que es más, sacas una improvisación como un torbellino. Lo fundamental es que encabeces la clasificación. Que siempre te saquen a ti, que todo el mundo vea tu salto, una y otra vez, en una repetición sin fin. Tú serás la estrella sin discusión. La megaestrella. Un ejemplo para un país, un *American idol*. Ya no importará si el salto merece el oro, la plata o el bronce. Merecerá todo el dinero del mundo. Todos querrán verlo. De día, de noche, a cámara lenta, a cámara rápida, en cuadros fijos, agrandados, en color, en blanco, en negro. En el salto estará todo. Será tan complejo, tan complicado, que de golpe ni siquiera serán capaces de determinar su grado de dificultad (*coefficent de difficulté, CD*). Estarán en un aprieto. Bien que lo estarán.

9. Solo te colocas. Solo aposta. Solo para que lo vean. Solo para que vean que también se puede así. Que no hace falta estar aterrorizada. Que no es obligatorio ajarse de miedo como una uva pasa de California. Que no hay que entenderlo como si hubiera sucedido algo horrible. Sino ver en ello las posibilidades. La ofrenda. El regalo, da igual. Hela aquí, tómala, es una ofrenda. Y tú te inclinas, sonríes levemente y la recoges. La aceptas, ¿entendido? Hay momentos en los que hay que aceptarla. Uno no puede siempre patalear. Que yo no lo he pedido. Que no lo necesito. Que se lo lleven allí de donde lo han traído. Que lo cambien por algo mejor. No. Hay que aceptarlo. Tienes que reconocer tus propias particularidades. Tienes que darte cuenta de que son tuyas y de nadie más. La puerta por la que ningún otro puede pasar, solo tú. Pasa por ella. Salta.

10. Te colocas. Tú. Lo haces. Lo vas a hacer. Tendrá todo el saber que has acumulado hasta ahora. Será una verdadera cápsula de sabiduría. Una cápsula de sabiduría visual. Podrán analizarlo durante semanas. Estudiarán cada movimiento, qué digo, lo enseñarán en las escuelas. Serás materia de examen, tendrán que examinarse de ti. Los chavales se echarán a temblar, que pase ya de una vez, pensarán, los demás son un juego de niños. Te adorarán y te odiarán. Te envidiarán y te idolatrarán. Aun quien no te quiera, tendrá que reconocerlo: pues sí que lo hizo bien la gandula, no se puede negar. Quien te quiera, estará conmovido de haber sido alguna vez tu amigo. Sí, la conocía, declararán, era un encanto, muy directa, siempre alegre, o al menos aparentemente. Aquellos a los que permitió acercarse bastante pudieron ver lo que se ocultaba tras su apariencia. Yo estaba cerca, declararán, lo más cerca posible, mentirán. Empujarán, se atropellarán, se harán sitio, alardearán, mentirán. Serán humanos, frágiles. Se lo perdonaré. Incluso ahora, de antemano (*en avance*).

11. Solo porque sí. Porque sí. No tienes otra elección. Aquí desemboca

todo salto anterior, todo lo pasado anteriormente. En este único salto. Es el sentido de todo. Que ahora lo hagas bien. Por supuesto, lo mejor sería si pudiera ser un salto sincronizado. Es el más espectacular. A fin de cuentas hay dos torres; solo que ¿hay dos saltadoras? Quién sabe. Quién sabe quiénes están ahí, en la otra torre, y qué les han enseñado. Si saben acaso lo que ahora puede serles útil. Estudiamos tantas cosas durante nuestra vida, y luego, en el momento decisivo, en la final (*finale*), podemos aprovechar tan poco… Yo agradezco que me hayan enseñado tanto, porque sé todo lo que puede resultarme provechoso. Qué digo: lo único que ahora me resulta provechoso. Todo el resto de mi conocimiento en este segundo es inútil. La suma, la multiplicación, las reglas de tráfico, los nombres de los planetas, las denominaciones de quesos, qué color pega con otro, quién pintó girasoles, cuál fue la primera película de Truffaut, quién es el padre del hijo de Sophie, qué es la malaria, cómo mimaba su madre a Pascal, cuál es la capital de Uganda y qué río fluye en dirección contraria. Todo ello es inútil. Solo esto, solo esto vale algo. Saber saltar bien (*savoir faire*). Y si pudiera hacer un salto sincronizado no desearía nada más. Eso sería lo bueno, lo inolvidable. ¿Con quién te gustaría saltar? (Pregunta básica). Esto piénsatelo bien, hipotéticamente. Luego, cuando lo tengas, salta. Un solo va a ser único también. Créelo.

12. Solo te colocas y lo haces. Sí, lo de siempre. Aunque esta no sea una ocasión habitual. Aunque esta sea una ocasión a todas luces inusitada. Aunque el lugar sea inusitado. Aunque la razón sea inusitada. Única. Irrepetible. Inexplicable. Increíble. Si salió bien desde la otra torre, de esta también saldrá bien. Piensa que estás ahí, en la piscina, en la de saltos. En la piscina de saltos luchaste por tu vida la primera vez. El curso para niños era justo junto a la piscina de saltos. Tras adquirir los conocimientos básicos echaban a todos a la piscina de saltos. La piscina de niños tenía medio metro de profundidad, la de saltos diez. A quien no podía salir, bueno, lo sacaban, pero no podía volver. Ahogarse parecía mejor que soportar esa vergüenza. Salí. Pude quedarme. Más tarde pensé que si mi primer éxito se enlazaba con este sitio, ¿por qué iba a marcharme a otro? Así que saltaba. Mucho, de muchas formas, cada vez mejor. Hasta los pájaros quedaban deslumbrados. La plataforma de salto tenía cinco pisos de altura, esta torre tiene ciento veinte. Yo me encuentro en el piso ciento siete. Si desde allí salió bien, desde aquí saldrá bien. Desde aquí se ve también el agua. Lo demás no importa.

13. Solo te colocas y lo haces. Les haces un solo compacto. De salto sincronizado, nada; la torre vecina se ha venido abajo. Curioso, ya que no le dieron primero a esa, sino a esta. Y a pesar de todo fue esa la que se hundió antes. Los primeros serán los últimos: a veces no importa. En vano elegiste un compañero hipotético, en la realidad la torre del

compañero hipotético se ha venido abajo. Se ha derrumbado como quien recibe una noticia trágica e insoportable, formando un gran montón de brasas ardientes. Se ha enterado de que llegaba su final. No ha podido soportarlo; su armazón ha ardido un rato, como una radiografía en rojo vivo ante un cielo cegadoramente azul, y después se ha rendido. A veces también así mueren los árboles, de un instante a otro. Muerte por fuego, la llaman. Solo que los árboles mueren de pie. Saltemos mientras no sea tarde.

14. Solo te colocas. Solo esperas, esperas y esperas. Un fuerte viento. Un fuerte viento inusitado. Un viento nunca antes visto, intratablemente fuerte. Sorprendentemente fuerte. Las manos juntas. Los dientes apretados. La respiración contenida. Los ojos cerrados.

15. Solo te colocas, y. Siempre hay un y, después de pronto no hay y. Siempre confiamos que hay un y, y la experiencia nos muestra que siempre hay, primero una cosa, luego otra, y después, de nuevo, otra, y así una y otra vez. La vida es un y.

16. Solo te colocas y lo estropeas. Haces florituras y te pasas. Pierdes el equilibrio. Saltas antes de la señal. Te sales de la línea. Haces mal el salto. No lo haces mal, pero se equivocan al calificarlo. Rechazan la reclamación. El juez y el juez principal están ciegos, pero eso solo lo ves tú, porque todos están ciegos, aunque creen que ven. No hay nuevos anuncios, nuevos sorteos. Una pesadilla. Gracias a Dios es solo una pesadilla. La realidad es más bella. En la realidad lo conseguirás. No sobrevivirías si no lo consiguieras. Sería mejor que te hubieras ahogado a los cuatro años en la piscina de saltos si no lo consiguieras. Pero lo conseguirás. La realidad siempre es más bella.

17. Solo te colocas y saltas. En el momento del salto (*le départ*), dicen, toda tu vida te pasa ante los ojos. Mi vida es una serie de saltos, uno detrás de otro, salto tras salto. Así que en el instante del salto veo todos los saltos y los puntúo. Procuro valorar objetivamente mis saltos. Es lo más difícil. Uno siempre es parcial respecto a sus saltos, siempre hay alguna explicación de por qué esto o lo otro salió así y no de otra forma, siempre hay una razón, que tiene su consecuencia, el salto. Puntuar objetivamente es lo más difícil. Si hay juez, justo y entendido, nuestra tarea es más sencilla, entonces podemos encomendarnos a él. Si lo hace mal, siempre es posible insultarlo, discutir, protestar. Pero si no hay juez, porque *no hay* y listo, si uno se puntúa a sí mismo, eso es lo más difícil. Porque uno siempre sabe cómo han sido *verdaderamente* los saltos. Aunque demos más o menos puntos de los merecidos, uno siempre lo sabe. Y no hay con quién discutir. Es lo más difícil, no hay duda.

18. Solo saltas y la posición en vuelo. Se puede ver: en visión lateral, en visión inferior, en visión superior, en visión cruzada, en visión diagonal, en visión anillada, en visión espiral, en visión cuadrada, en visión montañera, en visión campestre, en visión declinada, en visión solar, en visión lunar, en visión global, en visión general, en visión de perro, en visión de hámster, en visión de amapola, en visión de miel, incluso en visión melosa amapolada (en días claros), en visión real, en visión de damas, en visión de alcanfor, en visión de hachís, en visión histórica, en visión geográfica, en visión de amor, en visión de muerte, y luego una y otra vez, en visión repetida. Es lo bueno. Que se puede ver en todo tipo de visiones.

19. Torre.

20. (Adelante, atrás, Auerbach, delfín, cuerpo extendido, carpa, agrupado, postura libre, pirueta, tirabuzón, posición de equilibrio).

21. Fuerte viento (*vent fort*).

22. Final (*finale*). Colocación (*la position de départ*). Salto (*le départ*).

23. En vuelo (*la trajectoire*), manos juntas (*les mains réunies*), dedos de puntillas (*les orteils pointés*), entrada (*pénétration*).

24. Puntuación (*résultat*).

Acaba las frases incompletas:

Las apariencias...

Una golondrina...

One small step for a man...

Dios mío, Dios mío...

Geografía Humana Nacional-Naturaleza

Fidelio
(ópera-blog)

Miércoles. Me han reclutado. Hace dos días, por internet. Es lo que está de moda ahora. El nombre en clave de mi oficial de enlace es «Don Fernando»; el mío, «Jaquino». Me llevan acosando lo menos dos años, y ahora me han chantajeado con algo que saben seré incapaz de esquivar, no como hasta ahora. Me han dicho que anunciarán a bombo y platillo a la prensa que no soy, por así decir, de raza pura. Mi madre no lo soportaría. (Por no hablar del resto de las consecuencias, no me sienta nada bien el ingreso en un campamento). Y que, cito, airearán mis costumbres copulativas. Me han dicho que informe de todo lo que suceda entre las paredes de la «institución». Marcelina tiene un nuevo peinado (esto no les interesa lo más mínimo, pero a mí sí), está preciosa, como siempre, pero ahora sencillamente arrebatadora. Y no me hace el menor caso. No es novedad. *Ya llegará el día*.

Viernes. La «institución» es un lugar fascinante. «Don Pizarro», llamemos así al jefe, no nos deja aburrirnos. Por ejemplo, anoche cuando todos dormían excepto yo, y fuera las luces de la avenida del Patrimonio de la Humanidad parpadeaban soñolientas, los hombres de Don Pizarro introdujeron clandestinamente a un hombre cubierto con una capucha negra, supuestamente un periodista de investigación. Dicen que pretendía vender a unas revistas ciertas fotos reveladoras sobre Don Pizarro, sobre la vida y las cosas que lleva, por ejemplo, el sujetador con cruces flechadas fascistas bajo el chaleco antibalas. Precisamente justo antes de las elecciones a mandatario no le vendría muy bien, por no hablar de a su partido. El encapuchado no estaba dispuesto a entregar los negativos, así que lo amenazaron con que le harían pasar hambre y lo torturarían hasta que palmara, y nadie daría con él. Parece un tipo bastante resistente, por el momento ni siquiera está dispuesto a revelarles cómo ha podido hacer esas fotos. Yo tengo cierta idea, pero me callo. Algún día puede venirme bien para algo. He bautizado al periodista como Florestán.

Domingo. A través de un trabajador de prensa infiltrado, Don Pizarro ha ido propagando en los medios de comunicación que ha sido la oposición quien ha detenido a Florestán y lo ha ejecutado. Han llegado incluso a grabar un falso vídeo sobre él, un trabajo muy apañado, aunque el corte ha quedado bastante rudimentario. Naturalmente han dicho que eso acentúa la autenticidad, aunque en mi opinión, sencillamente no

tienen ni pajolera idea de cómo hay que hacerlo. Por supuesto, explicaciones hay para todo, pero yo odio las chapuzas. Si me pongo con algo, quiero hacerlo bien. La redacción de informes se me da cada vez mejor. No es que me guste, pero si uno tiene que hacerlo pues que lo haga decentemente. Redacción, registro de estilo, selección y esas cosas. Esto también es un oficio. Si Marcelina supiera lo que hago, seguro que me odiaría. No me pesaría, el odio es al menos una emoción. Me enloquece su indiferencia. Hasta con los perros tiene más ternura. Habrá que inventarse algo para engatusarla. Ah, ay, ay, pero qué.

Miércoles. He concebido un plan diabólico. Es tan retorcido que incluso yo mismo me pierdo. Pero funcionará, ¡tiene que funcionar! Por lo que veo, no hay otra solución. He descubierto que Florestán tiene una esposa maravillosa, llamémosla Leonora, que enloquece en casa, desesperada ante la desaparición de Florestán. Le he comunicado (tengo mis métodos) que su señor de ojos estrellados está preso aquí, así como qué es lo que debe hacer para entrar en la institución. Como hay una vacante, ya que los miembros de la comisión de la capital se han quitado de en medio al ayudante de Rocco, el viejo de Marcellina (probablemente por encargo del propio Rocco y sus hermanos), le he dicho que se presente para el puesto, naturalmente es obligado que con un seudónimo y papeles falsos (documento de identidad, diploma, examen oficial de idiomas, etc.), que se dirija tranquilamente a Wallenberg S. A., que ofrece calidad suprema, es decir inmunidad, no solo ante esos gendarmes idiotas, sino también ante los rusos. Que no se preocupe por ser mujer, porque en la última sesión del consejo nacional aprobaron la cuota femenina y como, en ese aspecto, la institución va de culo, tendrán que admitirla.

Lunes. Así podría tocarme la lotería. Por desgracia soy un genio, pero me toman por el pito del sereno. Sobre todo Marcellina. Ya veremos si puedo inclinar la historia a mi favor, así como su cintura de avispa. Por supuesto, en los informes guardo silencio sobre mis propias maquinaciones, todavía no he llegado al punto de informar sobre mí mismo. (Aunque, quién sabe, puede que alguna vez llegue la ocasión, a fin de cuentas Don Fernando suele decir sombrío: los caminos de la seguridad del Estado son inescrutables. De manera incomprensible me empieza a caer bien Don Fernando. Tiene algo reconfortante. Se ha convertido en el elemento más axiomático de mi vida. Cuenta conmigo, me hace sentir que soy importante, lo que es más, incluso imprescindible. Me trata como a una persona. ¿Quién hace lo mismo conmigo?). Pero de los acontecimientos superficiales informo fielmente día a día. Entre otras cosas de que después de que Leonora se haya incorporado inmediatamente al trabajo, Rocco la ha guiado por toda la institución y le ha explicado las tareas. Por ejemplo que tiene que controlar el trabajo de

la brigada de huesos —se trata del grupo de diecisiete personas que fabrica esqueletos de plástico para exportar a la RDA, o al menos eso hace sobre el papel, pero como los compran más bien los croatas y los iraquíes, la cosa empieza a oler mal—. Le he dicho a Leonora que, dado el caso, averigüe el asunto para que yo pueda escribirlo y que se alegre el corazón de Don Fernando, que vea que no ha depositado en mí su confianza en vano. Empezamos a ser como padre e hijo. La última vez alabó tanto mi lealtad que me dijo que desde ese momento me iba a llamar Fidelio. Un bello nombre (de cualquier modo, más bello que el de Fido).

Martes. Mis cálculos han salido a la perfección. Sabía que Marcellina no podría resistirse a la belleza excepcional y a los encantos de Leonora. Por supuesto antes de saberlo, también sabía de qué pie cojea Marcellina. A fin de cuentas he tenido tiempo y ganas de vigilarla. Seguramente yo lo sabía antes que ella misma. Pero eso, por desgracia, no ha hecho que la pasión que siento por ella disminuya. Al contrario. En cualquier caso Marcellina se ha enamorado por completo, fatalmente, de la desgraciada de Leonora, que se esfuerza en ser agradable con ella para no provocar la cólera de Rocco y no estrangular con eso su misión secreta, pero en realidad huye continuamente de Marcellina, que no la deja en paz, como una sanguijuela sedienta de sangre. Ahora aprenderá la perra qué pasa cuando a uno lo embarga la pasión y no le hacen ni puñetero caso. Es mi dulce y secreta venganza; después, cuando Marcellina descubra la verdad y quién es verdaderamente Leonora, tendrá que desahogarse en los hombros de alguien. Y entonces allí estaré yo, a mano, la escucharé magnánimo y, si es necesario, la consolaré incluso. Seré amable. Cariñoso. Imprescindible.

Jueves. Los lamentables acontecimientos de febrero se suceden a un ritmo demencial. Resulta que el Gran Líder se prepara para visitar personalmente la institución, lo que supone además un gigantesco despliegue de relaciones públicas. Así que Don Pizarro ha sufrido un ataque de pánico por si sale a la luz el secuestro y la tortura de Florestán; lo anunciarían a bombo y platillo en la prensa internacional y entonces adiós a la adhesión a la UE, por no hablar de su pobre cabeza. Ha ordenado a Rocco que haga desaparecer hoy mismo las huellas comprometedoras, es decir, que quiten de en medio al periodista. Pero Rocco, que hace gala de no poco orgullo profesional, ha declarado que está dispuesto a torturar, a golpear, si es necesario incluso a mimar, pero de ninguna manera a asesinar, eso no figura entre las tareas de su puesto, y para enfatizarlo ha dado un golpe con el pie enfundado en unas botas militares. Entonces Don Pizarro, con los ojos desorbitados tanto por la ira como por la desesperación, ha estallado, pues sí que estamos bien, aquí tengo que hacerlo todo yo mismo, y le ha encargado a Rocco que al

menos excave inmediatamente una fosa en el patio posterior de la institución, ya que no le pagan a fin de mes por no hacer nada. Manos a la obra. Entonces, Rocco, que desde hace un tiempo teme el despido y que le trasladen al Ministerio de Educación para ejecutar la reforma de la enseñanza superior, ha preferido coger una pala e hirviendo de cólera se ha retirado. Pero Leonora, que ha sido testigo de la discordia y estaba muerta de miedo por lo que le ocurriría al Florestán de su alma, no ha dejado de darle la lata al viejo hasta que este le ha permitido que le ayude, incluso se ha alegrado de no tener que cavar él solo una fosa anónima con sus doloridos riñones, por no hablar de atar manos y tobillos con alambres, dado que desde hace un mes el obstinado «reoma», sí, así lo ha pronunciado, «reoma», no hace más que torturarle los dedos.

Jueves. Por la tarde se ha cortado la conexión inalámbrica, por eso no he podido continuar antes. Después de que Rocco y Leonora hayan cavado la fosa a duras penas, han sacado arrastras de su celda a Florestán, que, puedo decirlo, no es que estuviera en su mejor momento, apenas le sostenían las piernas por el hambre y, claro, por lo que le ha estado dando Rocco. Nada más verlo, Leonora se ha echado a llorar a moco tendido y su costoso rímel Revlon se le ha corrido por todo el rostro. Tras ella, faltaría más, ha aparecido mi Marcellina, que también se ha echado a llorar a moco tendido nada más verlos lanzarse en brazos uno del otro, y su costoso rímel Estée Lauder se le ha corrido por todo el rostro. Tras ellas, faltaría más, he aparecido yo, que estaba observando todo eso con satisfacción y no sudaba en absoluto ya que uso desodorante Old Spice, que asegura una protección durante veinticuatro horas. Tranquilamente podríamos haber tocado un buen quinteto, así de bueno era el ambiente que había. Pero de pronto se ha presentado Don Pizarro, que nos ha dicho que nos larguemos porque no le gusta que le miren mientras trabaja. He visto que Leonora se ha escondido tras un pilar y cuando Don Pizarro, después de una pequeña tortura de despedida, que ha sido necesario inmortalizar con su cámara de fotos digital, porque le encanta hacer fotos, ha sacado su revolver para largar al otro barrio a Florestán, entonces, de pronto, ha irrumpido Leonora, ha cubierto a su hombre con el cuerpo y se ha puesto a gesticular con una pequeña pistola de empuñadura anacarada ante las propias narices de Don Pizarro. Estaban a punto de iniciar el final de ese juego simultáneo, cuando se ha presentado un ordenanza y le ha anunciado a Don Pizarro que debía personarse inmediatamente en recepción, porque acababa de llegar el Gran Líder con su séquito. Creí que por la ira, a Don Pizarro le iba a volver de nuevo su psicosis. Aunque ni siquiera sabían lo que vendría a continuación.

Jueves. De nuevo se ha cortado la conexión, pero ahora debería escribir con algo de prisa mi informe. Mientras Leonora y Florestán se comían a

besos, a Marcelina, que ha visto toda la escena oculta tras el otro pilar, le ha dado un ataque de histeria, ha recitado toda la tabla periódica, ha empezado a echar espuma por la boca y se ha desmayado, justo entre mis brazos. De pronto se ha presentado otro mensajero y ha dicho que todo el mundo se reúna en el Appelplatz, porque el Gran Líder ha declarado que ante la adhesión a la UE se va a decretar una amnistía general y todos los presos deben presentarse ante él. Pues tengo curiosidad por la cosa, he pensado, y además debo escribir un informe, así que he dejado a Marcelina en un sofá con una compresa en la frente y los he seguido. Menuda sorpresa. Uno de los periodistas que acompañaban al Gran Líder ha reconocido inmediatamente a Florestán, por lo que al final toda la sucia historia ha salido a la luz. Se han llevado a Don Pizarro esposado, mientras le daban a conocer sus derechos. Don Pizarro ha gritado que ya verían, que iba a recurrir al Tribunal de La Haya, ante lo que todo el mundo se ha echado unas buenas risas, resulta que todavía hay alguno que cree que existe de verdad. Después, el Gran Líder ha anunciado que el 15 de marzo Leonora recibirá por su valentía la Cruz de los Caballeros, ornada con una Tereshkova, así como que Leonora y Florestán son en realidad sus hijos mellizos perdidos tiempo ha, así que no pueden ser marido y mujer, aunque ya da lo mismo. Entonces ha estallado la fiesta y el pueblo se ha golpeado alegremente las cañas de las botas, los urbanistas se han bailado flemáticos un *break*, los burgueses han pringado escrupulosamente la alfombra roja con vómitos, mientras que los traidores a la patria se han liado a vodkas con los rusos en la despensa. Y con los gitanos, por fin, todo ha estado en regla. Bien está lo que bien acaba, he pensado, porque entonces ha surgido Marcellina, tambaleándose y un poco pálida, y con ojos pesarosos se ha dirigido hacia mí: «Tú eres mi único consuelo. Ven, vamos a dar un paseo».

Viernes. He escrito mi informe. Seguro que Don Fernando estará satisfecho conmigo. Qué pena que solo mantengamos contacto a través de internet, la verdad es que me encantaría conocerle. Claro que entonces se iría al garete mi incógnito. Pero por qué negarlo, lo mejor de internet es que nadie sospecha que eres un perro.

Escribid una redacción con el título «Un verano en el campamento». ¡Tratad de dar detalles jugosos!
Escribid una redacción con el título «Mi hermano, el triste guardia civil». ¡Tratad de ser objetivos!

Los fundamentos de nuestra visión del mundo

El trasgo

Olor de húmedos abrigos, chapoteo de zapatos invernales en la nieve diluida en fango sobre las losas blancas y negras. En la sala un hormigueo tenso, impaciente, colas interminables que culebrean desesperanzadas ante la ventanilla. La gente apretujada en la oficina de Correos sostiene tarjetas de Navidad, cartas, paquetes de diferentes aspectos y tamaños, como una única esperanza para su redención. El minutero del reloj inmenso, redondo, colgado en la pared, salta con dificultad, como si le doliera cada movimiento. Un sonoro clic señala los tramos de su avance. Las miradas se hincan en las hombreras de los abrigos mohosos y con olor a naftalina, o se clavan en el perezoso reloj. El dueño de un triste y empapado abrigo de piel, el de pelo de camello, el de la guata hinchada, el de la casaca de un recluta asustado y el de un impermeable que cruje tieso y orgulloso, esperan el momento de volver a la vida libres de sus cargas, al aire tiznado, mugriento y con olor a invierno, al tiempo, que liberado de la trampa, toma un nuevo ímpetu. Gorros de punto a colores, boinas, sombreros grises y marrones, gorros de piel, mantones, gorros de invierno con visera y orejeras, pañuelos, ondean en el espacio brumoso como boyas en un mar septentrional. En algún lugar de la cola se encuentra la profesora Fuchs —para vosotros simplemente Aranka—, con su ajado abrigo azul ciruela, que lleva ya desde hace siete años, y reflexiona ensimismada. ¿Qué será al fin y al cabo la fiesta? ¿Para qué tanto sufrimiento?

La fiesta, empieza Aranka insegura, para pasar el tiempo, es lo que distingue, lo que diferencia. ¿Pero cómo? ¿Letras rojas en el calendario? *¿Un rayo relampagueante... y desde el fondo del cielo hasta el fondo del cielo?* ¿Un suceso inesperado? ¿Una sonrisa repentina? ¿Un tranvía que llega de noche? ¿La fiesta será tal vez ropa seca tras la tormenta? ¿Un pan de mantequilla y pimiento una tarde de verano, una mofeta entre los montes de Transilvania será acaso la fiesta? ¿La orilla de un lago otoñal al sol? ¿Una ladera aterciopelada? Pero entonces, ¿qué hago yo aquí?, piensa amargamente Aranka Fuchs, ¿qué hago yo en este gabarro de espacio-tiempo, en esta cueva lamentable y oscura, en este campo de fuerza escaso? No, la fiesta debe ser algo más, piensa Aranka, mientras el horario del reloj de pared hace un clic aliviado. Basta una conjetura correcta para impulsar el tiempo. Así que Aranka se lanza de nuevo. La fiesta es quizás

un nuevo comienzo, desde cero y en positivo, una nueva posibilidad que se nos da de regalo. La fiesta señala el final de una época y el inicio de otra. Bajamar y pleamar; la fiesta es la decoración en nuestro paso del tiempo, el acompañamiento musical de nuestra existencia. O sea, que la vida sin fiesta, piensa Aranka, es una película muda cuyo carrete gira en silencio, es un silencio tenso y pesado. Una pelliza de zorro pringosa resopla sobre el cuello de la profesora Fuchs. ¿Acaso la fiesta es el calor de la cuadra? ¿El aliento? ¿La transpiración del vaho, el cuerpo a cuerpo? ¡¿Y entonces dónde queda el alma?! ¡Si la fiesta —¿no es así?— también tiene alma! Aranka se agita perpleja y con la rolliza palma de la mano se alisa un mechón de pelo rojo pegado al sudor de su frente. En la sala escasamente iluminada las ventanillas tan lejanas brillan como fuegos de campamento en un paisaje nevado, septentrional. Los presentes, pateando el suelo apáticos, ansían llegar a las cálidas luces pestañeantes que les llaman, a las luces prometidas que significan el final de sus tormentos y sufrimientos, el instante de la redención.

Pero entonces, la fiesta es la llegada, un hecho, un *happening*, un evento con el que podemos contar sí o no, Aranka Fuchs sigue hilvanando la sarta de perlas deslucidas de sus pensamientos. Entonces sería un hecho dramático, una piedra luminosa, pulida dramatúrgicamente. Pero en tal caso estamos en un teatro, piensa Aranka, y la idea le inunda de calidez el corazón, puesto que pocas cosas le agradan más que ir al teatro. Seguro, el mundo es un escenario, argumenta Aranka, y nosotros esperamos la aparición del protagonista, la gran *entrée*. Y asiente de forma casi imperceptible, aprobatoriamente. Así que nuestra tarea es esperar y atender, y este pensamiento le anima decididamente, porque hasta entonces ha resultado estar dotada para ambas actividades. Así pues la fiesta significa: vivir con el corazón abierto, con los ojos abiertos, y cuando venga lo que deba venir, lo reconoceremos con toda seguridad. Pero si la fiesta fuera solo eso, sigue reflexionando con empeño, porque la profesora Fuchs no es comadrona de conclusiones facilonas, entonces ¿para qué están aquí estas colas serpenteantes, para qué es esta audaz voluntad? Debe haber aún algo aquí, un elemento que falta, un eslabón que una todo lo anterior.

Y entonces le desgarra el reconocimiento y se avergüenza un poco de no haber pensado en ello hasta entonces. Pues claro, ¿para qué estarían aquí esos portadores de abrigos empapados, si no para entrar en contacto con los otros —presumiblemente con sus seres amados—? Acaso de qué otra cosa podría tratar un envío, sino de dar una señal, dar una señal de nosotros mismos y nuestro amor, de pensar en ellos, de que *están pensados*. La fiesta, por lo tanto, es comunión y comunicación, suelta Aranka triunfal, mientras el minutero, cansino, hace clic. Así es, el tiempo rueda hacia delante, tranquilo y sosegado. Pero en tal caso, sigue hilvanando Aranka ahora ya con rostro radiante, hay que extenderlo, hay

que estar listo para la charla, siempre, con todos, para extender nuestros brazos hacia un extraño, para acoger su presencia y aceptar lo que pueda darnos. Hay que saber enviar y recibir, esto es el contacto, y más aún, la forma ideal de un contacto. Y la mejor metáfora de todo, su símbolo, el *locus classicus*: Correos. Cuando Aranka Fuchs llega hasta ahí en su pensamiento, la calma inunda su alma y la invade una gran tranquilidad. Porque si es así, entonces en vísperas de fiesta se encuentra en el mejor y más bello lugar existente. Y Aranka ya no se ocupa de la escasa iluminación, del aire mohoso y lleno de vaho, del olor a naftalina, de los charcos grises que se expanden a sus pies, de sus zapatos empapados, ni siquiera de la pelliza de zorro pringosa y jadeante que hay tras ella. Es feliz de poder pasar la víspera de la fiesta en el lugar más adecuado posible. Ya ni siquiera le importaría tener que estar allí hasta la madrugada siguiente, en la cola serpenteante, acechando la luz lejana de las ventanillas.

Entonces, la profesora Fuchs nota un movimiento que rasga la superficie rancia de las altas horas de la tarde. La masa de guata húmeda, que hasta entonces permanecía inmóvil ante ella, se anima de pronto, y surge de ella una anciana de cuerpo menudo y espalda inclinada, se gira de improviso y fija los ojos penetrantes, azules, cercanos uno a otro, en los de Aranka Fuchs, que cree entonces reconocer la llegada del momento gozoso de la comunión y la comunicación, y devuelve la mirada sonriendo apacible y alentadora. Y entonces la anciana abre la boca para dejar caer las siguientes palabras: «La Navidad no será buena». La frase se clava en el corazón de Aranka como un pico de hielo. Se turba, ni siquiera sabe si ha oído bien lo que ha oído, o si su imaginación le está gastando alguna broma cruel. «¿Me habla a mí?», pregunta Aranka tartamudeando, a pesar de que las palabras han sido pronunciadas evidentemente para ella, sin la menor duda. «Sí, a Usted», responde la anciana con cierta impaciencia, como quien charla con un subnormal. Entonces un miedo helado envuelve el corazón de la profesora Fuchs. Es como si en su cabeza, un torbellino recorriera todo lo que confirmara las palabras de la anciana. Sus temores se perfilan, sus angustias hasta entonces sojuzgadas, ahuyentadas, se hacen palpables. El corazón de Aranka martillea cada vez más agitado, su estómago se encoge, intenta desesperanzada encontrar un asidero, una salida, una vía de escape. Se le seca la boca, la lengua se le pega al paladar, querría hablar, pero las palabras no le obedecen, no le sale voz de la garganta. Después de varios arranques y carraspeos, consigue exhalar un gemido: «Pero... pero *¿cómo* lo sabe?». Aranka Fuchs aún tiene esperanza. Quizás ahora consiga pillarla; quizás ahora ese montón de trapos reanimados sea capaz de admitir que no sabe nada. Que solo es un espíritu dañino y le basta un soplido para hacerla desaparecer de la faz de la Tierra y no volver nunca jamás. La anciana sonríe irónica con sus finos labios, como quien adivina sus maquinaciones. Vuelve a fijar los ojos en

Aranka y tras un compás de espera le dice: «Ya lo verá».

Y se da la vuelta y de nuevo se convierte en un montón de guata empapada en la sala cochambrosa y llena de fango.

El minutero del reloj hace un clic de asentimiento. El tiempo preñado gira adelante.

En los Estados Unidos de América el cartero es valorado como un héroe popular. Describid cómo es valorado, en vuestra opinión, un cartero húngaro. Escribid una redacción sobre vuestra fiesta preferida, con el título «¿Por qué amo la Navidad?».

Geografía-Biología

La tentación de Henri Mouhot

Henri suda y resopla en la jungla. Está agotado porque es gordo. Un coleccionista de insectos no debe ser gordo. Un naturalista no debe ser gordo. Un galán no debe ser gordo. Un descubridor no debe ser gordo. Un profesor en Rusia, *ese* sí puede ser gordo. Los putos diez años con putos colegiales, eso es lo que le ha hinchado, piensa Henri, mientras ahuyenta irritado los mosquitos. Esas putas víboras chupasangres. Mosquitos, colegiales. En la jungla Henri hace asociaciones libremente. Henri dice con frecuencia *puto*, su esposa lo odia. Pero aquí en la jungla dice lo que le viene en gana. Gracias a Dios por los animales y las plantas, piensa Henri, el encarnizado luterano que no obstante se lleva bien con los misioneros católicos, aunque bueno... Junto al *puto*, otra expresión de Henri es el *aunque bueno*. Henri tiene ciertas reservas. A Henri le torturan las reservas. ¿Está bien haber venido? Más exactamente: ¿para quién está bien? O a veces de forma más matizada: ¿¡qué cuernos hacemos aquí, *parbleu!*? Henri dice con frecuencia *cuernos* y *parbleu*, su esposa lo odia. En cambio, aquí en la jungla dice lo que quiere. Henri tiene una esposa inglesa, sin embargo, Henri es francés. [¿Es un problema? ¡Argumentar a favor o en contra!]. Anna, la hija del gran descubridor, Mungo Park. Vendrá bien para cuando seamos descubridores, pensó en su día Henri, cuando aún no había descubierto nada. Henri, futuro yerno del gran descubridor, descubrirá así, de golpe, el *networking*. Pero no lo amamos por eso. Amamos a Henri por su buena pluma, *le style c'est l'homme*, y su barba larga y roja. Su esposa le pidió en numerosas ocasiones que se la cortara. De la larga y roja barba caen gotas de sudor sobre el suelo de la jungla. Los laosianos están pasmados por la barba de Henri. Gritan excitados si lo ven y bandas de niños lo siguen allí por donde va. Los niños le llevan a Henri insectos raros, por los que Henri les da a cambio alambre de cobre y cigarrillos. Los niños se sueltan entonces de las tetas de sus madres y fuman como los viejos fumadores de opio. En opinión de Henri se trata de una costumbre habitual allí, no hay que preocuparse. Pero sí de los insectos, sobre todas las cosas. Henri no conoce bromas en asuntos de insectos. La última vez, por ejemplo, una colección completa de ejemplares raros se hundió en el puerto de Singapur, pero Henri no se dejó vencer por el desánimo, se

puso de inmediato a reunir otra colección.

No, Henri no se dejó vencer por el desánimo. Lo que le vence es la inexplicable seguridad de que va a palmarla aquí, justo aquí, en la jungla laosiana. Henri tiene un mal presentimiento. Henri no tenía en absoluto que encontrarse aquí, piensa Henri. Henri debería poner tierra de por medio, porque hasta ahora sus presentimientos siempre se han cumplido. Por ejemplo, cuando presintió que Anna, la hija del famoso Mungo Park, le engañaba con el boticario, con ese puto Bovary, allí en casa, en Jersey. Y después, como debe ser, los pilló una tarde en la trastienda de la botica, adonde había ido por cloroformo liquidainsectos, aunque luego lo que necesitó fue carbonato de amonio, vamos, no para él, sino para Anna, que se desmayó al ver como Henri ponía el grito en el cielo en la puerta de la trastienda porque no salía nadie al mostrador, ya que ese día Emma, la esposa del boticario, se había ido a la ciudad a encargarse de su compra semanal, o al menos es lo que afirmó —Henri tenía también sobre esto su propio y peculiar presentimiento—. Por el inusual y agudo *flashback*, a Henri le tiembla la barba en la jungla brumosa. ¡Infragranti, *parbleu!* Así que mejor la jungla, los insectos, los tigres, los leopardos, los rinocerontes, los cocodrilos, los escorpiones, los ciempiés, las sanguijuelas y las pitones que la rabia ardiente, blanca, cegadora, porque a su hipócrita y ácida esposa de rostro y dientes de caballo, esa deforme y tísica *anglaise*, se la había pasado por la piedra el capullo de Bovary. No es que lo envidiara, pero ni siquiera un sudoroso coleccionista de insectos, con tendencia a engordar, una creciente calvicie y una barba flameante conocía el concepto de *honeur* solo por los dramas de Racine. No. Henri era leído, pero no idiota. Al instante se dio cuenta de qué tenía que hacer. Preparó las maletas y en un santiamén ya había descubierto a la maravillosa Angkor, por la cual en el acto se convirtió en una estrella fija, hoy decimos estrella del pop, y ya había olvidado toda la escena de la botica, cuando en algún lugar bien profundo de la jungla le llegó la noticia de que Emma, en su vergüenza y desesperanza, se había envenenado con un mejunje de Bovary, pero Henri no se sintió desagraviado, porque en realidad le caía bien Emma, una mujer agraciada, con esos ojos verdes o así —mucho más que la puta esa de jeta de caballo—, y se compadecía de la pobre, porque se le notaba que se aburría horriblemente en la botica día tras día y que soñaba con una vida *completamente* diferente. Pero de todo eso Henri no dejó ni una sola palabra en su diario, no fuera, pensó, que todos babearan con ello cuando él estuviera criando malvas. Concentrémonos en la flora y la fauna.

Así que el miedo que consumía su alma, como los buitres la carroña, venía de aquel presentimiento —*presentiment*, como diría Anna, adelantando el mentón y el labio inferior en un mohín peculiar que siempre le traía a la memoria a Henri que era *précieuse ridicule*; no sabía dónde lo había leído, pero desde luego no en aquel bochorno— de que

seguro iba a morir allí, en aquella jungla laosiana, en algún lugar donde el Mekong se junta con el Nam Khan. Iba a cumplir treinta y cinco años. Treinta y cinco años cumpliría, hagamos un fugaz cálculo mental, en 1861. Esto, bien pensado, concuerda con la cifra del año actual, pensó acertadamente Henri. *You are my destiny*, le cantaría Anna, a quien le salían de su sorprendentemente lisa cavidad torácica sonidos sorprendentemente plenos; pero de dónde habría sacado esa melodía, ahora, en este calor, pues eso no. En vano había dicho en un lugar completamente diferente Nietzsche, aún no hace el suficiente frío para la reflexión. Pero entonces, ¿qué hago aquí?, pensó Henri un poco asombrado de su propia necedad. *Que sais-je*, se le ocurrió de pronto, asociando libremente en la jungla quéseyo. *Queseyé*, *queseyé*, repetía rítmicamente ante sí y a ese mismo ritmo exterminaba, lo que oficialmente denominaba fascinante flora de Asia suroriental, aunque como hombre de la calle llamaba maldita maleza. No hay explicación. Los grandes hombres tienen un mar de secretos. «Phrai», le dice a su fiel siervo tailandés Henri, «¿te ha engañado ya una mujer?». Phrai sonríe risueño a Henri, como suele. «No worry», dice Phrai, como a todo, independientemente de lo que se trate. Pero el alma luterana y agitada de Henri se caga en el budismo. El alma luterana y agitada de Henri clavaría a Anna a las puertas de la iglesia de Wittenberg. Cada uno de sus dedos, uno a uno, con un clavo minúsculo. Henri sujetaría los clavos entre sus dientes, para clavarlos en la carne pálida, minucioso, exacto, como suele fijar a los insectos en las láminas de cartón. Anna, como un gran coleóptero, repugnante y de abdomen negro. Henri suda, su barba roja tiembla en la jungla brumosa. Asesta un sonoro golpe con su machete en una gruesa sinuosidad que parece una liana. La serpiente cortada en dos cae sobre sus botas polvorientas. Henri se fija irritado en su presa; tiene un mal presentimiento y para colmo eso. Adelante, adelante, más allá del bosque del Rey del Fuego, allí de donde según las guías de viaje nunca ha regresado ningún hombre blanco. Claro que quién es el idiota que se fía de un libro de viajes, piensa Henri y escupe porque ha recordado el horrible estilo de estas obras; mienten y *en plus* atentan contra el buen gusto. Clavarlas a todas en la puerta de Wittenberg, piensa todavía más irritada el alma luterana de Henri. «A la mierda con ellas», dice Henri en voz alta, y Phrai asiente aprobatoriamente: «No worry». Sigamos, arriba, a Luang Prabang, donde me espera el rey Tiantha, piensa Henri, y ante ese pensamiento gozoso echa un trago de Calvados, a pesar de que en su diario escribe que solo bebe té durante el camino. «También yo sé mentir, queridas mías».

Y de hecho el rey Tiantha está en ascuas. Desde hace días lo tortura un presentimiento del todo inexplicable, según el cual pronto lo visitará un gigante rojo, velloso y obeso, a quien debe recibir con toda pompa, para que así su pueblo y, subsiguientemente, su país puedan salvarse. Sin

embargo, el gigante no debe sentir que lo teme, porque si no, se confiará y segará a todos con su machete de marca Gillette. Así que cuando Henri llega a la capital, exactamente nueve meses después, lo hacen esperar durante diez días, no sea que se piense que están pasmados por su presencia. El rey Tiantha apenas controla sus nervios, no tiene ni idea de cómo va a aguantar esos diez días. Cuando por fin llevan a Henri ante él, el rey Tiantha está tumbado negligente en el diván, aparentemente sin dignarse ni a prestar atención al recién llegado. Espera aburrido con el corazón desbocado y ahuyenta las moscas. Así lo conocen en esas tierras: el rey del disimulo. «¿Pero qué es lo que haces tú aquí, eh?», pregunta el rey Tiantha; y ante la inesperada pregunta, Henri, de pronto, no sabe qué responder. Porque ciertamente (*that is the question*, diría Anna con aires de suficiencia), qué mierdas hace él aquí, donde ni siquiera ha llegado el hombre blanco. ¿Y no está aquí para colmar los males de por sí considerables de estos desgraciados, por medio de la infinita rapacidad humana? Pero después los dos hombres se hacen amigos y en un santiamén montan un festín que ni en jauja, con la consiguiente resaca y la vomitona general del día siguiente. Como escribe también la poetisa, la vomitona general sella amistades, así que Henri y el rey Tiantha se hicieron amigos como la copa de un pino. Pero por suerte no los vio nadie. Henri habría vivido feliz en la corte del rey Tiantha, en Luang Prabang («Es clavada a Ginebra», escribe Henri en su diario, «solo que sorprendentemente diferente»), pero un buen día el rey Tiantha le reveló que no lejos de allí, donde el Mekong se junta con el río Nam Khan, vive la inmensa Gran Chinche Hedionda, que es tan grande, según le cuenta el rey Tiantha a Henri, quien estaba chupándose el dedo acobardado, que nadie ha conseguido atraparla y quien la ve no puede olvidarla jamás. Después de sacarse el pulgar de la boca, Henri anunció solemnemente: «No me llamo Henri Alexandre Mouhot si no atrapo a la Gran Chinche Hedionda». (O sea, démonos cuenta de que en realidad con eso no dijo nada). Después hizo las maletas y con el corazón doliente se despidió del rey Tiantha y de la corte, y se puso en camino para atrapar a la Gran Chinche Hedionda, el sueño de cualquier entomólogo y la pesadilla de cualquier laico. Entonces recordó Henri su presentimiento (*the horror! the horror!*, diría Anna, con sus habituales lamentaciones exasperantes) de la unión del Mekong y el río Nam Khan y lo de 1861, y, como todo parecía cuadrar, partió para llegar a tiempo. Y para no alargar las cosas, a modo de *fastforward* os revelaré que si bien no pilló a la Gran Chinche Hedionda, sí pilló concienzudamente la malaria y justo el día que cumplió los treinta y cinco años, debilitado por la fiebre, garabateó en su diario a modo de célebres últimas palabras: «... apiádate de mí, Dios mío...». Y a continuación, solo para sí mismo, añadió: «Anna, puta asquerosa, ya llorarás por mí allí donde nadie te vea».

¿Representa esto un problema? Argumentad a favor o en contra.
¿Permitiríais la entrada en casa a un hombre que afirma que ha venido a fumigar insectos?

Conocimientos de defensa nacional

Una caja de fotos (inscripción del reverso)

Yoli con sombrero. ¿Por qué es tan importante tenerla: una aprendiz de sombrerera en su primer sombrero? ¿A quién le importa? ¿Por qué hay que emocionarse por eso? ¿Solo porque se pone el gorro tan coqueta y ladeado en la cabeza? ¿Solo porque asoman sus rizos negros centelleantes? ¿Solo porque me mira tan desafiante que tiembla en mi mano la cámara? ¿Por eso se ha vuelto un poco difusa la foto? ¿Por el movimiento? ¿Pero el de quién, el de ella o el mío? ¿Quién de los dos ha dado el primer paso hacia el otro?

Yoli con su madre. Yoli, al sonreír, tiene una barbilla tan puntiaguda como su querida madre. A Yoli la tendría que haber mandado a paseo justo en el minuto en el que, allá en la sombrerería, dirigió hacia mí por primera vez esa pequeña y afilada barbilla, como un arma letal. Gracias, señorita, no quiero un sombrero. Pero ¿piensa en algo concreto? No pienso en nada. Y mucho menos en un sombrero. Si he pensado en algo durante mi vida es en una altiva aprendiz de sombrerera de barbilla puntiaguda. Altiva, pero de ojos tristes. A quien se puede amar. Que ve con sus ojos tristes que yo también soy digno de amar. Que se ríe de mis chistes. A quien no le importa mi gordura. Y que quiere de mí niños de barbilla puntiaguda. Debería haber mandado a paseo a la Yoli esa.

Yoli en Esztergom, junto al puente Mária Valéria. Lo cruzamos y visitamos al abuelito en Eslovaquia. Hacía sol y se estaba bien entre los eslovacos. Yo también sabía eslovaco, tuvimos en casa una criada. *Nekricˇ, nebodaj, ale bude rit' bozaj*. Que no grite porque si no me arrea en el culo. O en el coño. Pero yo era un crío, yo *ne* tengo coño. Y ahora, ¿qué soy? ¿Y qué tengo? Están estas fotos. *Do picˇi.*

Yoli en Herkulesfürdo". Si era un balneario adecuado para Francisco José y para su Sissí, también lo es para nosotros, pensé. Es lo adecuado *expresamente* para el viaje de bodas, porque rebuscando en el mapa, averigüé que se encuentra en el cruce entre los 45º 52´ de latitud norte y a 23º 52' de longitud este, lo que significa, menuda suerte, que está a la altura de Venecia. Así que yendo a Herkulesfürdo", simbólicamente se está yendo también a Venecia. Amo los símbolos y las coincidencias. Aquí, en el valle del Cserna, se encuentran los baños más bellos de todo el continente, dijo Francisco José. Y justo aquí, en el valle del Cserna, se encuentra la Yoli más bella del continente. Dije yo. Y la foto hace

referencia a mi opinión. La materializa, casi. Y ahora, ahora, ¿qué materializa? Gracias a la corriente de aire occidental y suroccidental la temperatura media en Herkulesfürdo” es de 10,5 °C. Se puede morder el aire de tan puro que es. Se puede morder a Yoli. Es indispensable mencionar la presencia del *pinus nigra* en las cumbres solitarias (¿qué es lo que llama la atención de un director de la maderera?), así como la visión de la, tan extendida, *syringa vulgaris*, o sea, la lila vulgar. Una lila nunca es vulgar. Yoli *tampoco no es* vulgar. Yo, por mi parte, lo digo: yo era un verdadero Hércules.

Yoli en el vestíbulo de la ópera. Mi madre lo decía siempre así: *foayé*, como maravillada. Yoli vestía la estola de visón de mi madre. Una bonita estola de visón, el año pasado se la envié a la Cruz Roja, que se abriguen con ella los *homeless* cuando haga frío. Mi madre no decía *homeless*, entonces todavía no había *homeless*, solo el país de los tres millones de mendigos (la opereta). El país de los tres millones de mendigos no iba a la ópera, y eso que en el vestíbulo siempre hacía un calor agradable. Demasiado calor para mí. A mí me gusta el frío, las noches invernales crujientes, heladas. Yoli lo soportaba bien, incluso con estola. Yoli lo soportaba todo bien, nunca se quejaba. Solo se quejó una vez que no se podía prender la estrella amarilla en la estola, porque con qué pinta iba a ir. Yoli tenía sentido de la moda, una sombrerera lo necesita. Yo quería ser director de orquesta, pero de momento era director de una maderera. Íbamos a la ópera para poder observar al director de orquesta. A Yoli le gustaban las historias y el vestíbulo. *La bohème*. Donde está mi manguito, y mis guantecitos. Y esas cosas.

Yoli con su hermano, Ernesto. Ernesto era endiabladamente malo, por ejemplo en una ocasión cortó el nuevo modelo de sombrero de Yoli con unas tijeras de podar que le había robado al jardinero del zoo. Al mismo tiempo Ernesto era un chico sensible, no le gustaba perder. Si lo encontraban cuando jugaba al escondite pataleaba. Si le ganaban a las cartas, acababa como una cuba. Si le adelantaban en natación, daba la vuelta, se iba a casa y hacía trizas el bañador. Ernesto hacía cualquier cosa para no perder, no podía soportarlo. En el 38, por ejemplo, subió a un barco y no se detuvo hasta Australia. Le gustaba tan poco perder que presintió que iba a perder cuando todavía otros seguían jugando felices. Yoli y Ernesto eran inseparables. Ernesto le suplicó a Yoli que fuera con él a Australia. A lo que Yoli dijo: ¿Justo ahora, cuando va tan bien el negocio? ¿Y qué será de la Mamacita? ¿Y qué será de Desiderio? (Ese era yo). ¿Y qué será del abono de la ópera que ya hemos comprado? Ernesto pataleaba de la rabia. Sentía que iba a perder. Al día siguiente Ernesto subió al tren de Lisboa. Tres días después ordenaron clausurar la sombrerería. Y no pudimos ir a la ópera. Eso dolió.

Yoli empaquetando las cosas. Está haciendo mi mochila, porque Yoli tiene una bendita facilidad para empaquetar, en ella se escondía una verdadera artista del empaquetado. Ni siquiera intenté arrebatarle la tarea, tan evidente era su ventaja. Yo estaba muy solicitado, me llamaban continuamente, así que Yoli debía empaquetar continuamente. Siempre lo hacía de maravilla. Creo que su visión del espacio y su sentido del espacio estaban por encima de la media. Yoli nunca tenía que hacer un empaquetado de prueba, como otros simples mortales. Le bastaba con echar una mirada y a ojo decía el tamaño y qué cabía dentro. Esto le venía muy bien para hacer sombreros. Qué cabeza cabe en un sombrero u otro, qué sombrero le sienta bien a una cabeza u otra. Y esas cosas. Los chicos se maravillaban siempre: ¿pero quién te ha empaquetado tan minuciosamente que hasta cabe la pala de campaña? Yo iba enseñando orgulloso mi mochila. Claro que siempre había a quien le interesaba más el chorizo y los cigarrillos que el aprovechamiento del espacio. Siempre hay memos así. No saben lo que es el arte ni les importa. ¿Para qué viven tipos así?

Yoli lee una carta, mi carta (¿quién le haría la foto?). Por lo general solo estaban permitidas las postales, pero una vez al mes también se podían escribir cartas, claro, censuradas. Me rompía la cabeza pensando qué podía escribirle a mi Yoli que no turbara la mirada de los censores y en cambio encandilara la suya. Algo que tratara no solo de mi abnegación infinita por ella, sino de alguna manera de nuestra vida allí. Y entonces, de pronto, mientras marchábamos (lo reconozco, la marcha fue un poco forzada), se me ocurrió una idea. Ese mismo día por la tarde le escribí lo siguiente (aquí está la carta, en la caja): «Me entretengo en mirar lo que lleva la gente en la cabeza, todo lo que llego a ver ante mí. Sombrero gris, sombrero beis; sobre todo el beis, desde hace un par de años es lo que está de moda. Algún anciano lleva un sombrero de alas tan estrechas como los que lucen los mozos. Pero también hay unos cuantos sombreros negros, qué raro que los lleven en un octubre tan caluroso. Hasta gorras he visto; tanto los señores golfistas como los turistas se ponen gorra; su ropa es también deportiva. Ah, estas elegantes gorras de paño, gorras de viaje; hasta yo he sido tan burro de ponerme en mi infancia una gorra de viaje, cuando fui al extranjero. No obstante, hay ante mí otras gorras, baratas, que llevan los llamados hombres de la calle, tenderos, artesanos, obreros, verduleros, hasta los campesinos mendigos las llevan ya [parte borrosa]. Si realizaran un censo de testas, el resultado sería que hay más gente en el mundo que lleva gorra que sombrero. Besa tu mano: D.».

Esperaba que sobrentendiera que además de los sombreros que fabricaba en secreto, se pusiera a confeccionar gorras, puesto que era evidente que tenían más salida. Sobre el, como diría mi madre, *desagradable* olor humano preferí callarme. Para qué preocupar a mi Yoli.

Y además, claro, están los censores. Escribir es una cosa tan compleja. La música, ese es mi mundo.

Yoli en la avenida Pozsonyi, ante la puerta de nuestra casa. Sobre la puerta presume una estrella, queda bien. Yoli mira a la cámara riendo, con una mano hace señas (hacia mí), con la otra se sujeta la barriga. No se la sujeta, solo coloca la mano en ella con suavidad, como quien comprueba involuntariamente si la tiene. La falda de su traje se estira orgullosa sobre ella. Es de un delicado tejido inglés, la conseguí yo a cambio de leña. Desiderio es un tipo mañoso, decía satisfecha Mamacita. También a Mamacita le agradaban las cosas bellas. En cambio a Yoli incluso las cosas más sencillas le sentaban fenomenalmente bien. Y más aún cuando se arreglaba, como aquí. Solo una cosa alteraba el conjunto general. En vano sonríe, sus ojos la delatan.

Yoli en la orilla del Danubio (recorte de un periódico). Yoli adoraba el Danubio. En más de una ocasión fuimos nadando a visitar al abuelito en Eslovaquia. Puedo asegurar que yo no nadaba nada mal —a fin de cuentas era jugador de waterpolo del Esztergom S.C.—, pero Yoli iba como una nutria menuda, pasaba cual pez junto a mí, bajo el agua, después me llamaba a gritos riendo, para que la alcanzara. Cómo resplandecían al sol del verano las gotas de agua en los rizos negros de Yoli. La alcanzaba como mucho en la orilla, la agarraba y nos revolcábamos sin aliento sobre la arena. El abuelo nos esperaba con tortas de patata con crema para la merienda. Yoli está en el muelle, en el lado más próximo de una larga fila; junto a ella, su abrigo, la bolsa, sus zapatos en el suelo, como los de los demás. La bolsa está llena, había ido a la compra. Conozco bien estos zapatos, se los había comprado yo mismo en Viena, en la Kärntner Strasse. Color castaño, costura impermeable, piel de ante, suela de cuero. Me hace unas piernas bellísimas, dijo Yoli entusiasmada cuando se los calzó por vez primera. Pero no había ninguna necesidad de que unos zapatos le hicieran bellísimas las piernas. A una dama se la conoce por su sombrero, sus guantes y sus zapatos, afirmaba Yoli. Los accesorios, eso es lo fundamental, solía decir, lo demás es casual. No es una filosofía sorprendente viniendo de una maestra sombrerera. Yoli está también elegante descalza, con sus medias, como siempre, con una mano colocada involuntaria, con suavidad, sobre la barriga. Es curioso, mira directamente a la cámara, como quien se ha dado cuenta del fotógrafo furtivo. Mira un poco hacia arriba, desde la fila, a un lado, al fondo el puente Margarita. Tiene el rostro cerrado, serio, pero en sus ojos brilla una luz traviesa. Como quien proyecta en sí misma toda una cadena de pensamientos hasta tomar una decisión. Sé qué se propone. Yoli va a saltar. Va a saltar y después a nadar como un pez, bajo el agua, como una nutria. Va a dejar atrás a todo el mundo. Finalmente emergerá en la isla de Csepel y seguirá

nadando hasta las Puertas de Hierro, y más allá, hasta el mar Negro. Cómo resplandecerán las gotas de agua en los rizos negros de Yoli.

Eso pensé cuando al volver a casa compré el periódico y vi la foto.

Uno siempre piensa todo tipo de cosas. Después deja de pensar.

A quemarlas. Todas.

Si en un segundo puedes hacer cinco dianas sin recargar y sin que te molesten, entonces ¿a partir de qué hora cambia el tono del agua? ¿Sueles jugar en secreto con el arma de papá? ¿Compruebas siempre que tiene el seguro puesto?

Religión

Zoo nocturno

Lejos, en Borneo, a la orilla del mar. Y allí estábamos, sentados, inmóviles, y de pronto encontramos un mensaje en el agua. (Impacientes, hicimos añicos la botella sobre las rocas). Decía esto:

Por lo general nos citábamos en el zoo nocturno. Teníamos la esperanza de que así no llamaríamos la atención. También había un zoo diurno, pero allí nos habría molestado la fuerza inclemente de un sol que caía en vertical sobre nosotras y que iluminaba nuestros pensamientos más secretos. Estábamos a medio grado del Ecuador y a diez mil grados de la libertad. Y además, por la noche el vaho era un aliento menos asfixiante; el frío no existía, solo grados apenas distinguibles de calor. Tras torrenciales lluvias tropicales, que en su mayoría se presentaban como un orgasmo de fuerza inesperada y que escampaban de improviso, el sol se bebía en un santiamén la humedad del asfalto vaporoso. Dos minutos después hasta el recuerdo de la lluvia era cosa del pasado, los sumideros, mantenidos limpios con diligencia, se tragaban el chaparrón de caudal inverosímil en un abrir y cerrar de ojos.

Por lo general solía subir al autobús que me llevaba directamente al zoo en la parada de la Bras Basah Road. Circulaba toda la noche, apenas tenía viajeros. En la pantalla plana del autobús observaba fijamente un culebrón malayo hasta que llegábamos a la terminal. El zoo nocturno era la terminal. No sé quién tuvo la idea de abrir un zoo nocturno, pero desde luego no era una mente cotidiana. Y eso que esta genialidad, como cualquier otra, era más simple que unas castañuelas. No hay que ser científico, biólogo, para saber que por la noche la mayoría de los animales están más activos, especialmente las fieras. Mientras que en el zoo de funcionamiento diurno podemos ver cómo sus residentes descansan aquí y allá sofocados por el calor y es evidente que no tienen la menor intención de hacer el mínimo movimiento, a no ser que les den de comer, en el zoo nocturno la vida se desarrolla con un dinamismo fascinante, todos van y vienen, se tratan, comen, hacen el amor, se bañan, visitan a los vecinos —en una palabra—, viven. Además, la iluminación tan refinada no hace más que aumentar el espectáculo, podemos decir que arroja *buena luz* sobre toda la empresa. Han ocultado las farolas entre la fronda

de arbustos y árboles, para no lastimar los ojos de los animales o no espantarlos, y la intensidad y el color de la luz está graduada para que sea lo más ideal posible. Resulta que a veces solo se ve la silueta de los animales ante el fondo vaporoso de la noche negroazulada como si fueran los protagonistas de un juego de sombras, un género artístico que goza de gran popularidad en estos parajes. Los visitantes pueden sentirse sumergidos en un sueño enigmático e indescifrable, del que prefieren no despertar. Los animales más dóciles van y vienen por el camino junto con nosotros, por poner un ejemplo, el tapir, por lo común, se echa ante el tren turístico, sobre las vías, como un galán desesperado, pero luego, tras arreos y empujones, se muestra dispuesto a cejar en su intención original para olfatear a los transeúntes con su inmenso y sensible órgano olfativo.

El corazón me latía desbocado ya en la entrada. Hacía una semana que no nos veíamos y tras tanto tiempo, tu falta ya era difícilmente soportable. A veces podíamos encontrarnos con mayor frecuencia, dependía del tiempo, porque si rompía a llover no había manera de concertar una cita al aire libre. Y a otro sitio no podíamos ir. Las circunstancias no lo permitían y nos vigilaban a las dos. Por supuesto, independientemente del tiempo, otras muchas cosas también influían en el número de nuestros encuentros. Había que procurar no atraer la atención de las autoridades sobre nosotras con citas demasiado frecuentes. Y es que en este país nuestro amor estaba prohibido, era considerado un crimen y una no se reponía de la condena con rapidez. El castigo corporal estaba permitido, es más, era idealizado; de acuerdo a la ideología, sin castigo físico la privación de libertad de movimiento no valía para nada. Al número de años de condena le añadían el número de golpes a recibir; golpeaban con la vara las huellas de anteriores golpes. Argumentaban que los remordimientos solo así se infiltraban verdaderamente en la carne. Igual que solo la conciencia del amor se infiltra en la carne verdaderamente. Como prueba testimonial puedo decir que no se infiltraba sin más en mi carne, sino que marcaron en ella tu contacto con un hierro candente. No hubo manera de quitarlo de allí, dejó una huella imborrable, eterna, marcada para toda una vida, y si de alguna manera hubiera conseguido extirpármela, yo misma hubiera dejado de existir, me habría vuelto nada, como un pensamiento disipado. Porque mi cuerpo, mi alma, toda mi vida, ya solo cobraban sentido por ti, solo por ti existían, solo por ti se realizaban. La unidad de medida del tiempo era la pesada unidad del tiempo entre nuestras citas, todo lo demás estaba subordinado a ello, todo lo demás cobraba significado solo respecto a ello. En cuanto entré por la puerta sentí que de nuevo mis células se reanimaban, se abrían mis poros, y mis sentidos funcionaban con agudeza y exactitud inverosímiles, como bajo la influencia de un estupefaciente. Ya desde lejos sentí tu olor, incluso antes de haberte visto. Sentí, supe que estabas ahí cerca, y fue bastante como para que mi olfato estableciera un puente no solo con el tiempo

transcurrido desde nuestra última cita, sino también con el resto de la distancia que nos separaba, y para aspirar el aroma de tu cuerpo. Sobre todo me encantaba olerte tras las orejas, en el cuello. Sentía ante lo que encontraba allí que podría romper a la ligera el cuello de un felino, destrozar su carne palpitante, y podría escalar una montaña de seis mil metros y chupar de su cima la capa de nieve, lentamente, para que los copos se me derritieran en la lengua. Sentí por el olor que al final había encontrado mi hogar, que estaba donde siempre había debido estar, en la patria íntima, secreta, de donde se puede ir más allá, hacia dentro, cada vez más dentro, a lo profundo de la oscuridad aterciopelada, al lugar de donde no hay camino de vuelta y tampoco hay por qué volver, ya que fuera de ella no existe nada, o lo que hay es solo una cáscara vacía. El presente con promesa de futuro que exhalaba tu piel iba encendiendo sobre mi piel, como por arte de magia, las huellas de tus toques como miles de bombillas minúsculas en un baobab adornado para una fiesta. Me hormigueaba la piel, como si de verdad le hubieran aplicado una suave corriente eléctrica, y podía distinguir en el pensamiento cada uno de sus contactos, tenían lugar, tiempo y nombre, y vi tu rostro perteneciendo a ellos, cuando cada contacto ardía. Sí, uno de ellos fue en la orilla del océano Índico, al ocaso, en la arena tibia, cuando grabaste con los dientes un tatuaje con forma de escorpión en la fina carne sobre mi pecho; otro fue cuando nos refugiamos de la tormenta en ciernes en el jardín anterior, cubierto, de un templo y apoyamos la espalda contra el muro de piedra tallada en cada milímetro cuadrado, y así todo el ejército de dioses fue testigo de cómo bebimos, lamimos, chupamos una de otra el maná hasta su última gota, igual que crías de chacal hambrientas, una y otra vez, hasta que se calmó la tormenta; otro fue cuando equivocamos el camino en el bosque y dejamos de ver señales en los árboles, todo estaba sin marcar, por eso nos vimos obligadas a señalarnos la piel, la carne abierta, para encontrar de alguna manera el mundo de la razón, porque allí, apoyándonos contra los troncos de los árboles, nos unimos con las moléculas del aire, nos integramos con los poros de los helechos, nos estrechamos en el musgo, y debatiéndonos en la trampa de plantas carnívoras, de pronto pareció mejor entregarse y volverse de color lila oscuro en sus pétalos, el color de la huella de tus mordiscos; y ese otro cuando miramos a la aldea desde la ladera del monte, cubierta de hierba y calentada por el sol, estaban preparándose para alguna fiesta, todo bullía de animación, cocinaban una cena festiva en gigantescas calderas, junto a ellas curtían pieles de animales que golpeaban con grandes garrotes de bambú, mientras atizaban los bombos, y entonces decidimos que a nuestra manera íbamos a festejarlo con ellos, que se despliegue ese santo día en toda su pompa completa, y que sea eternamente memorable, el arco de nuestra espalda se estrechó con el arco de la ladera al que se imponía en el abrazo sin fin ni objetivo, el sol le calentaba la espalda, porque la

plenitud no se concentraba en un único punto, sino, como una nota sostenida con tenacidad, en una inesperada e irrepetible preciosa tarde de piano, que el público soñoliento, anhelante de una siesta después de la comida no espera en absoluto, y en la que tras cada nueva nota tocada el corazón se le vuelve más intranquilo, porque no están preparados como en los conciertos estelares de la noche, antes de los cuales incluso en el guardarropa saben ya que estarán extasiados, y justo por eso no les pilla desprevenidos cuando se produce el éxtasis, al contrario, lo prevén, esperan, ansían, y cuando sucede, asienten satisfechos, sí, eso estábamos esperando, y ahora ya podemos irnos a casa, no obstante escuchando a un músico desconocido, cuando la lánguida luz solar de la tarde entra oblicua a través de la ventana de la sala de conciertos e ilumina perezosa la pared de enfrente, acentuando ciertos detalles de las estatuas de yeso y los estucos dorados, ocultando otros en las sombras, si de pronto suena una escala que no esperábamos para nada y para la que no estábamos preparados, entonces, de pronto nos asalta un sentimiento como si hubieran clavado una herramienta afilada en nuestro corazón indefenso, y como si eso no bastara, se clava en la piel del pecho, en su carne, en sus huesos, imposible de arrancar, al contrario, cuanto más tiramos de él más profundo se hunde, y entonces, de pronto, nos resignamos a que se quede allí, ese será a partir de ahora su lugar, y nos confiamos a ella, nos agarramos suavemente a ella, dejamos que nos lleve adonde le plazca, incluso fuera de aquí, de la sala de conciertos, a la luz del sol vespertino, y fuera de la ciudad, a la ladera soleada, lejana, cubierta de hierba de un monte, donde después una nota tenazmente sostenida nos conduce a la noche, a la mañana del día siguiente y a los tiempos posteriores, incontables, infinitos; y ese otro fue cuando desfiló ante nosotros el cortejo fúnebre, enterraban al viejo cura de la aldea, delante iba la carroza de cisnes, un coche fúnebre adornado con cisnes de madera labrados y de colores, que los aldeanos, tocados con adornos festivos, de colores, empujaban mudos, algunos estaban de pie junto al ataúd, para que no resbalara del coche, y más adelante, en el puesto de honor, el hombre más anciano de la aldea, que parecía tener ciento veinte años, se agarraba temblando al ataúd con finas manos de manchas hepáticas, más que nada para no resbalar él mismo al vacío, y entonces nos apartamos del muro y nos unimos al cortejo, lo seguimos hasta el límite de la jungla, donde en un terreno recién liberado de maleza brillaba una alta hoguera, y en ella un inmenso toro de madera con la parte posterior abierta, y a través de la abertura introdujeron el ataúd en el toro, y a continuación recuerdos, objetos litúrgicos, regalos, todo acabó en el interior del toro, y cuando mucho después desapareció la fila y cada doliente había dejado junto al muerto sus pertrechos para el viaje, entonces en algún lugar en el interior de la selva, más allá del claro, resonó una suave música de gamelán y encendieron ceremoniosamente la hoguera, y el toro y el contenido del

toro empezaron a arder, el humo ascendió a lo alto, cada vez más alto, sobre la fronda de la jungla, y entonces, lentamente, con cuidado, penetré en ti, o no, más bien resbalé dentro de ti, no hubo ninguna necesidad de forzarlo, era como si los fluidos que manaban de entre tus piernas solo hubieran esperado a eso, chorreaban en mis manos, en mis brazos, y yo solo entraba, entraba cada vez más, sin sentir ninguna oposición, pensaba que en algún momento chocaría con algo que detuviera mi postrer camino, pero me equivocaba, no sucedió así, y cuando no solo mis manos, mis brazos, mis hombros, mi cabeza, mi tronco, mi coño, sino también incluso mis dos piernas e incluso mis pies estaban dentro de ti, entonces empecé a nadar, sentí que había encontrado de nuevo el elemento originario, original, sentí que al fin había encontrado el paso secreto, y sabía que si aguantaba sin respirar, si tenía suerte, entonces podría atravesar a nado el sistema de laberintos y emerger en el otro extremo, arriba, al sol y el aire, en la otra orilla, donde ya no podrán alcanzarme, donde ya no son válidas las leyes de aquí, donde soy libre e irremisiblemente tuya.

Lentamente, comedida, camino por el paseo principal del zoo nocturno, porque apresurarme, correr, habría llamado la atención, y mientras corría así, en el pensamiento, en los recuerdos de los tactos que destellaban uno a uno, pasaron junto a mí los habitantes libres del zoo, pasó con su andar tambaleante el armadillo de nueve bandas, el pecarí de collar, dos pequeñas coatl, pasó también el tapir, recuperado de su fatal desánimo y de nuevo lleno de vida, lejos de las vías del tren, pasaron corzos moteados, cercopitecos de larga cola y pelo en forma de corona, del centro de rehabilitación llegaron los traviesos bebés gorilas huérfanos, proboscidios de larga trompa, pandas tambaleantes y atontados, altivas cabras de las rocas, cerdos primitivos, ornitorrincos, canguros, tejones, jerbos del desierto, pasaron todos los que aquella noche sintieron que de alguna manera debían colaborar en nuestro acto secreto y a punto de realizarse, los que sintieron que debían asegurarnos con su presencia su simpatía y solidaridad, su inquietud y su cariño. Las grandes fieras, separadas por despeñaderos, fosas o barrancos de diferentes tamaños iban y venían nerviosas, incluso en la lejanía percibían la tensión en el aire y la iluminación nocturna perfilaba de una manera dramática sus figuras que temblaban nerviosas. El sonido de aullidos, chillidos, alaridos acompañados por el chisporroteo continuo de las cigarras, llenaba la noche. Uniéndose a ese caos de sonidos, mi corazón latía cada vez más alto, cada vez más apasionado, según me iba acercando al jardín de rocas de los elefantes, donde tenían lugar nuestras citas. Ya solo una curva encajada elegantemente en el paseo, rodeado a ambos lados de raras orquídeas, me separaba de poder verte. Estaba segura de que también ahora, como siempre, estarías allí antes. Daba igual cómo volara, como atravesara la ciudad para llegar cuánto antes hacia ti, tú siempre estabas

allí de antemano. Esperabas tan tranquila, tan comedida, como para quien esa es la cosa más importante en la vida, como quien no tiene ni puede tener una actividad más importante, más significativa, como para quien solo esto llena cualquier otra actividad de contenido real. Y así era. Y era verdad para ambas. Entonces giré por la alameda, el aire se me quedó atrancado en los pulmones, en los bronquios, y aunque quería verte, no deseaba nada con más fuerza que verte, cerré por un instante los ojos para no ver enseguida lo que tanto quería ver, o para no ver enseguida que quizás ni siquiera estaba allí lo que tanto ansiaba ver. Mientras mantuve los ojos cerrados, el vientecillo levantado por el aleteo de un murciélago ondeó en la piel de mi rostro. Mis pupilas bien abiertas en la oscuridad aceptaron por fin tu visión, como una promesa arrancada tiempo ha. Estabas allí, en tu realidad completa, majestuosa. Te abanicabas con movimientos gráciles, llenos de dignidad, pero por otro lado parecías tan ligera, lozana y tranquila como para quien eso es su estado más natural. Vi que la punta de tu lengua rosa corría por la fisura de tu boca con un movimiento involuntario, lo que era en ti una señal reveladora de alegría desbordante. Estábamos a apenas diez pasos una de otra y de la consumación como un volcán en erupción. Sentí por el fuerte temblor que cruzó todo mi cuerpo que no podía salvar la distancia que quedaba. Y cuando por fin una de mis piernas se mostró dispuesta a cumplir la orden de dar un paso y partí hacia ti, entonces, de pronto, sentí una mano que me caía sobre los hombros. *Usted se viene con nosotros*, soltó una voz, me hicieron dar la vuelta y me llevaron. Aún me giré antes de la curva bordeada con orquídeas. Me seguiste con la mirada de tus tristes ojos de elefante.

Lejos, en Borneo, en la playa. Estábamos sentados y leíamos. A veces mencionábamos a Sion. Después pensamos: y sin embargo floreces, porque Dios ama a aquel que ahora somete, después habrá de pagar.

¡Calcula cuántos ángeles caben en la punta de un alfiler, si un ángel es de calibre 45 mm e incrédulo!

Inglés-Tareas del hogar

La ruina de Mrs. Longfellow
(una biografía)

([…] Henry Wadsworth Longfellow, con su cabello dorado, con su cabello dorado, con su talle recto, con sus ojos azul intenso, con sus guantes amarillos, con sus guantes amarillos y su chaleco de flores […]).

Henry, el poeta de la nación, escribe versos igual que canta un pájaro. De Henry, del poeta de la nación, la rima sale como una cagalera, ¡ay, madre mía, mira, otra vez! Plaf. En la conciencia de Henry pesa que la gente se crea que cualquiera puede escribir versos, por ejemplo hasta ellos mismos. *Tell me not in mournful numbers, Life is but an empty dream! For the soul is dead that slumbers, And things are not what they seem*. Las cosas, *well, yeah*. Henry, el poeta de la nación, hace cultura, antes incluso de que el pueblo invente la cultura. «Vaya», dice América, «¿qué es esto, Henry?», y manosea el objeto brillante y le va dando vueltas, pero no entiende. América se rasca la cabeza desconcertada. «¿Esto?», pregunta Henry esbozando una dulce sonrisa, «es el florecimiento de Nueva Inglaterra, ¿es que no lo ves?». El equipo de Nueva Inglaterra, los miembros de los Giants, asienten al fondo. Asiente Nathaniel, asiente Ralph Waldo, asiente Henry David, asiente Oliver, asiente Herman. (Las chicas no asienten, hoy las chicas se encuentran mal, están exentas). Henry canta y toca la flauta como una creación mitológica. Henry nunca va a ningún lado sin su flauta, recorre toda Europa con su flauta tocando hasta la médula. Henry, el poeta de la nación, charla con campesinos, artesanos, comerciantes, y se detiene siempre en encantadoras fondas, en tugurios rústicos, en pequeños bungalós inmundos, llevando en su bolsillo la flauta plateada, pasaporte para la amistad. Henry en España, en una corrida. Henry en Italia, ante el Coliseo. Henry en Alemania, en la Alexanderplatz. Henry en Inglaterra, en un partido de fútbol. Es un chaval de buen ver, fotogénico. A América, un bebé tambaleante (*stumbling babe*), le calienta el corazón un rayo de esperanza: tendrá cultura, fotogénica novia, gallardo rapsoda, un sabelotodo cojonudo. A los veintidós años Henry es profesor universitario; profesor universitario, hey, a los veintidós años. El corazón de las alumnas late desbocado por él, oh, no, *sorry*, no hay alumnas, están exentas. *Lives of great men all*

remind us, We can make our lives sublime, And, departing, leave behind us, Footsteps in the sand of time. (Pase del videoclip: «*Footsteps in the Sand of Time*», Henry canta).

El primer Longfellow llega a América el inclemente invierno de 1676 desde la ciudad inglesa de Yorkshire. *For he's a jolly good Longfellow, that nobody can deny*. Henry tiene un pedigrí fantástico. Su abuelo fue general de la guerra de la Independencia; su padre, abogado. Henry es un señorito de buena familia, la mascota de América. Aprecia a sus vecinos y el béisbol, en su tiempo libre es campeón del progreso y el optimismo. *Not enjoyment and not sorrow, Is our destin'd end or way; But to act, that each to-morrow Find us farther than today*. Adelante y siempre al acecho. Henry Wadsworth Longfellow, hijo de Stephen Longfellow y Zilpah Wadsworth Longfellow, nace el 27 de febrero de 1807, un día mustio y gris, en la ciudad de Portland, estado de Maine. Portland es una ciudad portuaria y los que nacen aquí tienen una visión más amplia del mundo que los habitantes de pequeñas ciudades interiores de Nueva Inglaterra. Nada obstaculiza el panorama. Las olas golpean, hace un frío de perros y la gente se calienta los puños con el aliento, pero la vista es buena. *Buena vista*. Ballenas, naufragios, cosas así. Aire fresco, que casi es posible morder. En las cercanías del puerto interesantes hombres tumultuosos y tumulto de hombres interesantes despiertan el interés del chico por las experiencias más allá de su propia experiencia, a consecuencia de lo cual Henry asiste a la escuela ya a la edad de tres años (véase: *child abuse*). A la edad de seis años la maestra de Henry escribe lo siguiente en su cartilla de notas: «El señorito Henry Longfellow es uno de los mejores alumnos de nuestra escuela. Sabe leer y escribir de maravilla. Además sabe sumar y multiplicar. Su comportamiento en el último trimestre ha sido correcto, amigable». Firma: Doña Ilonka. Un caballero es caballero ya en la elemental, es algo elemental. Nada de «barbotear en clase». Nada de «arrojó pelotillas a sus compañeros de clase». Nada de «intentó sacarle el ojo con un compás a su compañero de pupitre». Nada de «tiró a las chicas de las coletas». (Las chicas, las chicas faltaban, las chicas estaban exentas, las chicas, ese día, y siempre, estaban enfermas. Las chicas son ángeles).

Al acostarse, la madre de Henry, Zilaph —sí, sí, existe tal nombre—, les leía a Henry y a sus hermanos sobre Osian, el legendario héroe galés. Esto siempre causaba una pequeña rebelión, ya que los niños, en lugar de dormir, inmediatamente querían ser Osian, el legendario héroe galés, también las niñas, y eso que era algo completamente absurdo. En tales ocasiones Zilpah apenas podía poner orden y siempre lamentaba haberles leído de nuevo sobre Osian, el legendario héroe galés, y eso que sabía con certeza que iba a causar una rebelión, pero no había nada que hacer, la hora de los niños era sagrada (*the children's hour*), y los niños la exigían, y papá estaba temporalmente fuera de servicio. «Todos los lectores tienen un primer libro», escribe más tarde Henry, ya como poeta de la nación.

«Es decir, hay un libro, entre todos los demás, que atrapa la imaginación y que excita y a la vez satisface las ansias de su mente». [¿Podéis descubrir cuál era este libro en la vida del pequeño Henry? (Lo único que puedo revelar: su padre, el doctor Stephen Longfellow, le dio una buena zurra con el cinto por él, pero Henry, recuerda con posterioridad y una sonrisa irónica que incluso entonces mereció la pena, porque sin eso seguramente no habría tenido ni idea de cómo hay que engendrar niños. Véase también: el papel del *know how* en la cultura americana.)].

Transcurre el tiempo, Henry tiene diecinueve años y es estudiante sénior en el prestigioso Bowdoin College, cuando la institución decide fundar el Departamento de Lenguas Modernas, pero en la sesión del consejo de la facultad un anciano y quisquilloso colega arroja luz sobre la circunstancia de que en la institución, *unfortunately*, nadie habla lenguas modernas. Por eso, tras una breve discusión, deciden pedir a Henry que sea el primer profesor del departamento, pero antes lo envían a Europa para pulirse un poco. Henry acepta con la condición de que, a cambio, destruyan su expediente, por el que más tarde podría revelarse que escribía habitualmente informes sobre sus compañeros de curso. En el floreciente mayo de 1826 el joven de melena rubia como el trigo se pone en camino para ver mundo con sus ojos resplandecientes azul oscuro, y para *in the meantime* formarse como sabio profesor. Véase, al igual que más arriba: música de flauta, etcétera. En el inclemente invierno de 1829 Henry regresa a su patria pueblerina y a los veintidós años, hey, se inicia su bella carrera. Pero aún pasa algo más: al día siguiente de su regreso, Henry ve en la iglesia a Mary Storer Potter, que anteriormente iba a la sección femenina paralela de la escuela (claro, cuando no estaba delicada de salud) y era una chiquilla bastante feúcha, pecosa y de coletas, con unos inmensos incisivos, pero que se ha convertido en una belleza que corta la respiración, de manera que a Henry, como debe ser, se le corta la respiración, las piernas se le clavan en el suelo, y *oh Lord!*, casi hay que llamar a una ambulancia. Por primera y última vez en la vida del ruiseñor de la nación, se le atoran las palabras, acompaña callado a la chica hasta su casa y en la fría primavera de 1831 se casa con ella. Transcurre el tiempo, el gran organizador.

El otoño neblinoso de 1834 Henry gana el premio al Profesor Joven de Mejor Aspecto del Año, se convierte en portada de la revista *Life*, a lo cual, recibe un nombramiento en Harvard, pero antes lo envían de nuevo a Europa para pulirse aún más, en la medida de lo humanamente posible. *In the world's broad field of battle, In the bivouac of Life, Be not like dumb, driven cattle! Be a hero in the strife!* Henry se lleva consigo a su preciosa Mary, que sin embargo, durante el viaje muere de golpe y porrazo a consecuencia de un aborto. *Mary, Mary, quite contrary!* Henry, *in the bivouac of Life*, no interrumpe el viaje, puesto que le ata el *new deal* con Harvard, así como su palabra de honor de caballero, *gentlemen's*

agreement, y aún antes de su regreso a casa, conoce a Fanny Appleton, una rica heredera bostoniana, *Las tradiciones de Fanny*, que más tarde (transcurre el tiempo: *mucho* más tarde) se convertirá en su segunda esposa. A qué negarlo, al principio (entiéndase: durante años) Fanny no quiere corresponder en absoluto a los sentimientos de Henry, lo considera un memo presuntuoso y endiosado; además, en 1839 Henry la enoja terriblemente al airear en su romance en prosa *Hyperion* las circunstancias de su encuentro, a consecuencia de lo cual toda la orilla Este no para de chismorrear. Sin embargo, en 1843 inesperadamente se casan, *Fanny, what were you thinking?*, y desde ese momento su vida se convierte en un idilio fastidioso. La pareja lleva una casa notoriamente elegante, lo que provoca el enojo incluso del untuoso Emerson que vive en condiciones aceptablemente acaudaladas y normales: «Si Sócrates viviera aquí, podríamos hablarle; pero no hay forma de ir a charlar con los Longfellow; tienen palacio, sirvientes, los rodean largas filas de botellas de vinos de diferentes colores, así como copas y delicados abrigos», escribe Ralph Waldo refunfuñando.

Con su cabello ondeando, sus guantes amarillos y sus característicos chalecos con estampados de flores, Henry es una figura conocida y romántica de Cambridge. Cuando lo ven, chicas y mujeres suspiran al unísono, los caballeros se descubren en señal de respeto, los jóvenes de la ciudad inundan su casa habitualmente para jugar con sus hijos, cinco por su número, dos chicos, tres chicas, *grave Alice and laughing Allegra and Edith with golden hair*. En la insoportablemente bella primavera de 1854, Henry acabará hasta las narices de la enseñanza y de las inacabables reuniones del departamento que convoca él mismo, dimite de su puesto en Harvard e inventa la poesía *freelance*, por la cual Fanny, *alas!*, no se entusiasma lo suficiente, además, por aquel entonces Henry empieza a encontrarse con un jefe de la tribu ojibway y a escribir sobre indios, lo que es algo bastante sospechoso de por sí. Fanny no se da cuenta de que está en proceso la fundación de una cultura nacional, no ve cómo saldrán de ello *old shatterhand* o calzas de cuero, solo ve que su hombre nunca está en casa a la hora de cenar, porque de nuevo está tomando whisky con el rechoncho jefe de la tribu en la *public house* de la esquina, o sea, en la taberna. Transcurre el tiempo, crece el volumen de la *oeuvre* y merma la caja familiar. Fanny, lo admito, no ve muchas cosas, pero sí ve que de la poesía no se puede vivir. Después de la publicación del *bestseller* indio de Henry, el *Hiawatha*, en los años resplandecientes de 1855 y 1856 el ingreso total procedente de las poesías de Henry es de 3.400 dólares, o 7.400 dólares incluyendo recitales esporádicos, pero independientemente de eso, sus ingresos medios anuales en general apenas superan el minúsculo sueldo de Harvard (1.500 dólares). Fanny debe procurarse el dinero para la manutención, del que compran mensualmente dos pares de guantes nuevos amarillos y un nuevo chaleco con estampado de flores

para Henry.

Transcurre el tiempo, *the great equalizer*, y en 1861 Fanny, más conocida como Mrs. Longfellow, de repente se da cuenta de que ya no queda un mísero centavo del dinero para la manutención, y aún están a mediados de mes. La señora Longfellow, claro está, se aflige, se aflige la pobre día y noche, piensa esto y lo otro para poder empezar desde cero. Pero debe idear algo para el día siguiente, porque si Henry se da cuenta de que se ha agotado el dinero para la manutención, se pondrá nervioso y se le secará la fuente de la rima y entonces no solo quedarán hambrientos los hijos, *grave Alice and laughing Allegra*, etc., sino *to top it all*, ella misma, la señora Longfellow será una traba para el desarrollo de la cultura nacional y como tal figurará en los manuales, *to go down in history*, lo que es *a little much*. Hay que encontrar una solución. *Meanwhile*, las niñas, *grave Alice and laughing Allegra and Edith with golden hair*, juegan en el piso de arriba con la casa de muñecas que les ha regalado su papá, de repente les entra hambre y bajan a la cocina para preparase unos sándwiches de *peanut butter and jelly*, al estilo americano. Encuentran allí a su madre entristecida y ofuscada sobre la mesa de la cocina por la desesperada situación. Ante la llegada de los niños, Mrs. Longfellow levanta su afligida cabeza de caballo anglosajón y recorre con su mirada el cabello de sus niñas, similar a un campo de trigo dorado y ondulante, y de pronto se hace la luz en su cabeza. No lejos de la casa de los Longfellow trabaja un maestro judío, artesano de pelucas, ante cuyo taller casi todos los días pasa Mrs. Longfellow. En el escaparate del taller se puede leer este anuncio: «Compro cabello a buen precio». *For good money*, estas palabras zumban en la cabeza de Mrs. Longfellow como en un panal alborotado las abejas. No hay posibilidad de pensárselo, un momento de indecisión puede desbaratar su plan. «¡Edith, Allegra, Alice, venid aquí, mis niñas!», grita Mrs. Longfellow con voz temblorosa y extrae unas grandes tijeras del cajón del aparador. Llega la verdadera hora de los niños, *The Children's Hour*.

Después de que las niñas salgan de casa llorando como una madalena, Mrs. Longfellow recoge con sumo cuidado los rizos dorados y hace con ellos tres pequeños paquetes de igual forma. Se dispone a sellar el sencillo papel de envolver marrón con cera, como suele hacer. Al calentar la cera, de pronto surge una llama tan grande que los paquetes y la cera se incendian y comienza a arder el cabello y la ropa de la propia Mrs. Longfellow. Mrs. Longfellow piensa entonces: esto es sin duda el castigo del Señor. Así, resignándose a la voluntad de la persona mencionada, nada hace para apagar el fuego, deja que las llamas la rodeen a conciencia. Varias horas después, cuando Henry regresa a casa, se encuentra en mitad de la cocina abrasada un montón de ceniza aún en ascuas. Henry lo revuelve con un atizador para determinar qué son esos vestigios del apocalipsis doméstico. En el fondo del montón encuentra un resto de

mechón de pelo rubio tiznado, y en la mesa de la cocina una carta dirigida a él con la caligrafía de Mrs. Longfellow: «Querido Henry, no te enfades, pero me he arruinado por completo. Toda la culpa es mía, no riñas a las niñas. F.».

Henry Wadsworth Longfellow piensa entonces: primero la guerra civil y ahora esto. Intenta calmar sus nervios crispados traduciendo al inglés la *Divina Comedia* de Dante. Avanza bastante con el trabajo. Años más tarde la propia reina Victoria lo recibe en audiencia privada. De qué hablaron los dos no se sabe, pero los ujieres de cámara creyeron distinguir las palabras *G-spot* y *unmentionables*.

Interpreta las siguientes locuciones: *Ars longa, vita brevis*. *A pain in the ars*.

Pintura-Historia del Arte

Olympia
(une folie sentimentale)

Un recuerdo: Victorine tumbada en el sofá, mirando. Mira *incluso*. Porque sabe cómo mirar esta mujercilla. Esta mujercita. Esta mujerzuela. Esta Victorine Meurent, o Meurend o Meurand, quién sabe cómo se llaman estas mujeres exactamente, claro, qué digo, a mí siempre me confunden con el perro de Monet (¿por qué no se cambia de nombre, o se esfuma ya de una vez?). Esta sabe mirar como nadie. Por eso la pinto a ella y no a otra. Pero no puedo soportar esa forma de mirar que tiene hoy. Esta mujer, esta Victorine, tiene una mirada que me atraviesa la piel. Hasta la pechuga (¿pero se puede decir hasta mi pechuga?, qué lengua más extraña es el francés). O sea, que por lo que veo, hoy Victorine tiene algún problema. ¿Pero qué puede ser? Le he conseguido una preciosa flor roja para su cabello salvajemente rojo, le he conseguido un brazalete, le he conseguido un excepcionalmente bello mantón de seda, floreado y bordado, en el que puede apoyar todo su encantador cuerpecito de espuma —me pongo a sudar solo con mirarla—, he conseguido para ella unas delicadas zapatillas de terciopelo, y luego, por no decir más, le he conseguido incluso la sirvienta sarracena que me pidió, por supuesto solo para poner a prueba mi infinita paciencia, pero le he demostrado que no hay nada que no pueda pedirme esta tía imposible, con tal de que no se vaya con otro, porque no lo soportaría, ni humana ni artísticamente, después le he dado un maravilloso ramo de flores e incluso, a sugerencia de Charly Bodler, le he conseguido un gato negro como el ébano —cuya cola negra como el ébano apunta siempre exasperadamente al cielo—, solo para que Victorine se alegre, pero para ella nunca nada es lo bastante bueno, refunfuña continuamente, continuamente tiene algún problema, continuamente mira con sus ojos penetrantes, pero por favor, ¿se puede pintar a alguien así, si nunca hace lo que le digo? En vano le imploro desde el mediodía que al menos para complacerme un pelín intente una pose de Venus, eso si esta maldita conejita tiene idea de qué es eso, aunque ya la última vez me vino con que ella también pinta y que ya veré cómo aceptarán sus cosas en el Salón cuando a mí me vayan a echar de nuevo, pues ante eso no me quedó más remedio que sonreír, lo que naturalmente no hizo más que ponerla histérica, así que me lanzó la caja de las pinturas,

lo que echó a perder mi nuevo traje de delicado tejido inglés, tras lo cual, para qué negarlo, la abofeteé porque hasta mi galantería tiene un límite, y eso que yo, según los demás, soy un blandengue *véritable*, porque ni siquiera me he follado a Victorine, por supuesto no digo que no se me haya pasado por la cabeza ya al menos novecientas veintitrés veces, más o menos, tantas como se haya presentado ante mí, y ya desde la primera vez, la primavera pasada, en la que, para mi perdición, la vi. Porque esta Victorine me joroba, lo digo en serio, con otra ya hace tiempo que habría pintado nueve cuadros, pero esta sin duda impide el progreso de mi carrera pictórica, por no hablar de que por ella me enredo continuamente en los escándalos más broncos y vergonzosos, yo, que no aspiro a nada más que a una vida decente, burguesa; mi madre, la ahijada del heredero de la corona sueca, ya ha declarado varias veces que la vergüenza la va a llevar a la tumba, menos mal que mi padre, juez, no alcanzó a ver el horrible escándalo en el que me vi involucrado por una de mis últimas pinturas. Pero es que la culpa fue, de quién si no, una vez más, de Victorine. Pues qué pasó, que fuimos a tomar el aire para pintar el *Desayuno*, yo me alegré de poder estar al final al aire libre y del bello cuadro que iba a pincelar, que hasta el miserable Salón se vería obligado a aceptarlo, porque sería incuestionable que gracias a él me iban a galardonar incluso con el Premio Napoleón, y por la sorpresa al bueno de Jenő Keresztesi se le iba a caer la barbilla con su encantadora barba de chivo. Todo estaba maravillosamente bien planeado, hicimos los arreglos, ajustamos las ropas, los accesorios del picnic y ya estábamos solo a la espera de la luz adecuada, cuando de pronto va Victorine y suelta:

«Dígame que no es cierto lo que he oído». ¿El qué, cielo, mi Victorine, perla de los modelos, tirana de mi corazón? «Que la semana que viene se va a Holanda, para casarse con Susi, esa ordeñadora con cara de plasta y culo de vaca, esa misma con quien, la última vez, afirmó que no tiene casi nada que ver y que no monte un numerito porque yo soy la luz de su vida, el punzón que hace añicos su corazón, que solo con mirarme pierde el control de sí mismo, y que me fije, que yo seré la pasión eterna de toda su vida, que soy peor que la absenta, porque con esta al menos temporalmente uno puede sentirse colmado, pero conmigo no. Dígame que no es cierto lo que dicen, que ese enano atrofiado de Léon-Édouard, sobre quien la última vez tuvo el descaro de afirmar que es el hermano menor de la vaca y el ahijado de usted, es en realidad su propio bastardo, su monstruito y que la culo de vaca no ha hecho más que dar la lata hasta conseguir que se arrastre con ella y le ponga su nombre a esa maldita vergüenza». Naturalmente los dos modelos masculinos se rieron con sorna, no se imaginaban de qué magnífica diversión iban a ser parte, y yo, para restituir mi superioridad masculina y la autoridad del patrón, estaba por unirme a ellos, cuando Victorine me miró de nuevo con sus ojos como ahora, de manera que la sangre se me heló en las venas. Miraba tan

amenazadora, con tanta amargura y a la vez tan despectiva, que no pude hacer nada, y menos aún porque aunque usurpaba mi corazón y mi alma, ella, o sea Victorine, desgraciadamente cada una de sus palabras era cierta. Pero ahora, ¿cómo recuperar su confianza? ¿Cómo explicarle que Susi era un tropiezo anterior, por el que ahora finalmente, como un caballero, debía asumir la responsabilidad? Me puse en pie lentamente sobre la hierba, me sacudí el polvo de los pantalones y aclarándome la garganta dije: «Mira...». Pero Victorine me soltó prácticamente a voz en cuello: «¡No se atreva a reconocerlo, diga que no es verdad, porque no respondo de mí misma!». Pero si no podía ser *chevalier sans reproche*, al menos sería *sans peur*, no es así, en especial si la verdad era expuesta tan despiadadamente —qué podía hacer, debía reconocerlo—. Y Victorine se levantó de la hierba como una furia, de un salto, y se arrancó toda la ropa mientras aullaba de tal forma que resonaba por todo el parque: «¡Ven, escoria, píntame, aquí tienes tu maldita luz!». Y ciertamente en ese mismo instante el sol resplandeció por entre la fronda, la luz justo caía en el ángulo y brillaba con la fuerza que habíamos estado esperando hasta entonces. Era una iluminación perfecta, casi celestial. Hice todavía un exiguo intento: «No te pongas así, Victorine...». Pero ella me gritó hasta que mis oídos estallaron: «¡Yo no! ¡Has sido tú quien lo ha hecho, Édouard!». Y entonces, tal y como estaba, se dejó caer desnuda en la hierba, entre los sorprendidos hombres. Mientras, como digo, se vertía sobre nosotros esa luz sedosa e inverosímil de primeras horas de la tarde, y después de tanta abstinencia que me había impuesto a la fuerza solo por respeto a Victorine, esto era ya más de lo que podía resistir: me lancé a pintar. Los dos tíos apenas podían creer su buena suerte, pero tampoco podían hacer gran cosa en una situación tan excepcional, charlaban uno con el otro apartando la vista confusos. Yo pinté todo el santo día como quien no espera llegar al día siguiente, y debo decir que en mi interior se mezclaban tales sentimientos que no estaba seguro de si no sería así.

Acabé el cuadro ese mismo día por la noche y al siguiente me apresuré con él al Salón, de donde naturalmente me echaron a patadas, pero al menos pude colgarlo al otro lado de la calle, en el Salón de los Rechazados.

Después me puse a hacer las maletas y me arrastré hasta Flandes para estar con mi simpática Susi de rostro como una plasta, para tomarla por esposa en presencia de sus padres, a pesar de lo que dictaba el sentido común. A mi madre, la ahijada del heredero de la corona sueca, ni siquiera pude decírselo, porque desde el escándalo que estalló por culpa del cuadro permanecía echada con migrañas en una habitación oscura, donde no estaba dispuesta a permitirme la entrada.

Tras mi regreso estaba completamente desesperado. Sentía que si no podía pintar más a Victorine, sería el final de mi carrera artística. De

alguna manera sentía que si no podía verla más, sería también el final de mi vida. Acabé pensando que el mayor disparate de mi vida era no haberme quedado en el cuarenta y ocho en Río de Janeiro, adonde me había enviado mi padre el juez con el buque escuela de la Marina, para forjar de mí un hombre. Ahora podría tener plantaciones de café por todo el país, quince esclavas sarracenas estarían pendientes de todos mis deseos y, sobre todo, me cagaría en la pintura, ni siquiera sabría qué era eso. Dios mío, ¿por qué nunca le das una guía a tu hijo pecador?, ¿por qué me dejas siempre abandonado?, ¿por qué? Y sin más, me fui a suplicarle a Victorine. Supliqué de día, supliqué de noche, ante su puerta, pernocté con los perros en el umbral, ladramos juntos a la luna, le prometí todo lo que quería, con tal de que me permitiera pintarla de nuevo. Al cabo de dos meses, tres semanas, dos días, dieciocho horas y veintisiete minutos, finalmente, cedió. Pero puso condiciones. Dijo que la podía pintar pero solo tal y como ella quisiera. Para mi integridad artística, ¿debo acaso decirlo?, esto fue un inmenso bofetón; sin embargo, estaba dispuesto a todo, solo para que posara ante mí, solo para poder ver de nuevo su piel de alabastro, su melena pelirroja, sus suaves pestañas, sus dulces pequitas. Dispón de mí, opio de mi vida. Victorine, mi única, dijo entonces lo siguiente: «Solo puedes trabajar en mi estudio (¡en su "estudio"!), o sea, que las sesiones serán exclusivamente en mi casa y deberás conseguir los siguientes accesorios: 1 brazalete de oro, 1 cinta negra para el cuello, 1 mantón de seda bordado de flores, 1 par de zapatillas de terciopelo, 1 inmenso ramo de flores, 1 criada sarracena y 1 animal doméstico a elegir a mi gusto. El título del cuadro será *Olympia*». Pero perdición de mi vida, dije, listo para suplicar, yo quería pintar un cuadro de Venus, y suelen llamar Olympia a las rameras, así no solo habrá un nuevo escándalo, sino que encima todos van a pesar que tú lo eres. Así es, exactamente, respondió Victorine, será un escándalo y no solo van a creer que soy una puta, sino *tout précisément* que soy *tu* puta, cielo, y no van a estar muy equivocados. Con esas se calló y me observó a la expectativa, con aquella precisa mirada. La miré pálido. No puedes desear algo así, dije. No puedes desear arruinarme artística y humanamente. Ante eso, el sentido de mi vida se echó a reír en mi cara. Ponme a prueba, corazón, dijo. No tuve elección, debía aceptar las condiciones.

Así que ahora todo es como ella quiere, aquí estamos, en su estudio (para mi sorpresa veo que pinta realmente y debo decir que no lo hace nada mal), he conseguido todo lo que me pidió, le he prometido que titularé *Olympia* al cuadro (con la secreta intención de pintarlo de alguna manera como una Venus), pero me lanza unas miradas tan penetrantes y frías que apenas soy capaz de sujetar el pincel. Se ha hecho su voluntad, gobierna sobre mí como un Napoleón sobre su perro pequinés. ¿Qué problema tiene ahora? Y entonces cometo el error fatal de plantearle esta misma cuestión. Ante lo cual mi Victorine, tranquila y relajada, se reclina

en el diván (¿o en la otomana? Hay tantas palabras, vaya suerte el tener solo que bregar con colores), cruza las piernas y poniéndose decidida la palma de la mano izquierda sobre el muslo derecho, me clava la mirada en los ojos y en voz calma y pausada me responde: «Yo ya no tengo ningún problema. Pero tú sí vas a tener bastantes. Nunca vas a poder librarte de este cuadro, será de tu propiedad hasta la muerte. Va a determinar cada uno de tus días y cada día vas a lamentar haberlo pintado. Tendrás éxito, pero toda tu vida serás un infeliz. Pillarás la sífilis de una verdadera puta en la que me estarás buscando a mí y a la edad de cincuenta y un años, el 19 de abril de 1883, te amputarán la pierna izquierda, y el 30 de abril, morirás». Después de eso, nunca jamás volvió a dirigirme ni una sola palabra.

Ni que decir tiene que todo sucedió como había dicho. Ella vivió presuntamente feliz con una maestra de piano llamada Marie Dufour, hasta que murió. Y encima pudo exponer varias veces en el Salón.

¿Acaso existe la justicia?

Expresa con tus propias palabras si existe la justicia. ¡Razona a favor o en contra!

Física-Biología

La Virgen de Mantegna se descuelga
(canción popular en espera de un bebé)

Bald, oder nie

La manzana madura cae del árbol. Bonita reflexión, meditó Sir Isaac Newton [pronúnciese: Ñutn] en 1687, sentado en su lánguido jardín vespertino. Tiene música, estructura, un ronroneo reconfortante y es un poco melancólica también, una buena reflexión, de esas que me gustan (*I like*), en las que apetece acurrucarse, acomodarse, es una reflexión agradablemente otoñal (¡el cielo otoñal!), exceptuando, claro, si se trata de una manzana que madura en verano, añadió, enroscando en el dedo un mechón de su larga peluca, lo que en él era una señal segura de reflexión, y en ese instante (→ HISTORIA) algo le cayó en la cabeza. Sir Isaac Newton tenía este aspecto por aquel entonces:

Ouch!, soltó Sir Isaac con su inglés fluido —tomad nota: las interjecciones, si no se controlan, en la mayoría de los casos dejan la boca en la lengua materna, Sir Isaac era inglés y en ese momento (*just then*) no lo controló—.

Sin embargo: la roca que se desprende en la cumbre de la montaña se precipita al valle. Esta no es precisamente una reflexión agradable, reconfortante, no tiene nada de otoñal, sino que es una reflexión desagradable, directamente drástica, invernalmente fría, que provoca palpitaciones.

Por el contrario: la velocidad de una pelota lanzada en vertical hacia lo alto se reduce, la pelota se detiene un momento y luego cae al suelo. ¿Qué podemos hacer con esto? ¿Está bien? ¿Una pelota lanzada una y otra vez a lo alto? ¿No es un poco cansino?

De todo esto a mí (¿pero quién habla?) lo que me interesa, Y MUCHO, es el *se detiene un momento*; qué es lo que pasa entonces, qué sucede en ese instante vacío cuando como en las películas de dibujos animados pedaleamos en el aire, ni arriba, ni abajo, sino justo entonces y

allí —eso es, sospecho, la vida misma—. En estos fenómenos, por otro lado, reconocemos el efecto recíproco de la gravedad.

Pero sigamos sin languidecer: conociendo la presencia física de la fuerza, podemos decir también que la manzana cae del árbol por el efecto de la fuerza de gravedad, la roca que se desprende se precipita al valle por efecto de la fuerza de gravedad y la pelota lanzada hacia lo alto reduce su velocidad por efecto de la fuerza de gravedad (y de las mareas ya ni hablamos). Coincidencia feliz: el sistema funciona, la gravedad está en su lugar, la fuerza está con nosotros. (Apunto: las penínsulas también cuelgan hacia abajo en el globo terrestre [así: ↓], como falos flácidos, menos Jutlandia, que no lo hace, a posta. No es bonito: es *interesante*).

Representamos la fuerza de gravedad con una flecha que señala hacia abajo [así: ↓], cuyo punto de aplicación se encuentra en el centro de masas. Un apunte: llamamos centro de masas al punto de los cuerpos en el que si es suspendido o apoyado en cualquier situación, los cuerpos quedan en inercia, en equilibrio. El centro de masas del cuerpo femenino: el útero. Si situamos el cuerpo de una mujer en cualquier situación apoyándola en el útero, es decir, si la suspendemos o apoyamos (*ouch!*, diría Sir Isaac con su inglés fluido, si acaso, *if at all*, pudiera identificarse con la condición de un sujeto femenino, pero claro, su física es de hombres), el cuerpo femenino permanece en inercia, en equilibrio en cualquier situación. El centro de masas del cuerpo masculino: el pene. Pero si suspendemos el cuerpo masculino por el pene, no solo no permanece en inercia, sino que precisamente este procedimiento provoca en su portador un aullido ensordecedor y gran agitación, así como fluidas interjecciones insultando a Dios. Así que esta parece ser la diferencia entre el cuerpo del hombre y de la mujer. QED.

Por el contrario: si la pequeña Virgen de Mantegna un buen día se descuelga de la pared de la habitación (se ha descolgado), ¿podemos decir que ha actuado sobre ella únicamente la fuerza de gravedad? ¿Podemos decir que esa fuerza con su punto de aplicación se ha dirigido directamente al centro de masas del cuerpo de la pequeña Virgen de Mantegna? Acaso no podemos decir más bien que en lugar de la gravedad, es el motivo de la gravidez lo que se acentúa aquí, que por así decirlo, el peso (del énfasis) se sitúa en ella [a esta fuerza, que tira de la suspensión o presiona al apoyo, la llamamos peso (símbolo: G)]. Al peso también lo representamos con una flecha hacia abajo [así: ↓], cuyo punto de aplicación se encuentra en el punto de contacto de ambos cuerpos. Ahora imaginemos todo esto por un momento: punto de aplicación, contacto de dos cuerpos —cuántas cosas pueden no suceder aquí—. La Virgen de Mantegna seguramente podría hablar de ello, aunque calla. Si no fuera así, evidentemente no ladearía tan melancólica la cabeza. Si no fuera así, evidentemente, no estrecharía con tanta tristeza a ese niño endeble, de

rostro demacrado, agotado por su nacimiento, como quien piensa que bueno, aquí estamos ahora, los dos en el mundo, eccehomo y yo. Bajo los ojos del crío, ojeras, bolsas, la manita, que asoma por debajo de la apretada faja se cierra casi en un puño, se le ven solo dos dedos. Esto contribuye en cierto modo a la indecisión que domina en el cuadro. La Virgen de Mantegna sostiene con una mano la cabecita del niño, guiada con toda seguridad por una doble intención: sostenerlo y defenderlo. Sitúa la otra mano suavemente en la tripita del niño, o más bien en la faja: lo sostiene y lo abriga. Siento la calidez de sus manos. Sin embargo, hay en los dos algo inquietante, que me atenaza la garganta y no me suelta.

Hay aquí algo no pronunciado, una alusión, una historia oscura, triste. O quizás ni siquiera es una historia oscura, triste, sino sencillamente algo de lo que no hablamos, algo de lo que, a callar, mi niña, eres aún pequeña para eso, algo de pregúntale a tu padre, algo que puede notar cualquiera que no sea ciego, pero de lo que no puede hablarse. O algo de lo que hay que callar.

Bueno, basta ya.

No, queridos míos, no es así. De lo que no se puede hablar, tal vez habría que intentarlo al menos, a fin de cuentas para eso hemos recibido esta puta (→ interjección en idioma materno) lengua, para eso nos hemos elevado de entre los animales, precisamente invocando a la lengua, ¿no es verdad? Sin embargo, habría que usarla justo cuando haya una dificultad, cuando haya alguna complejidad (Newton también es complejo, por no hablar del Einstein —si no me equivoco, en eso precisamente consiste la relatividad—), cuando los obstáculos bloqueen el camino, cuando haya que llamar a ciertas cosas por su nombre [«En mi opinión Einstein no se llama Einstein. En mi opinión solo lo llaman Einstein porque era muy listo», aunque esto lo ha dicho un niño de nueve años, ¡hala!], cuando haya que agarrar la mierda por la garganta, entonces: «de lo que no se puede hablar, hay que callar». Telón. Emocionante, ¿no? Pero si fuera así, si ciertamente en los momentos penosos solo hubiera silencio, entonces ¿quién emplearía las palabras que están a disposición para tales casos? Que, por así decir, ya están pagadas. Allí están, esperan su destino; nada. Quedan al fondo en la estantería, tras otras cosas, las cubre el polvo.

Es hora de hacer limpieza.

Porque de lo que no se puede hablar, se puede tanto callar como hablar.

En Inglaterra pillaron a un asesino en serie que hizo estragos durante años y que, a la vez, era el médico de la pequeña ciudad, un cierto doctor Harold Shipman, porque las mujeres, según su costumbre, se contaban concienzudamente sus problemas unas a otras, así como los detalles de sus tratamientos, mientras que los hombres, pudorosos, guardaban silencio. El buen doctor fue asesinando primero a los pacientes masculinos, pero después, para su perdición, pasó a las mujeres.

Sigamos. Porque entonces, ¿qué pasa con todas las manzanas que penden de la rama de un árbol? ¿Con las rocas que están en el suelo? ¿Con los paquetes que descansan sobre la mesa? ¡Cáete ya de una vez! Le chillo al paquete que descansa sobre la mesa, pero ni que estuviera sordo. Nada. ¡Cáete ya de una vez!, le chillo a la roca en el suelo, pero ni que estuviera sorda. No reacciona. ¡Cáete ya de una vez!, le chillo a la manzana que pende de la rama de un árbol. Y, mira por donde, a veces lo hago en vano. Pero entonces, ¡¿¿por qué no caen??! (Mientras, de tanto chillar, se me ha quedado ronca la garganta.) La situación, resulta, es que actúa por igual la fuerza de gravedad dirigida hacia abajo y la fuerza de reacción dirigida hacia arriba. Porque —¡y aquí viene lo fundamental!— si dos fuerzas iguales de dirección contraria actúan sobre el mismo cuerpo (Fuerza contra Reacción), entonces —vaya—, entonces no pasa nada. Se queda allí donde está (aparentemente en calma, aunque en realidad debatiéndose, pero eso nos da igual).

Sin embargo, si una fuerza se impone sobre la otra, entonces las cosas se ponen en movimiento.

Bald, oder nie.

Porque si un buen día la Virgen de Mantegna se descuelga de la pared de mi habitación (se ha descolgado), entonces este hecho no solo tiene algo que ver con las mareas, sino según Sir Isaac, también con el movimiento de los planetas, las lunas y los cometas. Y entonces, si ya nos hemos embrollado en pesar el universo, ¿cómo podríamos no encajar lo sucedido en un sistema estelar más amplio? ¿Cómo podríamos, si los objetos nos hablan, hacer como ellos, cuando enfrentan Fuerza con Reacción, etc., es decir, hacernos los sordos ante sus palabras? Porque si la Virgen de Mantegna se descuelga, entonces una fuerza vence a la otra, hasta ahí todo claro. Pero quien aspira a un sobresaliente no puede dejar de añadir:

La voluntad se pone en movimiento, las cosas toman impulso.

Bald, oder nie.

Según mis notas, la Virgen de Mantegna dijo lo siguiente tras descolgarse:

«Vamos, hay que avanzar, no hay que dejar que la gravedad se imponga sobre la gravidez, no hay que dejar que atraiga a uno hacia el corazón negro de la tierra como un peso (símbolo del peso: G), no hay que dejar que la Fuerza triunfe, que funcione la Reacción, vamos, ¿qué quieres, que te lo suplique?, está bien, te lo suplico, no dejes que la bala de hierro de la desesperación te alcance en el corazón, créeme, sé lo que digo, vamos, patalea, no caigas, todo saldrá bien. Ánimo».

Solo estaba yo en la habitación, así que tuve que llegar a la conclusión de que me hablaba a mí.

Bald, oder nie.

Y helo aquí, lentamente asoma mi yo probeta.
Ánimo.

En 1984 se produjo en Gran Bretaña un melocotón de 411 gramos de masa.
a) ¿Cuánto pesaba el melocotón?
b) ¿Cuál era la fuerza de reacción que actuaba sobre el melocotón?
c) Imaginemos que, en su día (1687), Newton estaba sentado precisamente bajo ese melocotonero; ¿qué problema supone?

Canto-Música

Concierto (subtitulado)

Apacible rumor del viento, zumbido de insectos, susurro de hojas. Tensamos nuestra carne tierna ante la vibración del verano. El viento nos lame el ombligo, *lamido del viento*, las mariposas acarician la pelusa de nuestros brazos, *roce-beso de mariposas*, las mariquitas montan su campamento en nuestro cabello rojo y negro, *zumbido de alas*. Además los topos olfatean los dedos perfumados de nuestros pies, *veloces resoplidos*. Para nuestro desenfreno, los corzos pestañean al alcance de la mano, *murmullo de patas de corzo*. Nuestro delgado cuerpo urbano se estremece en la desacostumbrada libertad. Mi preciosa hermana, de melena negra, brinca por el campo como un potro desbocado, *alaridos de alegría*. Ante nosotras, el verano. A causa de las cabriolas me cuesta mantener la marcha, trato de mover veloz mis espigadas piernas, *resoplido, roce de briznas de hierba.* Mi hermana muestra orgullosa a los mirlos, a las liebres, sus pechos bien redondeados, tensos bajo la ropa. Ha cumplido trece años en un único año. Yo tengo aún solo nueve, pero tampoco por mí el tiempo pasa más rápido. Fluye por su propio cauce, lento, pausado.

Nuestro imperio veraniego, la aldea fronteriza y sus alrededores, resplandece con todo su esplendor. El valle zumba, *zumbido*, el arroyo rumorea con su cháchara, *rumor y cháchara*, vibra el aire denso, caliente, y por la fuerte luz se vislumbra un espejismo sobre el asfalto fragmentado del antiguo camino real. Nuestra primera ruta lleva a casa del tío Pirka, el apicultor. El tío Pirka nos permite acercarnos a las abejas, ataviadas con guantes y casco, como los caballeros medievales. La experiencia aúna temor y deleite, atracción y rechazo. No conozco nada comparable a esto. *Un fuerte zumbido, un sonoro latido de corazón, un bufido*. El tío Pirka nos mira sonriendo; permanecemos ante las colmenas como diminutas estatuas de superficie inquieta. Dos niñas capturadas con liga. *¡Eso es, queridas, saludad a vuestras pequeñas amigas, este año también se afanan de maravilla, habrá mucho para recoger, pero mucho. Podréis llevarle a vuestra dulce madre, para endulzarle la vida!* El tío Pirka hace un guiño amistoso, mueve los labios. *El zumbido se refuerza más y más*.

Pasamos por casa de la tía Teri, a por Volcán. Volcán hasta otoño es perro nuestro. El *komondor* corpulento, desgreñado, blanco, nos saluda alborozado, *ladrido de perro, aullido, jadeo*. Nunca se cansa de nosotras, salta una y otra vez sobre nosotras y nos lame el rostro, *chup*. *¡No, Volcán, no!* Mi hermana, riendo, intenta quitarse de encima al perro. Si estoy excitada me salen en el rostro inmensas manchas rojas que me delatan —a veces molesta, porque solo puedo ocultar mis sentimientos a

duras penas—. Ahora debo tener el rostro tan rojo como mi cabello. Le doy palmaditas a Volcán en el cuello, le rasco las orejas, hundo el rostro en su pelo desgreñado. Mi hermana le habla al perro. *¡Ven, Volcán, que vamos al río!* Nos vamos a saludar a otro vecino.

Cada año repetimos en el río una ceremonia secreta: mientras Volcán corretea arriba y abajo junto al cauce, *ladridos, murmullo de arena húmeda*, nosotras entramos lentamente en el agua sin quitarnos los zapatos, *chapoteo de agua*, cada vez nos aventuramos más y más profundo, de manera que el agua cubra progresivamente nuestro cuerpo y nuestra ropa, *sonidos del río*. Primero se nos empapan los calcetines, luego los zapatos, después el bajo de nuestra falda, la cintura, luego le toca a las mangas cortas de la camisa, y solo cuando ya ambas estamos hasta el cuello en el agua —yo un poco retrasada, tanto como mi estatura—, entonces nos volvemos hacia la orilla. Es un acto secreto, y además lo tenemos severamente prohibido: nuestra madre no nos permite meternos tan hondo en el río. No es un gran río, cierto, y su corriente es lenta, perezosa, pero aun así. La prohibición no hace más que revalorizar el acto a nuestros ojos, nos exige mantener un secreto y un acuerdo aún mayor. Hace ya dos veranos que firmamos un pacto de sangre: bajo ninguna circunstancia revelaríamos nuestro secreto a nadie, *restallan dos manos con hilos de sangre*. Nuestro testigo fue Volcán, el perro. Tras salir del agua tiene lugar el acto final: nos quitamos los zapatos con cuidado y vemos qué hemos pescado. A esto lo llamamos la profecía de los zapatos, así leemos qué nos traerá el verano del próximo año. Mis zapatos solo han pescado un poco de verdín, así como el trozo quemado de una fina rama. Mi hermana ha atrapado un botín mucho más interesante, la cáscara rota de un huevo de pájaro. Y algo de fango. Lo meditamos largamente pero no somos capaces de encontrar una explicación. Nos ponemos en marcha para buscar nuestra próxima parada, el puesto de observación de caza, junto al prado: nuestra casa de una planta, con unas vistas fantásticas. La ropa húmeda se nos pega al cuerpo, durante la marcha la seca el sol ardiente, *chasquido de zapatos*. El puesto de observación está justo cerca de la frontera sur del país, frecuentemente se pierden por allí buscadores de caracoles del país vecino. No me gustan los caracoles, por no hablar de las babosas, que hasta me dan asco.

Volcán se adelanta, se detiene y vuelve la vista por si le seguimos. Después regresa a toda prisa como si quisiera instarnos a trotar con él, *ladrido incitador*. Mi hermana no se deja dirigir. Camina tranquilamente, examina concienzuda nuestro imperio, que no veíamos desde hacía un año. Saborea las zarzamoras dulces, maduras, que se disuelven en su boca, un *chasquido*, escucha el chillido de los faisanes que anidan en las cercanías, *los faisanes chillan*, haciéndose visera con la mano en los ojos, observa cuánto ha crecido desde el año anterior la fila de abetos plantada como paraviento al borde del prado, y determina, visiblemente satisfecha,

que el verano de este año superará incluso al del año pasado en sus inesperados placeres. Yo, sin embargo, cedo ante la tentación de Volcán y troto con él animada hacia el puesto de observación, mi cabello pelirrojo ondea libre, como una bandera. Emito unos sonidos felices por la garganta, *sonidos guturales*, me deleito en el verano sedoso.

Al llegar al borde del prado, Volcán se mete en el bosquecillo, *crujido de ramas*, por donde solemos ir de camino al puesto. Bastaría con avanzar por el borde del prado, ya que el puesto está allí, vigilando, por así decir, el límite entre el bosque y el prado. Pero correr directamente hasta allí sería demasiado oportuno, nada de aventuras. Sé bien adónde se dirige Volcán: al arroyuelo que fluye no lejos de la línea de hayas. Corro tras el perro grandullón, y él como un caballo de carreras desbocado vuela directo a la meta, *jadeo*. Al llegar al estrecho arroyuelo, Volcán salta con facilidad a la otra orilla y mientras me espera, da lengüetazos en el agua, *sonoros lengüetazos*. Lo alcanzo, tomo impulso en la orilla, como es habitual, pero mi pie resbala en una piedra mojada y se me tuerce el tobillo, *grito inarticulado*. Me desplomo en la orilla para tocarme el tobillo lastimado. Volcán regresa a toda prisa, buen perro, y empieza a lanzar grandes ladridos, *ladrido sonoro*, le señala a mi hermana que hay un problema, que se apresure. Ella tarda sus buenos diez minutos en presentarse de su paseo fantasioso; no ha oído nada. Examina mi tobillo hinchado y como ya no estamos lejos del puesto de observación, propone que sigamos hasta allí, y que descanse en él mientras ella va a buscar a alguien que me lleve a la aldea. Con cara de mártir abrazo la cintura de mi hermana. Avanzo a una pierna, dando saltos. El rostro me arde por el esfuerzo. A paso de caracol, al final alcanzamos el puesto. Subo a duras penas y me tumbo agotada en los ásperos tablones. *Volcán, tú te quedas aquí, la cuidas hasta que vuelva, ¿entendido?* Y mi hermana se pone en camino.

Mis calcetines empapados son como una compresa fría sobre el tobillo dolorido. *Suspiro sordo*. Pero al cabo de un rato toda mi ropa se seca, no solo los calcetines, y mis zapatos quitados están listos para la marcha. Cuando mi hermana se puso en camino el sol estaba aún alto en el cielo, cada hoja vibraba por separado en el sol punzante, *sonidos de vibraciones pasadas*. Pero ahora ya cae la tarde. Decido no esperar más, mejor salgo yo a buscarla. Bajo con cuidado los escalones torcidos, y junto con Volcán, que hasta entonces ha esperado pacientemente, me pongo en camino hacia donde vi por última vez la cabellera brillante y negra desde lo alto del puesto. Una zarzamora, una curva, y lo pierdo de vista. Avanzo despacio por el sendero del borde del prado, como si pisara huevos, *ruido de pasos lentos*. La fresca brisa de la tarde seca las gotas de sudor que perlan mi frente. *Zumbido del campo al atardecer*. Los árboles lanzan una sombra oblicua, dentro de nada estará oscuro. Veo a Volcán que como una flecha se lanza hacia delante y desaparece en una curva lejana, tras los

matorrales, *zumm*. Lo busco con la mirada sin comprender, ¿ha perdido el juicio o qué? Renqueo despacio, con persistencia, por el camino pedregoso y polvoriento. *Ladrido lejano*. Las sombras se alargan, se aristan, la linde adquiere un tono morado. *Sonidos característicos del tono morado*. Por fin alcanzo la curva entre la maleza. *Ladridos cada vez más fuertes*. Hay un zapato al pie de una zarzamora. *Respiración jadeante*. Conozco bien ese zapato, me lo habían prometido para el verano que viene, cuando tenga su número. Es un bello zapato azul, de bailarina. Aparto las ramas de la maleza y me adentro en la fronda. *Crujido de ramas, murmullo de hojas, ladridos enloquecidos*. Miro indecisa, me encamino hacia la izquierda, adonde parece aclararse la maleza. Mi decisión resulta correcta, de una rama cuelga la camisa azul de algodón de mi hermana. Hace juego con los zapatos azules. Sigo adelante y encuentro el otro zapato y un andrajo blanco mugriento. Llego a una rama gruesa, frondosa, la aparto. *Gimoteos mezclados con ladridos*. Mi hermana yace allí tirada, con el torso desnudo, en el suelo cubierto de densa vegetación. La falda le cuelga desgarrada, por los muslos manchados le chorrea sangre, *sonido siseante de hilillos de sangre*. Volcán ladra junto a su cabeza y lame su rostro, *chup, chup*. Me siento en el suelo junto a mi hermana, apoyo su cabeza en mi regazo. Ahora soy yo quien cuida de ella.

¡Mira, Caperucita Roja! A esa la pillaremos el año que viene, cuando le crezcan las tetas.

A callar, que te va a oír.

¿Estás pirado? ¿Qué va a oír? ¡Pero si es sordomuda!

Mejor que mejor, así no va a chillar como su hermana. ¿Tienes bastantes caracoles?

Pues sí. No hemos venido hoy en vano. Y como se acerque ese chucho a ladrarme le arreo una patada que va a perder el sentido. Anda, vamos.

Oscurece. Me arde el rostro. *Canto de cigarras, grillos, insectos. Música*.

¿Qué es el *dominante* y el *subdominante?*

¿Qué significa *allegro, ma non troppo?*

¿Cómo sabemos que el *allegro* ya es *troppo?*

Geografía

Expulsión al Paraíso

Regresas, ¿lo entiendes? Regresas y miras si estás ahí todavía o si has conseguido por fin mudarte del todo. Eres lenta, penosamente lenta. ¿Cuánto tiempo necesitas todavía? Tanto no hay. No regateamos. Regresarás y si hace falta te arreo en los morros el tiempo pasado. El aspecto no lo es todo, el aspecto engaña. Hace como si el lugar fuera el mismo lugar. Como si en el lugar todo estuviera en su lugar, aunque un poco más gastado. Echas un vistazo, el paseo en la orilla está, el Cristo está, la bahía, la puesta de sol, todo está. Vamos, no seas boba. Las cosas, sobre todo, hay que olérselas. Hay que sentir el olor del tiempo en podredumbre. Hay que sentir el característico olor a podrido de la basura del pasado que se derrama de los contenedores y recubre la ciudad, la peste de los sumideros incapaces de tragar las lluvias tropicales, la peste a pobreza que se extiende hacia el mar desde los montes que rodean la ciudad, desde las favelas, y ya que estamos aquí, la peste usada y requeteolida del mar, la peste rancia, amarga del mate, la peste a esclavo unido eternamente a los frijoles negros y al arroz, la peste a sudor de los capoeiristas vestidos de blanco, la peste dulzona y estomagante de la *bossa nova*, la peste cargada, envuelta en naftalina de las palabras e inflexiones portuguesas, el olor a Antônio, el olor a Sonia, el olor a Maria José, el olor a Eduardo, el olor a madre, el olor a nodriza, llamémosla por su nombre: *babá*, el olor a plástico concentrado de tu primer teléfono de plástico, el olor punzante a vaho que por la mañana temprano exhalan las altas montañas allende la ciudad, el olor fatal que exhala transición fermentada del sotobosque tropical, putrefacto y en descomposición, el olor asfixiante de sonoras noches de cigarras, el olor a andorga negra de negros angelitos rellenos de incienso de las iglesias barrocas españolas, el olor a estructuras fraseológicas peculiares, de una literatura peculiar, comprimida entre páginas de bordes aserrados en libros encuadernados en rústica, el olor a trozos de carne de ternera asados, cortados de gigantescos filetes de ternera, ensartados en largas brochetas, el olor a la misteriosa leche de coco servida en cocos descabezados con un machete, el olor pegajoso a resaca de la todavía más enigmática unión de adultos, el olor a jabón de lavar, limpio, fresco, de una pila de mármol desconchada, el olor a goma de las chancletas, de las muñecas de goma y de la goma

líquida que rezuma de los árboles del caucho y es recogida en recipientes de hojalata, el olor a pescado de alta mar de la lonja, que se asienta sobre todo e impregna cada poro, cada cosa, cada cabeza, el olor metálico del pasamanos en el viejo tranvía, que recuerda en cierto modo a la muerte, el olor, bueno para protegerse, malo para olerlo, del armadillo de nueve bandas, así como el olor del aliento sulfuroso de las mariposas gigantes de alas de color turquesa metálico, fosforescentes en la oscuridad nocturna.

Si está todo esto, entonces reflexiona. Piénsalo bien. Después, si ya está hecho (a otra cosa, mariposa), entonces se puede empezar a mirar alrededor. Puedes echar un vistazo bajo la cresta de las tibias olas de primeras horas de la noche, bajo el mosaico blanco y negro en forma de olas de la avenida Atlântica, bajo los adoquines blancos y negros de dibujos geométricos de vuestra calle, bajo las gigantescas hojas en forma de abanico de los plataneros, bajo la alas de los colibríes de colores que zigzaguean en el aire como minúsculas flechas y chupan el néctar (es imposible seguir a simple vista sus movimientos de increíble rapidez, así que no merece la pena intentarlo), bajo yacimientos rocosos de piedras semipreciosas (principalmente: *topázio imperial*, la piedra del deseo, la seducción y la pasión, y el *água marinha*, la piedra de la suerte para los marinos, que además calma los nervios, reduce los temores así como desbloquea los canales de comunicación), bajo la ropa deslumbrante, cosida durante todo el año de los miembros de las escuelas de samba que bajan de las favelas a la orilla a practicar, hasta las tripas aterciopeladas de color cacao, bajo los párpados, pegados de madrugada por el sueño, de semihuérfanos armados, echados a la calle, agrupados en pandillas, bajo las axilas de fresco mármol del Cristo de brazos tenazmente abiertos, bajo el piso de palacios medievales construidos sobre la arena de la playa, bajo la barriga fresca, seca (y no resbaladiza como podrías pensar) de los cincuenta y cuatro mil habitantes del zoo de serpientes, bajo la superficie resplandeciente del agua de mar, abajo, en lo profundo, en el imperio silencioso, invisible e imposible en la superficie, de peces, cangrejos y conchas tropicales, que, si una vez estás abajo, no querrás dejar jamás, en el acto te harías crecer unas branquias y te volverías alga, sargazo, y donde sientes que has regresado allí de dónde eres, y no se trata de una nostalgia pocha o equivocada, sino de simples hechos biológicos, bajo las mamas negras del rosado pezón del aya, bajo las olas de las primeros placeres encendidos con pies de bebé, rasgados de las páginas de un libro de cuentos, pisaste una piedra yendo a la escuela, bueno, bajo el musgo que la cubre, bajo la lengua morada y melosa de la lengua secreta usada en el hogar, bajo el escondrijo de tesoros que el hermano que nunca has tenido solo comparte contigo, bajo el contacto palpitante y pringoso de la soledad y los temores tempranos, bajo el cuerpo siempre obsequiosamente tendido y el alma escrupulosamente cerrada de tu madre, bajo el tapón del frasco de perfume con la etiqueta de Madame

Rochas Femme, bajo las alas que la cigarra gigante atada al pie de la cama de la sirvienta bate desesperanzada, bajo la saliva torpe de un beso infantil ganado en el juego de la botella, bajo los restos de insectos caídos en la trampa de plantas carnívoras, así como bajo el velo de la noche coloreado por el rumor de olas rompientes.

Si tienes todo esto, reflexiona. Piénsalo. Y a partir de entonces ya puedes ponerte a palpar, a tocar. Por ejemplo, puedes agarrar el pie de Dios, apenas se asoma del mar azulado, nadie se ha dado cuenta de que ha caído, siguen arando sin más, como si no hubiera pasado nada, brilla el sol, los barcos navegan, ¿están ciegos o qué?, ¿o solo prefieren cerrar los ojos ante los problemas?, les gusta pasarlo bien, no estar tristes, en cambio tú esto también lo has aprendido en ese otro lugar (yo lo entiendo, no quieres mudarte definitivamente, pero entiéndelo de una vez: no puedes evitarlo), para ti no es difícil percibir el piececito divino que asoma del agua, y ya que estamos, puedes cogerlo, no temas. Después puedes tomar también el dedo de Dios, lo que no es menos fundamental, allí salta a la vista la ciudad, o bueno, vale, en medio de la bahía, el *Dedo de Deus*, la cima del dedo de Dios, apunta continuamente hacia lo alto, el gigante índice indica, por si no lo sabías, dónde vive Dios (*ich*), sí, así de divino es este sitio, ¿a que no lo habías pensado? Pero es así, es algo que les viene solo, no se andan con ceremonias. Hasta tal punto que incluso puedes tocar la polla de Dios, por aquí es aterciopelada, sedosa, marrón dorado, y está adornada con plumas de guacamayo y de tucán, los colores se infiltran en tu piel, en sus poros, y permanecen en tus dedos inlavables, en vano frotas con nafta o con alcohol, solo el ácido clorhídrico ayuda, si acaso. Puedes tocar, además, el lugar de la muela del juicio de Dios, te metes en una cueva azulada, tus dedos recorren las piedras que al tacto parecen una dentadura, y de pronto, al final, encuentras un gran agujero, un hueco, pues eso es, dicen por aquí, el lugar de la muela del juicio de Dios, pero pregunto en voz baja, con todo respeto, que si a Dios le han sacado la muela del juicio, qué será de vosotros, quién os guiará con su infinita sabiduría, por otro lado, pensándolo bien, es mejor así, porque no hay nada peor que una muela del juicio lacerante y podrida, uno sufre de día y de noche, y ni siquiera puede uno hacer una reserva de asiento para el tren de cercanías, mucho menos salvar el mundo, así que un Dios liberado del dolor de muelas es capaz de hacer verdaderos milagros, si la muela no le duele, puede asumir cualquier otro dolor, incluso de forma retroactiva, después el hueco de una muela así es capaz de hacer otros milagros, por ejemplo tu diente de leche que se movía, cuando te lo arrancaron despertaste por la noche con el contacto húmedo y pegajoso de tu sábana, encendiste la pequeña lámpara y viste que estaba todo bañado en sangre, la almohada, la sábana, la manta, tu pijama, asustados te volvieron a llevar al dentista, para que viera de dónde salía tanta sangre de una niña tan chiquita, y él solo te miró serio, directamente a los ojos y en

voz que no admitía mentira preguntó si te chupabas el dedo, lo miraste asustado (sabías que ya eras mayorcita para chuparte el dedo, y hasta ahora no habían sido capaces de persuadirte de abandonar esta aciaga fuente de placer adictivo), finalmente asentiste como quien se quiebra ante el peso de las circunstancias, porque no puede hacer más, saldrá sangre, dijo con voz directa y tranquila el dentista, mientras sigas chupando el dedo, ¿lo entiendes, pequeña? Y desde entonces no he chupado, no he absorbido nada, aunque me lo hayan pedido, y he aquí, maravilla, se detuvo el sangrado, escampó el cielo y apareció en el cielo un doble arcoíris.

Si ya tienes esto también, entonces se puede saborear un poco, escuchar, por ejemplo, lamer el agua de mar, para ver si está suficientemente salada, porque para ti nunca nada está lo suficientemente salado, porque lo único que estaba bastante salado era el mar, pero lo han quitado (lo he quitado, *ich*), y desde entonces, de alguna manera, todo es tan insípido, salas ciegamente y sin freno toda la comida para dolor de amas de casa, suegras, hospederos, cocineros, hasta que deja de salir sal del salero, pero de alguna manera ni la sal es ya bastante salada, quizás solo en el mar Muerto te sentiste satisfecha transitoriamente, una tarde fugaz, cuando la sal concentrada acariciaba tu cuerpo tanto que flotabas sobre la superficie del agua como un colchón de goma antropomorfo, sí, eso no estuvo mal, después pasó, quizás ni siquiera fue real. Pero además de eso puedes adular a una curandera para que por fin te presagie algo más favorable, porque no respondes de ti, estás dispuesta a dedicarle toda una mañana, solo para que se sienta bien, por si acaso así tiene una visión positiva, así es como hay que portarse con estas, no hay que soltarla hasta que suplique que la dejes en paz porque no lo resiste más y te promete que ahora todo estará bien, todo estará bien, el futuro, el presente, te lo prometa todo, siempre y cuando la dejes de una vez, y entonces, con absoluta clemencia, tras un último chupetón con sabor a coco y alga, murmuras las siguientes palabras: *oxalá*, *saravá*, *oxô*, y dejas seguir su camino a la negra bruja vestida con varias faldas blancas, no sin que antes te haya augurado un giro favorable del todo inesperado en tu destino. Además, si tienes posibilidad de ello, puedes atender al sacrificio al mar de este año, arden las velas en la playa arenosa nocturna, sueltan minúsculas barcas cargadas con regalos, flores y velas, esperando que Yemayá, la vanidosa diosa del mar, acepte las ofrendas, escuche los cantos que le dedican junto a los regalos, y que apacigüe bondadosamente las aguas y no se cobre más víctimas. Cantan los tambores en voz baja, como sin darle importancia. Suena el canto, bajo, lleno de esperanza. Tú solo escucha, atiende.

Después, cuando acabas con esto, atas los bártulos, querida hija, giras sobre los talones y vienes, vienes, vienes, sin mirar atrás, digo *sin* mirar atrás, atraviesas como si nada las grandes aguas brumosas, giras a la

izquierda donde la gasolinera Shell, en la frontera niegas llevar encima divisas, a todas las preguntas respondes que no recuerdas dónde has estado, que no tienes nada que ver con eso, que seguro que ha sido un error, tú tienes que visitar a tu abuela enferma y por eso tienes toda la cesta llena de chocolatinas Toblerone y pasta de anchoas, y pregunta solo que por qué tienen la boca tan grande, entonces siempre se quedan confusos y te soltarán. Hazme caso, sé lo que me digo. No discutas. Regresarás, te lo ordeno. Tienes que madurar de una vez.

Das Kind wird schon hereinwachsen, dijo el Señor.
Eso no se discute.

¿Qué te traen a la mente los siguientes topónimos: América, Londres, París? ¡Exprésalo con tus propias palabras!

Trabajos manuales

Self-help
(o el poder del noujau)

Niños míos, dijo la señora de Tenkes, los caminos de la vida son inescrutables. Aunque sí podemos escrutar las situaciones concretas y lo que debemos hacer en las situaciones concretas. Siempre tenéis que ser capaces de ayudaros a vosotros mismos, aunque antes siempre hay que adquirir, ¿el qué?, pues el conocimiento necesario. *Porque todas las situaciones son resolubles si tenemos el* noujau *para ellas*. Naturalmente ninguno de nosotros tenía la menor idea de qué era el *noujau*, pero tampoco nos atrevimos a preguntar. Sin embargo, la palabra tenía un halo tan sugerente, tan fuerte, que quizás no sorprendo a nadie si revelo que se convirtió en el lema de nuestra clase. Con ella nos saludábamos en los pasillos, en el patio, en la calle, en el tranvía, en la panadería, en la carnicería. La señora de Tenkes se convirtió en nuestra heroína. La llamábamos capitán Tenkes, como el protagonista de la serie de televisión, y ella sonreía permisiva, traviesa. Todo estaba (casi) permitido, si estábamos dispuestos a asimilar el *noujau*. Despreciábamos y proscribíamos a aquel que lo hacía con pereza y haraganería. La asimilación del *noujau* se convirtió en una cuestión de honor, y aquel que lo minaba con su comportamiento, dejaba de pertenecer a la jauría. Así que esperábamos ávidos cada semana las nuevas revelaciones de la señora de Tenkes, que anotábamos en las páginas de nuestros cuadernos de rayas de tapas azules. Tras exponer el material, la señora de Tenkes enmudecía de pronto, sacaba de una bolsa de plástico la calceta y hacía punto en silencio durante lo que quedaba de clase. Si alguien quería, podía también aprenderlo, pero aquello era ya de libre elección. Los que no, permanecían sentados en su sitio y reflexionaban sobre lo escuchado hasta que sonara el timbre. Y he aquí que ahora hago público el apreciado contenido de mi cuaderno oculto, que el *noujau* os acompañe.

1. Si os encontráis en lo alto de una cascada, debéis hacer lo siguiente:

Respirad hondo, justo antes de caer por el borde.

Mientras estéis en el aire no tendréis muchas opciones de influir en los acontecimientos, hay que resignarse, la gravedad tiene las riendas y el agua puede ser profunda.

Con las piernas por delante, o sea que hay que saltar de pie, que a nadie se le ocurra tirarse de cabeza o intentar alguna burrada de las que soléis. Hay que cerrar bien las piernas.

Saltad tan lejos de la cascada, hacia delante, cuanto os sea humanamente posible.

Enlazad los brazos alrededor de la cabeza para protegeros, a fin de cuentas si la cabeza se lastima, adiós al *noujau*.

Empezad a nadar en el mismo instante en el que lleguéis al fondo de la cascada y os hundáis en la masa de agua. Empezad a nadar antes de salir a la superficie, porque el nado evita que nos hundamos más. Nadad tanto como sean capaces vuestros pulmones. Nadad como un pájaro en el aire. Nadad como locos. Nadad, queridos, nadad.

A fin de evitar equívocos: nadad hacia abajo, siguiendo la corriente, alejándoos de la cascada. Sé que siempre está el que intenta hacerse el gracioso y nada por detrás de la cascada para ver qué es lo que hay, pues ahí no hay nada que ver, hijo mío, solo grandes pedruscos en los que te puedes destrozar tu mona y dulce sesera. Hala.

2. Si parece que llega un tsunami, hay que hacer lo siguiente:

Antes que nada, aseguraos de que no confundís el fenómeno con una marea. Aseguraos de que no lo confundís con el movimiento de las estrellas y planetas. Aseguraos de que no tenéis chiribitas en los ojos o de que vuestra almita no está agitada. Sé que un alma pequeña puede agitarse mucho, pero es importante no confundir la gran agitación del alma pequeña con un tsunami. Debemos saber diferenciar las cosas. Debemos saber distinguir las cosas. Debemos saber cuándo y por dónde. [¡Calculad cuándo y por dónde!]. Finalmente, antes de hacer nada, aseguraos de si está cerrada la llave de gas en la cocina, porque después, cuando llegue el tsunami, no tendréis ocasión de volver para comprobarlo, y durante el tsunami os va a estar todo el rato jodiendo si la habéis cerrado o no, a esto se le llama neurosis obsesiva, y puede ser tan mala como un tsunami de tamaño medio.

Así pues: si veis que la masa de agua se mueve en la dirección no debida (¡mirad cuál es la debida!), por ejemplo, si veis que la masa de agua a ambos lados de pronto cae sobre sí misma pero en el centro se eleva cual la cresta de un gallo y embiste en dirección a la orilla como un rinoceronte en estampida, incapaz de girarse una vez iniciado el ataque, *ni tampoco lo quiere* (véase el inmortal opúsculo *África* de Jeno” Cholnoky), entonces, como una sencilla escolar inglesa bien preparada (*be prepared!*), aseguraos de que los adultos como quien oye llover, o ni siquiera saben qué es lo que ven, porque la última vez que pasó algo así fue hace cuatrocientos años, así que si veis que no hay otra solución más que apoyaros en vuestro *noujau*, entonces debéis hacer lo siguiente:

Corred por toda la orilla y gritad en los oídos de los bañistas hinchados

y languidecientes en la arena y rojos como un cangrejo: «Señor, por favor, señora, por favor, hagan el favor de levantarse, que viene el tsunami», no os sorprendáis lo más mínimo si nadie se levanta, sino que justo al revés, todos siguen languidecientes y piden un cóctel en la barra del bar flotante, y a ti te ahuyentan como a una mosca descarada y molesta, diciendo que maldita sea, ni aquí puede uno estar tranquilo, entonces tenéis dos opciones a elegir:

a) avanzáis más allá, cada vez más adentro hacia el interior del país, hasta que de pronto llegáis a una encrucijada de tres caminos, pero vosotros, que tenéis el *noujau*, sabéis exactamente qué camino elegir, aunque de improviso no se me viene a la cabeza, pero seguro que al final de la clase sí, recordádmelo, o sea, como iba diciendo, seguís adelante por el camino elegido sin mirar atrás, hasta que de pronto llegáis al pie de una montaña inverosímilmente alta, allí buscáis el telesilla más cercano y subís tranquilamente hasta la cumbre, donde no incordie ni el sol ni el viento y allí «os daréis cuenta de que vuestro callado corazón no arde más, no lo ataca una nueva pasión», por lo que temporalmente os llena una melancolía sin fondo, pero creedme, será perfecto, y el tsunami verá que todo ha sido en vano, no hay nada que hacer, tendrá que largarse y volverse de donde vino, y milagro, se vuelve, con las orejas y la cresta caídas, porque le resulta un poco incómodo, dado que se ha inflado de fuerzas y no ha conseguido asolar todo el país, y entonces surge de pronto un doble arcoíris y los animales pueden por fin abandonar el arca;

o bien

b) coged la tabla de surf y subid hasta que alcancéis la altura en la que la ola se encrespa, pero aún no se invierte, colocaos para deslizaros y cuando cuelgue la cresta y forme un tubo espumeante, entonces situaos en el tubo y sin ahorrar energía, venid día y noche, y cuando dejéis Cleveland, entonces girad a la izquierda y desde allí, como dicen los ingleses, *you can't miss it*, no puede uno perderse. Y entonces, ¡largo, tsunami!

3. Si sientes que te traga un remolino, debes hacer lo siguiente:

Te dejas arrastrar hacia abajo, hasta que esa bestia quiera, tú haces como si no te interesara lo más mínimo, no pataleas, no haces tonterías, no intentas oponerte, ni te mueves, no sea que te hagas definitivamente objeto de burla y reveles a la vez tu horrible indefensión y soledad, sino que tranquilamente bajas dando vueltas en espiral como un caracol, cada vez más profundo, mientras reflexionas tranquilamente:

—qué hubiera pasado si a Csabi Füzessy no le hubieras clavado el compás en el ojo, si hubieras aprendido Física como Bandi Hamza y ahora supieras qué narices está pasando, si no hubieras invitado a casa a toda la clase mientras tus padres esquiaban en Gstaad y no os hubierais bebido todo el güisqui de tu padre, por culpa del cual os pusisteis todos a vomitar pringando la nueva alfombra persa, si no le hubieras hecho la

zancadilla en el rellano de la escalera a la malvada señora Bauer y no le hubieras dicho que mejor hubiese sido si se hubiera quedado en Auschwitz (claro que aún no sabías qué era eso), si le hubieras confesado a Ildi Tóth que en tu vida habías visto a una chica tan guapa y que se te cortaba el aliento en cuanto ponía un pie en el aula, que harías cualquier cosa por ella, hasta le darías tu colección de ciervos volantes si se dignara a dirigirte una sola palabra, en lugar de llenar todos los días su cuaderno de garabatos, robarle la merienda e idear las gamberradas más escogidas contra ella, para que al menos te odiara, ya que amarte no te amaba, que qué habría pasado si no hubieras seguido al tío que te dio delante de la escuela un sello para que te lo pusieras en la lengua y después todos los días lo repetíais de nuevo porque era genial, completamente genial, hasta que dijo que a partir de entonces solo lo daba por dinero, y como tú no tenías, debías conseguirlo a cualquier precio, y el precio fue bastante alto, cuántas veces tuviste que helarte en la calle y soportar los chupeteos repugnantes, con los pantalones bajados, pero después mereció la pena, qué habría pasado si ni siquiera hubieras nacido y si habría sido mejor así o si acaso habría sido mejor no haber nacido judío, y entonces no te insultarían continuamente en la clase, y eso que ni siquiera sabes qué es un judío, solo por el tono con lo que lo dicen sabes que es una putada; así pues, puedes reflexionar tranquilamente sobre todo eso mientras el remolino te arrastra hacia abajo y cuando sientes que no hay más sobre lo que reflexionar y se te acaba el aire, y encima has llegado al fondo del cauce del río y tocas con los pies descalzos el pegajoso fango, entonces, niños míos, de pronto, ¡largo!, voláis hacia arriba como un misil, en la misma espiral que hacia abajo, sentiréis la diferencia de presión en vuestros oídos, por eso llevad siempre en los bolsillos un caramelo y así, sin tener que hacer nada más para mejorar vuestra situación, de pronto estaréis arriba, en la superficie del agua, y el aire irrumpirá violentamente en vuestras fosas nasales, en los pulmones, acompañado de un poco de agua, por lo que aunque tosiendo y estornudando volveréis a estar en la tarde veraniega, resplandecientemente dorada por el sol, y todo será como si solo hubierais tenido un mal sueño.

4. Si ves que tu hombre se prepara a machacarte con un atizador, debes hacer lo siguiente:

Con toda tranquilidad, sin precipitarte, sacas tu set de maquillaje y te aplicas sombra de ojos Revlon [*Grosses bises*], te pintas las pestañas [*Cover Girl, Fantastic Lash, waterproof*], te empolvas el cutis y la frente para que no brille como la lámpara de calabaza de Salomón, te aplicas la barra de labios [*Prescriptives, Ultrachic/13*], te pones tras las orejas unas gotas de Chanel Número 5, te cardas un poco el pelo y con suaves toques, como de gatito, lo golpeas por detrás para que adquiera su forma definitiva, te metes en tu arrebatador traje de *shantung* que pillaste en las

rebajas de primavera, su color va salvajemente bien con el de tus ojos y tu cabello, miras en el bolso por si está todo (llave, abono, testamento), te giras tranquilamente en la puerta y le sueltas a tu hombre:

«Cielo, con gusto pasaría contigo el resto de la tarde, pero desgraciadamente tengo que irme porque he quedado con el joven que el otro día, cuando llevaba horas esperando a ese maldito autobús 6, se presentó de pronto en la parada con su descapotable deportivo rojo fuego, y amablemente me preguntó: "¿Puedo acercarla a algún lado, señora?". Y entonces yo, necia papanatas como soy, le contesté: "Se lo agradezco mucho, pero desgraciadamente voy con prisa". Sin embargo, ahora dispongo de tiempo, tenemos toda la noche por delante. Los callos están en el fuego, querido, solo tienes que encenderlo. Chao. Si me buscan, estoy follando».

Y después, con pasos decididos pero no apresurados, te vas a la escalera, bajas haciendo zigzag y sales por el portal a la suave noche de luna. Lo demás os lo dejo a vosotras, según el temperamento de cada una.

*

(Por desgracia, aquí se interrumpen mis apuntes, porque después de esta clase, la señora de Tenkes no volvió más a la escuela. Lo vivimos como una horrible desgracia. Perdimos a nuestro héroe, a nuestro líder, a nuestro guía. Y además no sabíamos cómo tomarnos aquello. Intentamos preguntar por ella, pero solo recibimos respuestas esquivas, brumosas. Después se me ocurrió algo que la señora de Tenkes había dicho en la clase, que el saber, la facultad de transmitir el *noujau*, era una cosa, y la facultad de aplicarlo, otra completamente diferente, y que esa diferencia determinaría nuestra vida. Y entonces, quién sabe por qué, me surgió el lóbrego pensamiento de que seguramente determina también nuestra muerte.)

Geografía-Biología-Historia

Madame de Merteuil empieza una nueva vida

> «Razones de peso y ciertas consideraciones que es obligado respetar nos obligan a poner aquí punto final. En las circunstancias actuales no podemos sacar a la luz ni el destino ulterior de la señorita Volanges, ni los lúgubres acontecimientos que han afligido a la señora de Merteuil y que han completado su depravación y su castigo. Quizás llegue el día en el que los obstáculos desaparezcan y podamos acabar esta obra, aunque no asumimos ninguna obligación para ello».
>
> Choderlos de Laclos, *Las amistades peligrosas*, 1784

Hacemos pública la continuación de la correspondencia, siguiendo el principio de la edición anterior, eliminando los fragmentos no relevantes. Consulte el archivo Echelon.org para la documentación completa.

Carta 176
Date: 4 April, 2001
From: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>
To: «polluelos» <polluelos@fiv.com>

¡Polluelos míos, no hagáis el tonto! ¡Si no salís todos sin falta, voy a hacer algo que hará llorar al rinoceronte de Valmont! Oídme todos, del primero al último, ¡no hay perdón!
Vuestra madre

Carta 177
Date: 10 April, 2001
From: «Vizconde deValmont» <vizconde@hotmail.com>
To: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>

Preciosa: Malta no está nada mal y Danceny sigue comportándose muy bien. La suma que le ofrecí ese ominoso día parece que ha surtido efecto. Ciertamente es un buen detalle de papá el haberme dejado toda esta

fortuna, así al menos, si me presionan de mala manera, tengo con qué chantajear a mis semejantes. Y es que la aristocracia tiene sus ventajas, solo si no hubiera que participar en esos horribles encuentros «Blue Blood International», me ponen malo.

¿Cómo es Ámsterdam? ¡No coma demasiado queso! En serio, tiene que cuidarse, no debe arriesgar su salud y su tranquilidad por nada. ¡Tiene que lograrlo! Y entonces no solo le tomaremos el pelo al mundo afirmando que a pesar de sus bobas creencias, vivo y florezco, gracias a la gran mentira del pequeño Danceny, sino que además me reproduzco, y lo hago a distancia. Que esto no es un *tour de force*, y como sabe, me gustan las bonitas soluciones...

Cuídese, ahuyente a los galanes de una vez.

Besos ardorosos.

V.

P.D.: ¿Qué han dicho, hay que mandar más material?

Carta 178

Date: 10 April, 2001

From: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>

To: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>

Estimado vizconde, es usted verdaderamente insoportable. ¿De qué galanes habla? Pero ¿quién querría acostarse con una mujer tuerta y picada de viruela? Me adula como si fuera su amante —pero reconozcámoslo—, *técnicamente*, eso no se corresponde con la realidad. No vendría mal que tuviera presente que realmente nunca me ha tenido, así que no se haga ilusiones. Y, ojo, que alguna vez me voy a enfadar en serio, justamente ahora estoy de un humor de perros. Pienso yo que es por las hormonas, aunque tampoco es que sea algo que no cuadre conmigo. Hablando de las hormonas: los pechos se me han hinchado al doble de su tamaño. Usted seguro que lo disfrutaría (vamos, de la visión, claro), pero a mí me disgusta, están continuamente estorbando. Y eso que aún no ha pasado nada —¿qué sucederá cuando haya un resultado? Es lamentable pensarlo, pero todo sea por los objetivos sagrados, *n'est-ce pas?*—. A fin de cuentas a los cuarenta y cinco años una no debe estar por ahí, dando tumbos.

Ámsterdam es un lugar agradable, tranquilizador, justo lo que necesito. La gente es amable (pero aburrida), y lo más importante: no me conocen, no saben quién soy. En mi situación ¿necesito algo más? Pues claro que sí... después de un tiempo he empezado a echar horriblemente de menos París, las veladas, los bailes, la Ópera, los chismes, las intrigas. Para ser sincera, aquí me muero casi de aburrimiento. Pero sé que debo tener

paciencia, solo que es justo eso lo que nunca he tenido, y usted es quien mejor lo sabe, querido vizconde.

Más allá de los polluelos, no me comunico con nadie, solo con Saskia, la asistenta, que asegura que es pariente de Rembrandt, la chica está completamente loca. Es una suerte el haber podido salvar al menos los diamantes y esa poca plata, así al menos tengo con lo que pagar a una asistenta, ya que mi engreído personal no estuvo dispuesto a seguir compartiendo su destino conmigo. Maravilloso, ¿no?, que nos juzguen las criadas...

Respondiendo a su pregunta, por el momento no es necesario ningún otro envío, ya que una parte del último lo han congelado. Guarde lo demás para los tiempos de penuria... o (ya lo tengo calado) haga con ello lo que quiera, pero con la prudencia adecuada. Es una orden.

M.

Carta 179

Date: 11 April, 2001

From: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>

To: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>

Preciosa, ¿cómo puede decir eso? Usted siempre será mi joya, sería capaz de sumergirme feliz en el verde marino del ojo que le queda. Sea lo que sea lo que nos depare el destino —y a usted ya le ha tocado bastante —, siempre será para mí la que fue: mi otra mitad insoportable, inaguantable, depravada hasta la médula, excitante, atractiva e imprescindible. Sin usted la vida no vale un pimiento, si no puedo languidecer por usted, si no tengo por quién bravuconear, presumir, jactarme por lo que he hecho, si no tengo a quién desafiar, y si no hay quién me riña así, para que lo tome en serio y duela, entonces para qué vivo, y sobre todo: ¿para quién?

Cuidarme, naturalmente, me cuido, sé tú misma mi preservativo, oh, mi diosa, (bueno, uso también otra cosa) ☺

Besos de parte de Danceny,

y yo la adoro, inconmoviblemente.

V.

P.D.: Ayer estuvimos en una cata de vinos, la organizó la Orden de los Caballeros; los vinos aquí son bastante decentes.

Carta 180

Date: 15 April, 2001

From: «Cecilia Volanges» <cevol@kkglobal.com>

To: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>

Querida señora:

Disculpe que haya estado tanto tiempo sin escribirle y que con eso haya causado la impresión de que también yo he estado de parte de los que la han juzgado, apartado y expoliado de manera tan lamentable. He oído todo tipo de noticias, pero desde el convento en el que, como sabe, me recluí tras los acontecimientos, no tenía la menor posibilidad de escribir. Por mi parte no he creído ni un solo instante esos chismes malintencionados que se han extendido sobre usted, y que han causado su desgracia. He oído también que ha tenido que huir al extranjero y que hasta su familia la ha maldecido y desheredado. Son cosas horribles y aunque con retraso, acepte mi más sincera compasión. He oído también sobre la horrible muerte del vizconde Valmont —que me ha entristecido especialmente, porque a pesar de todo, es un hombre singular y de cualidades únicas—, así cómo que Danceny, por lo que parece, ha viajado a Malta. Me encantaría si pudiera recibir alguna noticia de usted, si me dijera cómo está, cómo sigue su vida, y si estas noticias son ciertas.

En cuanto a mí, nada más que he dejado el convento, incluso Francia, y he emigrado a América para empezar una nueva vida. Lo más atrayente de este país siempre ha sido que los emigrantes puedan dejar a sus espaldas el pasado y las historias no deseadas del Viejo Mundo y forjarse un nuevo destino como nuevos hombres, nuevas personalidades. Tras varios meses de incertidumbre y vicisitudes, he conseguido encontrar un trabajo excelente en una empresa de contabilidad famosa internacionalmente (Kantor & Kennedy), para la que me hacen apta mis conocimientos adquiridos en la escuela, antes del convento. Así que ahora vivo en Nueva York, tengo un piso encantador en Greenwich Village y un perro muy simpático. Disfruto la vida de soltera y, lo reconozco, no echo de menos a mi familia ni lo más mínimo. Como sabe, mi madre ejercía sobre mí un espantoso terror psíquico, y soy feliz por haber conseguido librarme. Vivo mi propia vida, que será tal y cómo yo la haga. Es un saber que llena de alegría.

Por favor, escríbame cuanto antes, si no se ha enfadado mucho conmigo por no haberme puesto en contacto con usted.

Le saluda con su antiguo cariño,

Cecilia (o como me llamaba antaño: Ceci)

P.D.: No se preocupe, su dirección de e-mail sigue siendo secreta, pero tengo aquí un amigo que trabaja en cierta empresa en la que puede averiguar las direcciones secretas de la web; la persona en cuestión me debía un favor. Espero que no le moleste.

Carta 181
Date: 16 April, 2001
From: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>
To: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>

Valmont, mi cielo, no va a adivinar quién me ha escrito: ¡Ceci! ¡Sí, nuestra devota, tontorrona y chambona Ceci! (Le adjunto su carta.) ¿Qué me dice? He estado un día entero, total, pero *totalmente* desquiciada, solo porque haya podido averiguar tan fácilmente mi dirección de correo secreta. Esto da ciertas razones a la paranoia, ¿no? Es que es una locura, ¿no? Es que es asombroso, ¿no? Es que esto me desquicia, ¿no?

Nuestra Ceci, por lo que parece, ya no es devota, ni tontorrona, ni desde luego chambona. Al contrario. Vamos, que ha vuelto bien chula. Ojalá tuviera yo un empleo como el suyo. Aunque a la mierda eso de tener un empleo, vaya cosa tan ordinaria. Dios me libre de verme en la obligación de algo así. Disculpe, ya lo sé, que deje en paz a Dios, no tiene nada que ver. Es solo una charla colorida, cariño, no se ponga nervioso. Como eso de que se lo lleve el diablo. O que es tan tonto como una regadera. O que quien siembra vientos recoge tempestades. Podría yo contarle.

Por lo demás estoy bien, los polluelos tranquilos. La próxima semana, revisión.

M.

Carta 182
Date: 17 April, 2001
From: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>
To: «Cecilia Volanges» <cevol@kkglobal.com>

Querida Ceci, cielo, mi Ceci:

¡Qué sorpresa! Es más, ¡qué sorpresa tan agradable y alegre! Ya no tenía la esperanza de oír alguna vez de ti, por un lado a causa del convento, por otro, a qué negarlo, pensaba que si te habías enterado de los acontecimientos, tú también pensarías como los demás. Debería haber sabido que no te ibas a dejar arrastrar por la corriente, que mi pequeña Ceci es bien lista. Y qué decisión tan inteligente fue América, no puedo más que felicitarte por ello.

Por lo que se refiere a las noticias: Danceny realmente se ha ido a Malta y, por supuesto, te alegrará escuchar que está bien y ha ingresado en la Orden de los Caballeros. Uno creería que estas cosas hoy en día han pasado de moda, pero no, por lo que parece es muy práctico mantener tal institución, en la medida en la que le llueve el dinero de distintas asociaciones caritativas. La segunda parte de tu pregunta es más tramposa,

por ser un secreto de siete sellos. Pero vas a mantener el secreto por nuestra vieja amistad (¡tampoco vas a revelar mi dirección de e-mail secreto a nadie, *¿verdad?!*). A mí también me haría bien si por fin pudiera hablarle (o sea, escribirle) a alguien sobre ello, porque ya me estoy volviendo loca con este silencio obligado (yo, para quien la vida es el chisme, el remover la mierda y lo demás). En una palabra, ¡Valmont vive! Lo que es más, con la ayuda de Danceny huyó de incógnito a Malta. No pudimos viajar juntos, habría llamado demasiado la atención, así que ellos allí, yo aquí, intentamos sobrellevarlo hasta que pase la tormenta sobre nuestras cabezas. «Nos sumergimos y lo sobrellevamos», como solía decir ese conde húngaro, ¿como se llamaba?, siempre que perdía a las cartas una parte considerable del patrimonio familiar. Era un tipo simpático, aunque un poco conservador en la cama.

Hay otro secreto también, pero definitivamente, no me gustaría escribir sobre él, no porque no confíe en ti, querida Ceci, sino porque no quiero vender la piel del oso antes de cazarlo. Quizás después pueda revelártelo.

Escribe siempre que puedas, espero feliz tus noticias.

Tu querida amiga.

M.

Carta 183

Date: 18 April, 2001

From: «Caballero Danceny» <keanu@ordendecaballeria.mt> To: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>

¡Dios Santo, Madame! ¿Es posible? ¡¿Nuestra pequeña Cecilia en América?! Siempre le digo a Valmont que me crea, los caminos de la Providencia son inescrutables, pero se ríe y dice que no sabe nada de la Providencia, y que lo que hay, es verdaderamente un gran mejunje. ¿Cómo se puede vivir así? Le compadezco, al pobre. Me ha hecho infinitamente feliz con su carta, Valmont me ha dado la buena nueva de inmediato, porque tiene el corazón en su sitio, el viejo zorro, aunque algunos insistan en que no tiene corazón en absoluto. ¿Cómo se puede decir algo así de alguien? ¡Qué cosa tan lamentable y hereje! Yo ya le he perdonado todo a Cecilia y desde hoy mismo, mi único deseo es verla de nuevo.

Espero, consumiéndome, más noticias de nuestra pequeña hada, y naturalmente también de usted, querida Madame.

Un beso ardoroso en su mano.

Danceny

Carta 184

Date: 23 April, 2001
From: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>
To: «polluelos» <polluelos@fiv.com>

Cuidaos, polluelos, ¡toca revisión! Todos tenéis claro, ¿verdad?, que se trata del quinto intento y *rien ne va plus*. Así que ahora o nunca, ¿entendido? Que cada cual lo haga lo mejor que pueda. Estiraos, tú, ahí atrás, ¡el de jersey rojo! Vista a la derecha, ¡Ar!

Un beso.

Mamá

Carta 185
Date: 24 April, 2001
From: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>
To: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>

The eagle has landed!

Carta 186
Date: 25 April, 2001
From: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>
To: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>

Ay, querida, sé que debería saberlo, pero ¿qué significa esto? Lo he olvidado. En vano, mi cabeza no funciona como antes. Por favor, no se enfurezca, ¿vale?

V.

Carta 187
Date: 25 April, 2001
From: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>
To: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>

Tú, maldito, prefijo de negación, triángulo de las Bermudas, agujero negro, tonto, rematadamente idiota, chulo mental, relleno de medusa, corto de entendederas, ceporro rebuznante. ¡¡¡Te estoy viendo!!! Significa lo que acordamos en su día —uno debe elegir mejor con quién conspira —, que los polluelos, los tres, ESTÁN, ESTÁN BIEN, ¡¡¡VIVEN Y FLORECEN!!! O para los más lerdos, ¡que por fin lo hemos conseguido!

Cielo santo, espero que no salgan a usted porque por esas habría que

meterlos donde ya sabe. Nada, se puede usted alegrar. Mi joya de Vizconde.

M.

P.D.: He decidido ser buena persona.

Carta 188

Date: 25 April, 2001

From: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>

To: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>

Querida:

Lo de *tonto* me ha dolido, no habría sido necesario. Con todo, estoy infinitamente feliz, ya ni me atrevía a tener esperanza. Lloro. Hace cuarenta años que no lo hago, es una extraña sensación. Por ejemplo, salada. Con todo, espero que lo anunciado en su posdata no vaya en serio. Sería un vuelco tan infinitamente soso…

Por favor, cuídese cada vez más, puesto que a partir de ahora somos cinco. (Ay, a veces me embarga el pánico por si no se trata de una decisión precipitada).

Su agradecido, amante, angustiado y bobo Vizconde.

P.D.: Ayer estuvimos en un torneo organizado por la Orden de los Caballeros. Danceny lo hizo muy bien, solo que al final se le enganchó un diente en la visera del yelmo, se le rompió y cayó al suelo. Le dije que lo lleváramos con nosotros, por si podemos volver a colocarlo en su sitio, pero se encogió de hombros. Simplemente perdió el diente y la vida. Desde que hemos recibido noticias de Ceci, se le puede pedir que salte al fuego, no le interesa nada más. Además, ha mencionado en varias ocasiones que va a salirse de la Orden de los Caballeros y va a viajar a América. Se nos ha vuelto un chiflado, el chico.

Carta 189

Date: 30 April, 2001

From: «Saskia Rembrandt» <saskia@spygames.com>

To: «Direction Centrale Police Judiciaire» <info@depj.fr>

Muy señores míos:

Aún no he conseguido reunir pruebas contundentes sobre la persona vigilada. Su identidad continúa siendo incierta, pero ya tengo una pista. Solicito aún su paciencia.

Saludos camaraderiles.
D-305

Carta 190
Date: 15 Mayo, 2001
From: «Caballero Danceny» <keanu@ordendecaballeria.mt> To: «Cecilia Volanges» <cevol@kkglobal.com>

Mi única y querida Cecilia:
Desde que hemos recibido noticias de ti apenas puedo dormir. Tengo ojeras bajo los bellos ojos oscuros que tanto amabas. (Por desgracia mi sonrisa tampoco es ya la misma, es que se me ha roto un incisivo). No puedo pensar en nada más que en poder verte cuanto antes. Si tú también lo quieres así, mandaré al quinto pino la Orden de los Caballeros y volaré a América contigo. ¿Qué opinas? ¿A que no te disgusta que te haya escrito? ¿A que no te disgusta que te ame? ¿A que no te disgusta que se me haya roto un diente? Ya sé, en América todo el mundo tiene la dentadura perfecta, si quieres, me la arreglaré (aunque no resulte nada barato). Me escribirás, ¿a que sí? Me amas, ¿a que sí que sí?
Tu esclavo eterno.
Danceny (si aún recuerdas al portador de este nombre)

P.D.: Kantor & Kennedy, vaya, te felicito, me imagino que te llueve la pasta. La Orden de los Caballeros, por desgracia, paga bastante mal, aunque la pitanza y el mono es gratis, y además nos llevan a catas de vino.

Carta 191
Date: 20 May, 2001
From: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>
To: «polluelos» <polluelos@fiv.com>

Polluelos míos, ¿no hay ningún problema? Siento algo raro. Puede que sea solo la gripe que se me ha agarrado al estómago. Estoy preocupada.
Maman

Carta 192
Date: 25 May, 2001
From: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>
To: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>

Mi vizconde, no quería preocuparle innecesariamente (y sé cuánto aborrece y le espantan los problemas corporales), así que he esperado al resultado de la última revisión. Me sentí rara hace varios días y tuve unos sospechosos manchones marrones —bueno, no voy a entrar en detalles, ya sé cómo odia estas cosas—. Presintiendo lo peor, he pedido cita extraordinaria para una ecografía y lo que me temía ha resultado cierto: hemos perdido a un polluelo, ya no piará más. Así que solo han quedado dos, *and the there were two*, y nosotros cuatro. Estoy destrozada. La bondad prometida (un poco a la ligera) me impide delirar, no puedo canalizar mi furia. Creo que voy a ir a terapia, así la situación es insostenible.

M.

Carta 193

Date: 25 May, 2001

From: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>

To: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>

Querida mía, preciosa:

Estoy amargado, abrumado. Pero piense que aún tenemos los otros dos polluelos, debemos alegrarnos, *think positive*, como dicen los tarugos de los yanquis. Ojalá pudiera estar allí, ojalá pudiera consolarla personalmente. Quizás me permitiría incluso meterme en su cama —bueno, bueno, perdón, solo quería animarla—. En una palabra, arriba con los ánimos y si es necesario, no importa, vaya a terapia, ya se la financiaré yo. Yo ser un Caballero del Grial. Yo ser un tipo simpático. «Yo ser un osezno con el corazón de oro y respingadamente respingado». No se aflija, todo está bien.

Su donante que la ama.

Carta 194

Date: 30 May, 2001

From: «Cecilia Volanges» <cevol@kkglobal.com>

To: «Caballero Danceny» <keanu@ordendecaballeria.mt>

Querido caballero mío:

Llevo dos semanas cavilando si responder a tu carta. Después me he dado cuenta de que no puedo seguir aplazando la respuesta, porque mi corazón me lo ordena. Sí, sí, sí, sí y mil veces sí: te amo todavía, en vano intento negarlo. Aunque tal vez sea aún pronto para un reencuentro, necesito algo de tiempo para digerir todo esto, y también la soledad para poder cumplir en mi trabajo, lo que me exige bastante aporte de energía,

el ritmo es frenético, todos quieren superar al otro para ser el Trabajador del Año. Creo que lo entiendes. Así pues, en mi opinión, lo mejor sería que esperáramos todavía unos meses, después volvamos al asunto. Ahora me voy corriendo, me esperan los clientes.

Millones de besos de tu nueva y antigua Cecilia.

P.D.: Hazte el diente sin falta, aquí ciertamente no se estila ir así.

Carta 195

Date: 10 June, 2001

From: «Saskia Rembrandt» <saskia@spygames.com>

To: «Direction Centrale Police Judiciaire» <info@depj.fr>

Muy señores míos:

He conseguido identificar algunas piezas de la plata que busca la policía, sin embargo, por el momento no encuentro los diamantes. La identidad de la persona en cuestión es cada vez más segura.

Pronto tendrán noticias mías.

D-305

Carta 196

Date: 17 June, 2001

From: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>

To: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>

Mi vizconde, estoy preocupada. Saskia, mi asistenta (sabe, la maniática de Rembrandt), se comporta de manera más que sospechosa. Durante el lustrado de la plata entrecerraba de manera extraña los ojos. Además últimamente me viene preguntando si yo, como dama tan distinguida, suelo llevar diamantes. Por supuesto, los diamantes están ocultos en una caja fuerte secreta. Sería una pena tener que librarme de la chica, limpia a conciencia y es tan difícil encontrar sirvienta hoy en día… Me andaré con pies de plomo. No permitiré que se huela que desconfío de ella.

M.

Carta 197

Date: 29 June, 2001

From: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>

To: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>

Los continuos nervios y el estrés han acabado por cobrarse tributo: *and then there was one*. No entro en detalles, sería demasiado doloroso. Creo que tengo que desaparecer urgentemente de aquí. Seguro que Saskia trabaja para la policía francesa. ¡Cómo he podido ser tan idiota! Estoy hasta el moño de la bondad. Debo encontrar un nuevo escondrijo por mi seguridad y la de mi único hijo. No hay problema, odio los idiotas molinos de viento y los tulipanes son sencillamente ordinarios.

M.

Carta 198

Date: 1 July, 2001

From: «Cecilia Volanges» <cevol@kkglobal.com>

To: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>

Querida amiga:

Aunque tu carta (gracias por proponer el tuteo) me da serias razones para preocuparme, me has hecho infinitamente feliz con ella. No sé cuáles son esas circunstancias nefastas que te obligan a abandonar urgentemente tu actual lugar de residencia, pero saltando de alegría te digo que sí: naturalmente estaría encantada de verte de nuevo, puedes venir cuando lo desees, la puerta de mi casa estará siempre abierta para ti. Es lo menos que puedo hacer para expresarte mi gratitud ante tantos buenos consejos y la preocupación maternal que he recibido de ti. Por favor, infórmame del vuelo en el que llegas, iré a recogerte al aeropuerto. ¡Estoy deseando verte de nuevo!

Mil besos.

Tu pequeña Ceci

Carta 199

Date: 10 July, 2001

From: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>

To: «Mme. de Merteuil» <mme@spinoza.nl>

Querida mía, mi única joya:

¡Estoy tan preocupado por usted! Estaría dispuesto a expiar todos mis pecados —si hubiera ante quién—, si con eso pudiera afianzar su seguridad. Solo puedo esperar que ahora, después de haber arreglado con tanta destreza la cuestión del visado, no tenga problemas mañana en el aeropuerto. Por primera vez en mi vida me estremezco por otro —puedo decir que es un sentimiento especialmente embarazoso, espero no volver a sentirlo. (Aunque dicen que es algo que va con la cría de polluelos)—. Infórmeme tan pronto como llegue.

Papá V.

Carta 200
From: «Cecilia Volanges» <cevol@kkglobal.com>
To: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>

Querido vizconde preocupado (¡qué conmovedor!): ¡he llegado felizmente (o sea, *hemos* llegado)! Me he deslizado sin problemas por la frontera, tanto en la salida como en la llegada, mis documentos eran de primera clase (me costó un diamante de menor tamaño). Ceci es un ángel (en lo sucesivo escribo desde su correo, es más seguro), me esperaba con todo un banquete y hace todo lo posible para que esté cómoda (incluso ha echado a ese asqueroso bicho peludo). Retiro todo lo que dije en su día sobre ella. Tiene un pisito encantador con un cuarto de invitados, ahí vivo yo, aunque me ofreció que cambiáramos, pero le dije que ni hablar (ya habrá tiempo más tarde).

Aquí hace ahora un calor húmedo insoportable, pero qué importa, lo principal es que me he librado de Saskia y de esas tierras bajas cortas de miras. ¡Viva la ciudad excitante, hirviente y pecaminosa! ¡Por fin estoy en mi salsa! ¡Por fin puedo sacudirme el pasado y empezar una nueva vida!

Un diluvio de besos.
M.

Carta 201
Date 15 July, 2001
From: «Direction Centrale Police Judiciaire» <info@depj.fr>
To: «Saskia Rembrandt» <saskia@spygames.com>

Por decisión de la Central anunciamos que desde el día de hoy eximimos de todas sus obligaciones a la agente D-305 y la desvinculamos de la Empresa.

No hay posibilidad de apelación.
Coronel H. R. Poirot

Carta 202
Date: 1 August, 2001
From: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>
To: «Cecilia Volanges» <cevol@kkglobal.com>

Queridas chicas, nuestras perlas:

Danceny y yo hemos decidido que no lo aguantamos más y nos vamos a unir a ustedes en Nueva York. Pensamos que ya ha pasado el tiempo suficiente para poder hacerlo con toda seguridad. Danceny va a salirse de la Orden de los Caballeros y en cuanto pueda organizar el «papeleo» (más el tratamiento odontológico), nos pondremos en marcha. Nos supondrá aproximadamente un mes. ¿Qué opinan? Están de acuerdo, ¿verdad? Lo suplicamos, ¡no laceren nuestros pobres y torturados corazones con una respuesta negativa!

V & D

Carta 203

Date: 5 September, 2001

From: «Cecilia Volanges» <cevol@kkglobal.com>

To: «Caballero Danceny» <keanu@ordendecaballeria.mt>

Querido caballero mío:

Me ocuparé de alquilaros un piso, os alojaréis a un par de manzanas de nosotras. Estoy tan emocionada que apenas puedo concentrarme en mi trabajo, así que puede que no sea yo el Trabajador del Año. Pero ya no me importa, lo principal es que estaréis pronto aquí y podremos vivir como una familia repleta de amor.

Ahora me voy corriendo, que me esperan las operaciones opcionales o qué se yo.

Te quiere, te quiere (¡y te espera!).

Cecilia.

Carta 204

Date: 6 September, 2001

From: «Cecilia Volanges» <cevol@kkglobal.com>

To: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>

Vizconde, debo comunicarle algo urgente. Tenemos una nueva asistenta, se llama Martina, es checa y afirma ser sobrina de Andy Warhol. Limpia de maravilla, no nos gustaría librarnos de ella, pero ahora ya desconfío. No creo que convenga volar directamente a Nueva York, así os podrían seguir la pista fácilmente. Idee una solución alternativa, confío en su capacidad de improvisación.

M.

Carta 205
Date: 8 September, 2001
From: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>
To: «Cecilia Volanges» <cevol@kkglobal.com>

Queridas, no se preocupen, hemos ideado un plan diabólico. No volamos a Nueva York, sino a Boston, de allí directamente a Los Ángeles, a casa del tío americano de Danceny, que es un magnate del cine de Hollywood. Dice que le gustaría llevar a la pantalla nuestra historia, mi papel, por ejemplo, lo haría Malkovich, creo que es una fantástica elección. Estaremos allí despanzurrados durante una semana, después iremos de vuelta a Nueva York y así, previsiblemente, *les* daremos esquinazo. Sé que esto significa que solo podremos encontrarnos con varios días de retraso, es desgarrador, pero la seguridad es lo principal.

Ya tenemos las reservas: a Boston llegamos con el vuelo BA 705, el 11 a las 7 de la mañana —con una conexión perfecta—, a las 8:14 seguimos con el vuelo 175 de United Airlines hasta L.A. De allí, el 18, caeremos con el corazón quebrantado en vuestros brazos. No digo número de vuelo ni hora, que sea una sorpresa, llamaremos dos veces, como el cartero, jejé.

¡Hasta la vista, mis ángeles!

¡Estoy tan nervioso que *no soy dueño de mí mismo!*

V.

Carta 206
Date: 10 September, 2001
From: «Cecilia Volanges» <cevol@kkglobal.com>
To: «Vizconde de Valmont» <vizconde@hotmail.com>

Querido mío, ¡enhorabuena por tan magnífica idea! Así ya me siento (algo) más tranquila. Ya estoy de los nervios, y además a la encantadora Ceci se le ha ocurrido que matemos el tiempo con algo, mañana por la mañana me va a llevar a la oficina, que está abajo, en la orilla, ¿sabe?, en las Gemelas. Dice que voy a flipar de la vista tan fantástica, trabaja en el piso 107. Vamos a ir antes de las nueve porque esta mujercita de negocios tan seria, tiene una reunión a partir de las nueve y media. Cuando vuelen a California miren por la ventana, por si ven cómo les hacemos señales a ustedes desde lo alto.

Bon voyage!

M.

La correspondencia se interrumpe aquí.

Responda a las siguientes cuestiones: ¿Es verdad acaso que «no hay esperanza»? ¡Expón con tus propias palabras qué significa el verso «el hombre es un huerto de diente de dragón»! En tu opinión, si como dice la canción, en el pueblo de Nagyabony se ven dos torres, pero en Milán se ven treinta y dos, ¿cuál prefieres ver? Argumenta a favor o en contra.

Matemáticas

Matemática de lo casual

Jeno" Cholnoky viaja a América con el conde Teleki. [¡Imagináoslo!] Viajan. Toman apuntes. Observan. [¡Tomad apuntes también vosotros! ¡Observad las cosas!] Después, Jeno", rememorándolo, afirma lo siguiente: «América del Norte solo está unida por casualidad con América del Sur». Puf. Podemos decir que, con esto, de golpe y porrazo, Jeno" funda la disciplina de la geografía aleatoria. Estamos en 1942. Acostumbrémonos, sugiere, al hecho de que lo casual se toma a grandes cucharadas, es lo que nos da en todos los morros. Así pues: no queramos a cualquier precio apoyarnos en la muleta pocha de lo inevitable. Dejémonos de explicaciones pseudocientíficas. Dejémonos de teología y teleología. No solo Colón acabó en América por casualidad, sino que, *noch dazu*, América está allí donde está también por pura casualidad. Ay, ay. Qué despiadado es Jeno". No deja ninguna escapatoria. Los continentes se separan, van un poco a la deriva, se mecen en los mares, y después, de pronto, hopp, y *fertig*. Hay que integrar lo casual, dice Jeno", si no, ¡adiós a la patria! En el momento en que escribe estas palabras estamos en 1942. Veamos qué ha sido del imperio azteca. Esto lo digo yo, con el espíritu de Jeno". A Cortés lo confundieron con Quetzalcoatl y al cielo con un contrabajo. Dios protector emigrante, la predestinación, y lo que sea. Luego ya no habrá nada que hacer. Y más tarde John Cage le puso música. [¡Tratad de escuchar una música casual!]. No es una música bella, pero sí interesante.

Uno y uno son dos. Aunque en ciertas circunstancias uno y uno es uno. Estas circunstancias podemos describirlas más bien con ayuda del concepto de lo casual. Hay el uno y uno que es dos, pero la verdad eso depende de que se sumen dos unos de los cuales tendremos dos en realidad.

Porque existen otros subcasos en los que dos unos se suman para dar uno. Es simplemente obra de lo casual. [Tiene incluso nombre, signo: A]. Es incalculable, es decir, que no se puede calcular. En las matemáticas casi todo se puede calcular, según Pascal lo casual también, y precisamente a eso lo llamó matemática de lo casual. ¿Y cómo sería la vida privada de Blaise Pascal? [¡Averiguadlo!]. Fotos privadas: Blaise Pascal en la playa, como una reflexiva brizna de paja (ciertamente está muy delgado el

pobre); Blaise Pascal haciendo su apuesta en el casino, *rien ne va plus!*, y empujando todas su fichas al cero; Blaise Pascal entre los brazos de la patrona del caserío vecino, ni él mismo entiende cómo, casi por casualidad; Blaise Pascal muriendo a los treinta y nueve años, y mientras tanto se da cuenta de que seguramente no todo lo casual es contable (eso solo se ve difusamente en la foto), pero ya no hay tiempo para rectificar. América del Norte y América del Sur, dos tortolitos siempre pegados uno al otro. Siempre, pero solo por casualidad y solo desde hace un tiempo. ¿Qué habría pasado si América del Norte hubiera acabado, digamos, junto a África? Por ejemplo, el comercio de esclavos habría prosperado increíblemente. Nos enseñan que la pregunta *qué habría pasado*, no tiene sentido. ¿Pero es así en realidad? [¡No dar nada por seguro! ¡Preguntar, preguntar!]. Y si es así, ¿acaso no corrobora esto el principio predominante de lo casual? No tiene sentido porque no se puede calcular. Uno y uno es uno. Aceptamos esto de alguna manera, es una ley de la vida, o expresémoslo con más prudencia: un tipo de ley de la vida. Pero después elevamos la apuesta, un nuevo problema: uno y uno y uno, ¿cuánto son? ¿Hasta dónde podemos graduarlo? ¿Hay, Señor, algún límite? ¿Dónde está el techo? Como diría el santo Job. ¿Existe un corazón roto en pedazos iguales que siga funcionando? América del Norte y América del Sur y África, así juntas. Ruega por nosotros.

Empaquetear, lo dice así, con e, porque *paquete* también tiene e, esa es la explicación. Me mira con sus ojos tártaros, incomprensiblemente azules. Seguro que habrá acabado aquí perdido de la decimotercera tribu, es probable que por casualidad. No hay otra explicación (¡Jeno”!). Solo que: ya llegará la sangre al río. Prefijos verbales descuidadamente dejados atrás, como echados sobre los hombros. No me como la parte repugnante e imposible de masticar de la gelatina de cerdo. Ridículo. (Irresistible). La señal distintiva de la persona objetivo es, pues: el relleno comprimido entre el verbo principal y el prefijo verbal (signo delator, como un lunar de forma especial). Pómulos orientales, salientes. La lengua fuera durante la reflexión. Así como una mirada penetrante, hasta la caja torácica, gracias a la cual uno se encuentra en *permanencia constante*, como diría Antón Pávlovich. Fuego inmediato tras la identificación. Más tarde ya es tarde. Da igual la situación en la que nos encontremos, siempre tenemos que imaginarnos que vemos. Creo que el hombre solo sueña para poder ver incluso entonces. Como diría Johann Wolfgang. Quiero ver. Quiero verte. Siempre, solo verte. Mirar, como casualmente, y ver lo que quise ver. Tus párpados oscuros se abaten pesados, como las alas de un murciélago. Como lo diría yo.

Bolas de billar de colores en una mesa de fieltro verde, posición inicial, recogidas en un marco triangular. El triángulo es signo de Dios. Es

también algo eventual, o sea, casual. ¿Porque no podemos decir con el mismo convencimiento que el signo de Dios es el paralelepípedo? ¿Verdad que sí? En cualquier caso, las bolas de billar descansan en el marco triangular. Aún puede pasar cualquier cosa; «reina el silencio liberador, aunque pesado, de la infinita posibilidad de combinaciones. Sube la luna nocturna desde detrás de una nube». Lenta y majestuosamente levantamos el marco, dejando las bolas en libertad. Apenas se mueven, como los durmientes al despertar, pero siguen agrupadas en forma de triángulo sobre el terreno de fieltro verde, aunque más laxas que hasta entonces. Aún saben que ese es su sitio. O mejor dicho, no saben todavía nada, solo están, se entretienen inconscientes como la pelusa. Y entonces viene el taco y la bola negra, el Big Bang de la vida. Carambolas vistosas, efectos, choques, deslizamientos infructuosos y, antes o después, vamos hacia el agujero negro que nos tragará a todos. Hay cuando una sola bola cae al agujero, hay cuando lo hace en compañía de otra, y también sucede, más rara vez, cuando son tres al mismo tiempo. Uno y uno y uno. ¿Verdad que el triángulo es signo de Dios? *Porque no podemos decir que no hay esperanza, si puede ser que la haya*. (Pero no es probable). Paralelepípedo. Silencio, solo el latir tenso del corazón mío.

Y después tenemos la ley de los grandes números. Según la cual la frecuencia de las caras y las cruces tiende a igualarse a amplios intervalos de tiempo. Y si alguna, digamos la cara, casualmente sale mucho, eso no aumenta las posibilidades de la cruz. Como diría Bernoulli. Esto es inadmisible: siempre hay que aumentar las posibilidades de la cruz, o si no la cara se va a destrozar, así como el corazón. Podredumbre. Como diría yo. Así que esto significa que si suceden cosas horribles en serie, no podemos afirmar que ahora debe llegar algo bueno. *Things have to get worse before they get better*, pero por desgracia esto tiene relación con otra ley. Estaría bien si se pusieran de acuerdo una con otra.

Cara, cruz, corazón, cara, cara, cruz, corazón, corazón, corazón, corazón, corazón, cruz, cara, cara, cara, cruz, cruz, cruz, cruz, corazón, corazón, cara, corazón, cara, cara, corazón corazón, corazón, cara, cruz, cruz.

Porque la medalla, en realidad, tiene tres caras, pero eso está claro solo para los avanzados, cuando ya es tarde para dejarlo. Aunque sean dos, o sean tres, siempre hay que elevar la probabilidad de la cruz, o al menos hay que esforzarse por ello, diga lo que diga Bernoulli. Que se vaya a tomar por culo Bernoulli. Que se convierta en un San Bernardo trasteando el barril de ron. Bernoulli no existe.

Yo, Simbad, le hago un favor al califa (suena, ¿verdad?), y este en agradecimiento me ofrece una chica de su harem. Las cien chicas del harem van a desfilar ante mí y yo puedo señalar a cualquiera de ellas,

indicando que la elijo, pero la que ya ha pasado, no volverá más. Así que hemos aprendido que si lo que busco es la belleza, la mejor estrategia para mí, Simbad, es si dejo pasar a treinta y una chicas y luego elijo la primera que sea más bella que la más bella de las que ya han desfilado. Además, se suele agregar que si no aparece ninguna así, pues entonces mala suerte, no se puede ganar siempre. Pero yo, Simbad, tengo varios problemas con esto. Si yo, Simbad, le hago un favor al califa, pues que el califa no me sea chabacano. Por que ¿qué es eso de que pueda elegir solo a una chica entre cien? ¿Y qué pasa si necesito dos? ¿Eh? Y además, que quien ya ha desfilado no puede volver. Que el simpático califa le cuente ese rollo a la madre de la bailarina de danza del vientre de Bagdad. Claro que vuelve. A veces ocurre. Se va, creemos que se ha ido, listo, paso, pasamos página, nos tomamos un tequila (con sal y limón), seguimos viendo la serie, telerrealidad, transcurre el tiempo, y puf, de pronto (generalmente 20-25 años después): está de nuevo allí. Y lo que es más, cuando ya había elegido a una, he dejado marchar a las primeras treinta y una, como debe hacerse, y he elegido a la más bella de las más bellas que han desfilado, y si no fueran cien, sino mil, entonces también la elegiría a ella. Y en ese momento llega esta otra, la que ya ha desfilado y que también resulta ser más bella que la más bella de las que han pasado. Y entonces, para mí, Simbad, ahí están las dos igualmente más bellas. ¿Y entonces qué pasa ahora? Ya ni siquiera me gustaría señalar que no siempre es posible ganar. Quizás podrían predicar con el ejemplo. Porque puede ser que el califa tenga cien chicas en su harem, sin embargo yo, Simbad, solo tengo una vida. (Y una muerte). Pero ahora lo intento. (Un salto mortal en un maillot rosa de patinadora).

Der Herrgott würfelt nich. A no ser que no sea así. ¡Albert, crece de una vez! Der Herrgott te ha tomado bien el pelo, era un jugador profesional de *blackjack* en Las Vegas, hasta que lo expulsaron. Y entonces se pasó al otro campo. Alrededor de mediados del siglo pasado lo expulsaron también de allí, incluso lo declararon fallecido hace ya mucho, pero sigue llegando su pensión. Alguien tendrá que devolver luego todo esto. Y con intereses.

Las pupilas secas de mis ojos arden por el calor del sol, yo, Simbad, que ahora soy mujer, en plena edad adulta he derramado todas mis lágrimas. Para ese problema uso gotas Visine. Tu densa melena de color herrumbre centellea en mis ojos, tu densa melena de color ébano centellea en mis ojos, el iris de tus ojos azules centellea en mis ojos, el iris de tus ojos verdes centellea en mis ojos, centellea esto y lo otro, arde, arde intenso, todo tiene su pareja; o tengo una doble visión como Hemingway, o hay dos de todo, como en el arca de Noé, pero ay, yo soy el polizón del arca; todo tiene su pareja, yo soy la única que no, porque no soy pareja, sino

triplete. (Incluso tiene nombre, signo: A2). Paralelepípedo. (Aquí: interjección. Porque el significado, *eigentlich*, se esconde en su uso, como diría Ludwig).

¿Cuál es la probabilidad de que, yendo y viniendo por la calle en el presente, se cruce uno con alguien del pasado? [¡Realizad los cálculos!]. ¿Y de que ambos nos veamos y nos reconozcamos? [¡Dividid, multiplicad!]. ¿Qué probabilidad hay de que si le invitamos a pasear venga, porque a) no ha estado todavía ese día lo suficiente fuera, o b) sencillamente solo porque algo le sugiere que vaya, pase lo que pase? ¿Cuál es la probabilidad de que surja algo, he aquí, en el quinto pino, de dónde es aparentemente imposible salir? ¿Cuál es la probabilidad de que aunque sea a duras penas, se pueda dar con la salida? ¿Y de que no se pueda? ¿Cuál es la probabilidad de que pueda uno librarse de esto sin volverse loco? ¿Y la de que no?

Cálculo de probabilidades: matemática de lo casual. Bella ciencia, alegre ciencia. Alegre, porque es optimista.

Tus párpados oscuros se abaten pesados, como las alas de un murciélago.

Visine.

Clase con el tutor-Ruso

La víspera de un viaje sin retorno
(imágenes de archivo)

Qué placer ver el equipaje como quien mira la nada

Fernando Pessoa

Я ЛАЙКА. Al habla la perrita Laika. No os asustéis, susurro porque estoy preparando esta grabación en secreto; si la descubren, estoy perdida. De todas formas, mi perdición es (есть) segura, pero ya que es así, al menos que resulte heroica, a fin de cuentas. ¿Quién no desearía una placa de cobre en la Ciudad de las Estrellas? ¿Quién no desearía un chocolate, un cigarrillo con su nombre? ¿Quién no desearía pavonearse en un sello de correos o ser el título de un disco de pop? Si hay alguien así entre vosotros que levante la mano. Ya lo veis. Niños, debéis saber la verdad. No os dejéis engañar. No os dejéis comer el tarro, chups, con todo lo que os dicen. Sed adultos como corresponde a unos niños soviéticos, sed desconfiados, estad siempre alerta y listos para llevar la contraria. Всегда готов! Esta grabación la estoy preparando para vosotros, niños soviéticos, para apuntarlo en el cielo cubierto de polvo de estrella:

TODOS NOS ESTÁN MINTIENDO, ORBITALMENTE.

Escuchad pues mi historia sobre la víspera del viaje sin retorno, накануне невозвращения.

Soy un chucho hembra de tres años, me llamo Laika (Ladradora), *antes*, Kudriavka (Rizadita), pero hay quien me llama Zhuchka (Bichito), bueno, me llamaba, en el bello y ya lejano pasado soviético. No conozco a mi padre ni a mi madre, vagaba por las calles de Moscú sin hogar, huérfana, pero al menos libre. Recorrí todos los recovecos de la ciudad, conocía de memoria todos los olores, sabores, sonidos, no hay quién conociera mejor que yo este maravilloso rincón de la Tierra. Y ahora, qué pensáis, ¿qué he ganado con ese saber? Pues nada, no he ganado nada con ese saber. A vosotros os enseñan día tras día que el saber es poder, pero no os revelan que eso solo es cierto si todo el resto del poder también está en vuestras

dulces manitas pringadas de chocolate. Ahora, cuando me dirijo a vosotros, estoy atada, encadenada, metida en una cabina minúscula, esperando que mañana, 3 de noviembre de 1957, me lancen al cosmos, de donde no retornaré jamás.

Ahora podríais preguntarme, por ejemplo, cómo es posible que alguien que en un momento está dando brincos por las calles de Moscú, dueño y señor plenipotenciario de su destino y su libertad, de pronto se vuelva, con ayuda de una bien dirigida trampa para perros, un muñeco desvalido, víctima escogida para el programa espacial soviético. Buena pregunta. Me alegro de que me la hagáis. No lo sé. Parece ser que a veces ocurre (→ история). Así que, segunda lección, tampoco es cierto que con la voluntad y el esfuerzo adecuados todo se pueda aprender y conocer. Pues no. Lo digo a tiempo: la cuestión del *por qué precisamente yo* ni se puede responder, ni se puede descubrir en ninguna circunstancia y en ningún momento, es un misterio indescifrable. Que nunca, никогда, os engatuse ninguna frase que comience con *la más alta voluntad*, sacudíosla de encima como el perro el agua. Aprended: el *no hay explicación* es lo más difícil de aceptar como explicación y a la vez una de las tareas más nobles —preparaos para ella día a día, hora a hora, y en el momento crucial colocadla bajo la lengua y dejad que ejerza su benéfico efecto—. Y no lo olvidéis: ¡falta de explicación no significa falta de sentido! Así que, ya sea así o asá, se compone una historia, y todas las historias se pueden interpretar de alguna manera, incluso de formas diversas. Acostumbraos pues a la severa libertad de la interpretación, a esa tarea bellamente difícil.

Transcurrió el tiempo y apenas un mes después del lanzamiento del primer Sputnik, que fue aceptado con un éxtasis mundial y maldecido inmediatamente por el enemigo, o sea el pueblo americano, un bello día de principios de otoño, el camarada Jruschov decidió que había que lanzar un nuevo Sputnik en homenaje al 40 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre. Y así fue. El decreto en cuestión entró en vigor el 10 de octubre, dejando apenas cuatro semanas para la preparación del nuevo Sputnik (→ chapuza —en ruso: ¿?—).

Nos prepararon a mis compañeras, Albina y Mushka (nota bene: todas somos chicas —chavales, si llega el momento, ocupaos del problema del джендер en la sociedad soviética—), para ser los primeros viajeros, los primeros seres vivos enviados al espacio (→ *enemigo pueblo americano;* → *ataque de rabia*). Niños, cuando escucháis esto, ¿no pensáis todos quién será el Afortunado Elegido que inscribirá su nombre para la eternidad en el Gran Libro de la Historia como Héroe de la Unión Soviética?, ¿quién será el que podrá traerle la gloria insuperable e inapreciable a su patria? ¿Y no pensáis a la vez que, jo, qué bueno sería que precisamente fuerais

vosotros quienes la consiguierais para la Patria? Claro que sí, eso pensáis, porque es lo que os enseñan, ¿verdad?, que por la patria, inquebrantablemente. Sin embargo, lo que no pensáis (porque no os lo enseñan) es que este *heros*, este ser gigantesco, no solo puede ser un pionero, un ingeniero o un fundidor, sino que incluso puede ser un perro hembra. [Niños, si llega el momento, ocupaos del problema de la igualdad de oportunidades y la movilidad en la sociedad soviética].

Así pues, no solo es que pueda ser, como muestra mi ejemplo: *¡debe ser!* (Niños, si etc., etc., ocupaos del problema de la brecha cada vez más pronunciada entre el *puede ser* y el *debe ser*).

Mi hermana Albina voló dos veces en un cohete experimental, en una trayectoria suborbital, a Mushka la mandaron para comprobar el funcionamiento de los instrumentos. Sin embargo, para el lanzamiento al espacio (→ *trayectoria orbital*) me escogieron única y exclusivamente a mí, a la perrita Laika, a mí me tocó ese honor inmortal, ese milagro inconcebible. Durante los preparativos nos encerraron a las tres en jaulas cada vez más y más estrechas durante periodos de entre quince y veinte días para acostumbrarnos a las circunstancias *venideras.* [Niños, si llega el momento, no viene mal que os acostumbréis a las circunstancias *venideras*. Entrenad sin descanso]. El estrés ocasionado por el espacio cada vez más reducido llevó a que no pudiéramos ni mear ni cagar, perdón, con lo cual evidentemente nos pusimos muy nerviosas y los laxantes que nos administraron tampoco pudieron compensarlo, solo con el entrenamiento tenaz, que entre otras cosas consistía en meternos en una centrifugadora y en simuladores de ruido, con lo cual (сюрприз!) nuestra tensión arterial se puso por las nubes. Niños, no os alarméis, debéis saber la verdad. La verdad no es bella, pero es interesante.

Llevo cuatro días sentada en esta estructura de la que todos saben que se va a hacer puré (→ en ruso: ¿?) en la primera vuelta. Me han puesto dos esbirros que me vigilan continuamente; intento hacer como un ventrílocuo para que no perciban el movimiento de los labios. No necesitan un perro que hable, sino uno que vuele.

Hoy, el tercer año de mi vida, la víspera del viaje sin retorno, me han afeitado todo el pelo con una solución leve de alcohol y me han marcado con yodo allí donde van a colocar los sensores. Van a registrar mis funciones corporales. Se llevarán una sorpresa. Mi corazón ahora mismo traquetea ya como el tambor de una lavadora a punto de caerse en pedazos. ¿Con qué contaban? ¿4-5 días? ¿Una semana? Anda ya. *Informarán* eso (→ *prensa;* → *medios de comunicación*), pero saben perfectamente que no aguantaré más de un par de horas. Se lo he oído al propio Maestro hoy por la mañana: no podrán solucionar el problema del

sobrecalentamiento. Así que lo que acabará conmigo no será una comida envenenada administrada por misericordia —como anunciarán—, ni el oxígeno que se irá agotando misericordiosa y gradualmente, sino un calor ardiente, estremecedor, abrasador, por encima de los cuarenta grados. Atada a mi trono ardiente, cantaré el himno internacional de los perros. Y mientras, los esbirros escucharán a Berlioz.

Queridos niños soviéticos, os hablo la víspera del viaje sin retorno. Mi ataúd volador dará exactamente 2.570 vueltas alrededor de la Tierra antes de arder en la atmósfera. Si miráis arriba, hacia el cielo, veréis al ángel de la muerte con aspecto de perro.

Tarea: Elegid una estrella, tantas como seáis. Unid las estrellas con líneas rectas y nombrad en mi honor las figuras obtenidas. Mi nombre, lo repito, es Laika. Que significa: ladradora.

Mientras, los esbirros escuchan a Berlioz.
No es una música interesante, pero es bella.
Buenas noches, niños.
Espero que ya estéis en la cama.
No podrán solucionar el sobrecalentamiento.
Tampoco vosotros podréis sobrevivir al sobrecalentamiento.
Buenas noches, pequeños moradores del Sputnik.
Todo es cuestión de perspectiva.
Desde lo alto la Tierra parece azul verdosa.
Una lesión que sana en más de ocho días.

Я ЛАЙКА.
Que significa:
ladradora.

En 1998 Oleg Gazenko, entrenador de Laika, declara lo siguiente: «Con el paso del tiempo lo lamento cada vez más. No aprendimos tanto en la misión como para justificar la muerte de la perrita». ¡Calculad cuánto es el *cada vez más!* ¡Elaborad un gráfico! ¡Calculad cuánto es *tanto!* Y por último: ¡Escribid una redacción con el título «¿A dónde enviaría a Oleg?»! ¡Esmeraos con las palabras!

Húngaro

Cómo no
(inventario parcial)

Ahora os contaré cómo no me encontré con Anna Lesznai. Salí al huerto para arrancar las malas hierbas de entre las verduras, el tomate y los pimientos tenían un buen aspecto, sobre todo teniendo en cuenta que al principio aquí no había nada, pero la lechuga y la col, cómo decirlo, tenían un aspecto lamentable, habían entrado conejos o corzos, quién sabe, sus hojas estaban hechas una piltrafa, todas medio mordisqueadas, Dios mío, pensé, he trabajado tanto para que una fugaz noche la verdura de mi trabajo se eche a perder, escudriñé por si veía animales en las cercanías o al menos huellas en la tierra, pero nada, el cielo estaba azul, el sol centelleaba casi amenazador, me calentaba en plena cabeza, había olvidado en casa el sombrero de paja, silencio en derredor, solo el murmullo del campo, y a pesar de eso tenía un inexplicable mal presentimiento, no habría podido explicar ni la razón ni su carácter, pero algo flotaba en el aire, como un grajo negro y pesado cuyo denso plumaje le arrastra hacia abajo, estaba segura de que si salía por el campo, encontraría una oreja cortada o algo parecido en el retamal, se abriría ante mí de pronto, como una herida secreta y rezumante en la superficie de la tierra, pero en lugar de eso contemplé los daños causados en el huerto con la mano a manera de visera, para protegerme de la fuerte luz, aunque aun así tuve que parpadear. Y fue entonces.

Ahora os contaré también cómo no me encontré con Margit Kaffka.

Salí al Gran Bulevar para comprar una bobina de hilo amarillo-sol, en mi vida los colores se suceden unos a otros como los años, quería enhebrarla en mi amada y nueva máquina de coser Singer y así puntear la bandera de la sección femenina que había prometido para el desfile del fin de semana, en el parque municipal, aunque hacía un tiempo tan sombrío, acorde a mi estado de ánimo, que más me hubiera apetecido jugar al ajedrez con Menyus en la vaporosa piscina de agua caliente de los baños Széchenyi, donde siempre se empañaban tan seductoras las lentes redondas de sus gafas de montura de cuerno, pero lo que es obligado obliga, una promesa es una promesa, la política es la política, y el amor, por el momento, no se me viene a la cabeza qué es, y en cualquier caso de alguna manera hay que pasar el tiempo, por un momento hay que convencernos de un montón de cosas, de que eso es lo importante porque de otra manera estaría sentada en el borde del camino con las manos entrelazadas y quizás eso sería lo natural; cualquier otra cosa solo es una

presunción engañosa, de lejos brillaba ya la alegre luz azul-rojiza de la mercería Röltex, los conductores se empeñaban en atropellar, como siempre, a los peatones en los pasos de cebra, los conductores de tranvía, también como siempre, cerraban las puertas ante las narices desengañadas de los viajeros que corrían esperanzados y sin aliento para alcanzar el convoy, entonces aceleré mis pasos para no estar así toda la tarde, compré un Noticias Vespertinas en la tienda de periódicos. Y fue entonces.

Ahora os contaré cómo no me encontré con Attila József.

Bajé a la Copacabana a jugar un poco al fútbol con los chicos, y eso que mi madre me había advertido de que no iba a acabar bien eso de estar continuamente jugando al fútbol con los chicos en la playa, no se lo tomaba, por así decirlo, nada bien, es que yo en principio era una señorita de buena familia, y que al final me iba a volver como un chico, aunque entonces le llamaba la atención a mi madre sonriendo, mamá, mira, si por casualidad me convirtiera en un chico, entonces por un lado sería como la leyenda del ciervo mágico, solo que al revés, por otro lado, ella no tendría que preocuparse más porque no me comporte como una señorita, dado que sería un chico, así pues qué giro tan práctico sería, pero en eso, mi madre me soltó un soberano bofetón, y te vas, hija mía, a donde te plazca, levanto la mano de ti, dijo serena, lo que no era cierto, porque precisamente en ese momento me había levantado la mano, pero dejémonos de detalles fútiles, el hecho es que el sol estaba bien alto sobre el paseo de la playa cuando crucé la calle, en la calzada los adoquines blancos y negros formaban juguetonas olas, los visitantes despistados podían informarse por ellos de que bastaba con levantar la cabeza y la mirada y se abría ante ellos el océano Atlántico, tendido perezoso más allá de la línea de arena en la playa, las olas, a la luz lánguida de bien entrada la tarde, apenas se encrespaban, pero después, como si les diera lo mismo, renunciaban a ello y lentamente, al igual que la Cruz del Sur avanza por el cielo, se arrastraban hacia la orilla y lamían los tobillos de los bañistas como animosos canes, mientras tanto, apresurándome, lancé a la arena las chanclas de marca Hawaiana, puesto que en la playa había que jugar descalzos, por lo que parecía, ya estaban fuera los dos equipos, después de que llegara corriendo Edson, de nuevo excusándose por no sé qué tiroteo en las favelas, siempre sale con esas, se cree que hay alguno que se lo traga, da igual, estaba perdonado porque no hay ningún extremo derecho en toda la playa como él, digo, podríamos empezar ya, solo que no estaban todavía sorteados los equipos, de cara al sol, verdad, es más difícil, entonces Zezé lanzó la moneda, todos miramos al cielo siguiendo su trayectoria, mientras atiendo, de reojo a la periferia y veo a mi madre, que se asoma por la ventana al otro lado de la calle y escruta la playa preocupada. Y fue entonces.

Ahora os contaré cómo no me encontré con Zsigmond Móricz.

Salimos a la estación, por fin toda la familia estaba reunida, tanto los parientes cercanos como los lejanos, no faltaba ni uno, primos vagos y papanatas, tías terceras amarillentas y orgullosas, padrastros de bigotes hoscos, bisabuelos bondadosos, primas altivas a montones, nueras embarazadas, hermanas listas, suegros campechanos, suegras de pechos desbordantes, hermanastros envidiosos, bastardos rollizos, abuelos avaros, abuelas adúlteras, tíos derrochadores, niños de futuro prometedor y bebés balbucientes, todos los que se pudieron reunir estaban allí, son pocas las ocasiones, de higos a brevas, así que había alegría, pues cuándo había sucedido por última vez que se reunieran hasta los parientes lejanos, porque la vida nos había desperdigado por los rincones más apartados del país, ni en sueños nos habríamos atrevido a desear que una vez en la vida todos sin falta pudiéramos reunirnos de nuevo, y era una felicidad incomprensible que no solo pudiéramos estar juntos, sino que además pudiéramos viajar hacia una meta secreta, ¿a quién no le gusta viajar?, ¿a quién no le atrapa la emoción palpitante, aunque sea solo pensar en un viaje, y mucho más si se trata de un viaje así de misterioso, cargado de secretos y esperanzas?, ya que entre los parientes más de uno no había puesto los pies fuera de su aldea, por no hablar de hacer un viaje más largo; así que allí estábamos, en el andén, por doquier multitud de pequeñas maletas, paquetes, hatillos, tantos y del tamaño que habían comunicado, porque hay que tener en consideración al resto de los viajeros, cuyo equipaje no cabría en el convoy, pues uno no quiere ser egoísta, aunque no podría decir que fuera una tarea fácil decidir qué se va a llevar uno consigo a un viaje de meta y tiempo indefinidos, y es que mientras tanto puede hasta llegar la primavera, y entonces tampoco viene mal llevar ropa ligera de verano, pero si la empaqueto, entonces no queda sitio para el oso de peluche, será mejor dejárselo al niño en la mano y así no solo cabrá la ropa de verano, sino también el diario y el set de maquillaje, así que como digo, estábamos allí, en el andén, en un barullo inmenso, empujones por todos lados, no sé por qué hay que dar empujones, si van a caber todos, es incomprensible cómo se comportan algunos, en lugar de alegrarse en silencio porque esté finalmente reunida toda la parentela, alegrarse por los demás de manera educada, como hicimos nosotros, dando buen ejemplo, mi papaíto siempre dice que un señor hasta en el infierno es señor, así que en un viaje espontáneo, cómo no serlo, y entonces de pronto, ay, casi se me detuvo el corazón por una alegría inesperada, llegó el convoy, lento, lleno de dignidad, lanzando humo, y después se detuvo resollando como un gigantesco hipopótamo, descorrieron las puertas de los vagones y sonó por fin sonora e impetuosa la llamada para subir, y entonces claro, subimos, ayudándonos unos a otros, cuidándonos, protegiéndonos, porque un pariente es un pariente, todos nos situamos como pudimos sobre los paquetes, no digo que

hubiera mucho sitio o que fuera muy cómodo, pero quién se preocupaba de eso, lo principal es que íbamos a salir de inmediato, quién sabe adónde, a lo desconocido, y entonces, de pronto, corrieron y atrancaron las puertas, se hizo la oscuridad allí adentro, como boca de lobo, sentí que por fin el convoy se ponía en marcha. Y fue entonces.

Ahora os contaré cómo no me encontré con Géza Ottlik.

Fui a nadar, como solía hacer cada día, Mari Szeredy mascculló algo, estábamos en la terraza de los baños Lukács, apoyadas en la balaustrada de piedra, y mirábamos la multitud de civiles tomando el sol, siempre hablaba en voz muy baja, pero yo siempre entendía lo que decía, eso ya lo había dicho una vez, cuando subimos por las maltrechas escaleras, le respondí resoplando: «¿Hm? Hm...», o algo así, media hora antes, abajo, al borde de la piscina, me había dicho que hacía un calor de perros, de la hostia, contesté, o quizás: es lo bueno, ya no sé exactamente qué, entonces no pensaba que hoy tuviera tanto que hablar, aunque hacía mucho que no nos veíamos, así que pensé, da igual: el hecho es que fui respondiéndole como debía, realmente hacía calor aquel día de julio de 1989, mirábamos las bellas barrigas desnudas de la gente, especialmente las de las chicas. Un sin fin de compatriotas se tostaban al sol en las tres grandes terrazas de la piscina, naturalmente los bancos, las tumbonas estaban todas ocupadas, en aquel momento no sentía ni una pizca de odio por la gran multitud, ancianos y jóvenes en bañador esperaban su turno ante las duchas sin el menor arrobamiento, incluso con una exagerada cortesía, solo sentíamos buena voluntad hacia los demás, como si quisiéramos ocultar nuestra bondad, avergonzadas, con una cortesía exagerada y mundana, por eso me sorprendí cuando Szeredy, de pronto, se puso grosera, primero solo apagó su cigarrillo y se dirigió a mí: «Te digo que me he mudado a casa de Magda», «Ajá», respondí, me lo decía ya por tercera vez, no la miré, sin embargo Szeredy tras un instante de duda empezó de nuevo, «¿Baby?», me dijo, «¿Sí?», «No me estás atendiendo», preguntó apacible, ese silencioso «No me estás atendiendo» significaba ahora que abriera de una vez los oídos ya que me estaba hablando, y que así y asá, y que mi madre y la otra, o sea que era una grosería bastante fuerte, aunque no significaba solo eso, en vano describiría sus indescriptibles groserías, la pregunta de Szeredy expresaba un reproche mucho más apasionado, y algo más, es difícil explicárselo a un extraño, la importancia de las cosas y a la vez la insignificancia de la importancia, muchas cosas que habíamos estudiado antaño juntas, la idiota inverosimilitud del mundo, así pues sonreí burlona y respondí que y tú también, cielo, con tu pelo rizado, y que te den, pero como llevábamos más de treinta años sin usar entre nosotros, tampoco Mari ante otros, la obscena lengua cotidiana de la escuela —o al menos cotidiana para nosotras antaño—, la respuesta solo sonó así: «Ajá, lo sé, con Magda», «¿Lo sabes?», «Me lo han dicho», vi que escrutaba

mordazmente mi rostro, escuchaba mi entonación, y eso que ni siquiera estaba fijándome en ella, tenía un oído excelente, «¿Qué miras?», preguntó dirigiéndose hacia donde miraba yo, «Se ha quedado libre una tumbona», dije, pero apenas nos pusimos en camino hacia la cama que había quedado libre, unos chavales más lanzados nos la quitaron ante nuestras propias narices, tendríamos que habernos acercado antes, apuntar, «calcular la distancia», después lanzarnos, ya que aquí y allá se levantaban de las tumbonas para nadar un poco o para ducharse: dejaban sus trastos, periódicos, bolsos; la técnica consistía en que uno atendiera a aquel que estuviera recogiendo sus cosas en serio y después..., pero da lo mismo, dejémoslo, hice como si culpara a Szeredy de nuestro fracaso, «C», dijo «Hp», Szeredy también se rio. Y fue entonces.

Ahora os contaré también cómo no me encontré con Sándor Weöres.

Salí a la galería el domingo por la tarde para tomar un poco el fresco, en la vecindad, como es habitual, gritaban de nuevo, debían de estar en la habitación que daba a la calle, ya que no se podía entender exactamente cuál era el problema entre ellos ahora, solo me pareció escuchar en la lejanía lo siguiente: Aparta tu puño de hierro de mi mano, Sanyika, cielo —no entendí la respuesta—, pero unos momentos después escuché algo más: brizna de cebada, escalera de mano, chiribiri. Y fue entonces.

Ahora os contaré cómo no me encontré con Ágnes Nemes Nagy.

Bajé a tomar un chupito al Tik-Tak, ya estaban cerrando, pero como soy cliente habitual me dejaron entrar, afuera llovía desconsoladamente, en el cielo oscuro la luna nueva brillaba sin fuerza, neblinosa, y la luz azul de neón del reloj de cuco que se enseñoreaba en la entrada del bar caía oblicua en la acera húmeda, metí también al perro, no fuera que tuviera que joderse el pobre allí a la intemperie, no se molestaron, por allí iban muchos tipos con perro, por qué no iban a poder entrar en una taberna, estaba hecha polvo porque ese día habían inaugurado una nueva composición escultórica en la plaza Királyhágó, Joliot Curie de nacimiento, con ciervos mágicos o no sé qué mierdas, así se pudran, pensé, tenemos una buena plaza, a una le gusta sacar allí al perro, y entonces le plantan ante las narices esa visión, ese *je ne sais quoi*, esa cosa que uno querría ver cuando a las ranas les crezca barba, esa cursilería *überscheiss*, a veces se me ocurren palabras como, por ejemplo, *con su amparo*, la Madame preguntó que de dónde me había surgido la idea de usar esa palabra *con su amparo*, y yo no hice más que balbucir que pues, ya sabe, ha venido así por las buenas, no sé de dónde, y realmente no lo sabía, uno no piensa en tales cosas, porque si hay que pensar en ello, entonces es que va mal, se agota, como la leche de una madre, no vale la pena arriesgarse, así que voy recorriendo tan campante la calle Királyhágó, esta vez nada me pesa en el alma, excepcionalmente el perro

tampoco se detiene en cada árbol, trota junto a mí, avanzamos a buen ritmo, enfrente viene esa simpática técnica de rayos X del hospital, solo me gusta hacerme radiografías con ella, porque ya que una tiene que revelar su interior, no es lo mismo quién lo vea, ¿verdad?, sonreímos, nos saludamos, seguimos avanzando y entonces, de pronto, se me aparece la plaza, la plaza Joliot Curie, porque para mí siempre será Joliot Curie, el lugar en el que he tenido la mejor vivienda de mi vida hasta ahora, que por ningún dinero, pero ninguno, la cambiaría, a no ser que sea por otra exactamente igual en la plaza Joliot Curie, con vistas al monte Sas y todo eso, y entonces, de pronto veo esta monstruosidad, parece que la han descubierto en el transcurso del día, mientras la construían al menos estaba llena de andamios y bondadosamente cubierta con una lona, para no dañar la vista, y de pronto ahora ese trasto infame, ese síndrome de centro comercial, está estropeando la zona alta de la plaza, y desde ahora todos los días, cuando mire por la ventana, no habrá una vista con castaños, sino ese error fatal, y ante tal pensamiento me amargué tanto que decidí estar todo el día bebiendo en todos y cada uno de los bares de los alrededores, a modo de protesta, y parcialmente reconfortada por este mudo plan subí corriendo al tercer piso para coger algo de dinero, luego bajé corriendo hacia la taberna para no perder un instante, del ímpetu casi tuve un encontronazo con el pobre de Balázs Lengyel, que estaba ante la pastelería Rigó Jancsi lamiendo un helado de cuatro bolas. Y fue entonces.

Y ahora os contaré cómo no me encontré con Péter Nádas.

Subí a la isla de Rügen para despejar un poco la cabeza, porque el inesperado encuentro berlinés había hecho tambalearse peligrosamente mi equilibrio espiritual, tan difícilmente conseguido, y ya ni siquiera podía pensar, no oía mis propios pensamientos, tanto era el ruido por culpa del Love Parade, bueno, pensé, he aquí la ocasión perfecta para ver por fin cómo es un mar septentrional, hay quien colecciona botones, postales o servilletas, y yo colecciono mares, podríamos decir que es un defecto de nacimiento, codificado como el ADN, porque al que le traen al mundo junto al mar, ya sea este cálido o frío —el océano Atlántico, desde ese punto de vista, es un caso interesante, porque ya pueden ondear palmeras en la orilla, ante el cálido viento, el agua está sorprendentemente fría—, no se libra fácilmente, se convierte en una pasión fatal, en caso de privación se presentan síntomas de abstinencia, el cuerpo de uno empieza a empaparse, la literatura especializada lo llama retención de agua, la razón que lo produce es el nivel reducido del mar fuera del cuerpo, contra el que el cuerpo se defiende aumentando el nivel de agua interior, lo que puede provocar síntomas de lo más desagradables, por ejemplo si uno presiona la piel del muslo, en el lugar de la presión aparece un círculo de color blanco durante un tiempo, los pantalones empiezan a apretar despiadadamente, en una ocasión un masajista me sacó el agua con un

masaje, corrí hacia el escusado como a quien lo disparan con una escopeta, estuve orinando casi durante veinte minutos (orinar es andar trajinando con agua) y después me quedaba fantásticamente holgado el pantalón, pero nada ni nadie puede sacarle de uno el mar a masajes, de alguna manera siempre está allí, en forma de presencia, ausencia, felicidad, tristeza, satisfacción o deseo, pero está allí, pertinaz, testarudo, como la malaria, pueden tratarse sus síntomas, pero siempre queda algo, un *residuum*, un resto, se asienta tranquilamente en el fondo y en el momento dado, si algo lo revuelve, surge un tornado emocional o algo así, entonces resulta tremendamente difícil calmarlo de nuevo, se arrebata, abate, inicia un frenesí imparable y entonces no es posible hacer otra cosa, no hay modo, técnica, solo cabe marcharse al mar más cercano, ya sea frío o cálido, lo fundamental es que si uno se pone a oler el aire, sienta que está en casa, lo fundamental es que si uno se pone a oír el aire, escuche que está en casa, lo fundamental es que si uno echa un vistazo alrededor, entonces vea que ha regresado al hogar, que ha llegado el momento del regreso a casa, que ¡chis!, alma encrespada, estamos en casa, así que como era este el mar que me pillaba más cerca, me decidí y subí a Rügen, porque lo sucedido en Berlín no me dejaba tranquila, pensaba, ahí hay un pequeño casino en la costa rodeado de rocas resplandecientes, blancas como la tiza, nada más llegar entré y lo aposté todo a un solo número, ¿debo decirlo?: perdí, salí a la costa, donde soplaba restallando el viento, me quité los zapatos, me arremangué las perneras de los pantalones y me adentré en el mar helado, y cuando ya sentía que no sentía nada, partí hacia dentro, para que me acogiera, si es posible, porque había llegado a casa. Y fue entonces.

Escribe una redacción sobre el siguiente tema: si pudieras elegir, ¿con cuál de tus autores preferidos no te encontrarías?

Recreo

El maravilloso regreso de la risa

Nadie lo entendía. Nadie entendía de dónde había salido de pronto. De dónde narices, de qué cuchitril de madera podrida, de qué triste agujero del culo de Papá Noel, de qué áspera cola de murciélago, de qué pocha plantilla para pies planos del zapato de cristal que no le cabía a Cenicienta, de qué parte de mi espalda engomada, de qué pico del Jungfraujoch, que resplandece cristalino y gotea suavemente por el calentamiento global, de qué cáscara de la cresta de un tsunami, de qué bolsa bien escondida de un jerbo del desierto. De dónde pues. Nadie lo entendía. Cuándo ya estábamos tan bien sin ella. Nos habíamos acostumbrado a su falta, teníamos incluso el lugar del que faltaba y había sido alquilado para la eternidad. Estaba revestido de terciopelo, uno podía acurrucarse en él tranquilamente, acomodarse como un gran gato gris en su cesta expuesta en un escaparate soleado, uno podía desperezarse agradable y tiernamente en él y dejar que los rayos de sol le calentaran el lomo. Podía contarse con ello, se podía saber con toda certeza que no estaba, era el punto tranquilizador de Arquímedes de todos los días. Todo había sido ideado a la perfección, cuántos metros con el hatillo al hombro, «mi corazón no más». Y de pronto, hela aquí.

Cierto que al principio apenas se podía percibir. Solo la vieron los que se levantaban muy temprano, al alba, con los gallos, así como de vez en cuando con las ramerillas, y a escondidas pudieron ver cómo se deslizaba en silencio con los primeros rayos del sol y le lamía a los durmientes la curva del cuello, las axilas y cada uno de los dedos de los pies, incluyendo los meñiques, dedo por dedo, escrupulosamente. Estos afortunados elegidos apenas podían creer a sus ojos, y apenas podían creerlo también aquellos a los que se lo susurraron, se lo contaron, a hurtadillas. No me digas, anda ya, qué va, y qué bien que no quieras soltarme un embuste todavía mayor en mi jeta, y otras indecencias les soltaban, y eso que los pobres solo habían intentado compartir su propia experiencia, pero en vano. De entre los dormilones ni uno solo lo creyó. Hay que levantarse antes, les decían, pero precisamente se trataba de eso, de que los que se levantaron antes vieron lo que los que se levantaron más tarde apenas podían imaginar, no ya creer. [¿Se puede acaso creer lo que ni siquiera podemos imaginar? ¡Argumenta a favor o en contra!] Así que los

madrugadores abucheados se vieron obligados a observar, en pequeños grupos, la extensión paulatina de la risa, si los dormilones no les creían, al menos ellos se podían ofrecer ayuda mutua. Después, lentamente la cosa empezó a propagarse.

Ya no solo los madrugadores, sino también los medio madrugadores se dieron cuenta de que algo no cuadraba, lo sentían al lavarse los dientes, cuando se miraban al espejo, lo sentían cuando sacudían a sus hijos del sueño comatoso para mandarlos a la escuela, lo sentían cuando se iban al mercado a hacer la compra, o cuando se subían al autobús inverosímilmente lleno e inverosímilmente sucio, y lo sentían cuando miraban por la inverosímilmente sucia ventanilla del inverosímilmente sucio autobús. Mientras que en otras ocasiones solo observaban las imágenes grabadas en el hollín y la mugre, sin ver absolutamente nada, ahora de pronto se abría ante ellos una luz resplandeciente y dorada en las aguas del río, y el leve declive, medio tempranero y bañado por el sol, de los montes que se elevaban suavemente en la otra orilla, y entonces les invadió una intranquilidad persistente, que antes habían creído posible ahuyentar, hasta que vieron la sonrisa que se extendía, por el momento, aún titubeante, pero bien visible, y que incluso resaltaba en los rostros de media madrugada de sus compañeros de viaje, y entonces presentían que algo se había desbordado, pero que ellos no habían nacido para colocarlo en su lugar (fuera lo que fuese). Por eso se hundían confusos en sus periódicos e intentaban hacer como en otras ocasiones, intentaban hacer caso omiso de sus compañeros de viaje, se esforzaban en ignorarlos fría e innoblemente, pero ya era tarde, muy tarde (en vano habían medio madrugado), porque en la comisura de los labios ya aparecía esa suave sonrisita, una sonrisa incipiente, un nudo de sonrisa, una planta de sonrisa, un moquito de sonrisa, un eructito de sonrisa, que independientemente de cuánto se esforzaran, no había forma de reprimir. Todos se sonreían en el autobús. Era horrible. *Nie gehört*, como diría mi abuela. Ocasionalmente: *nicht normal*. Pues algo así.

Después, naturalmente, llegó la hora de los dormilones, *a las cinco de la tarde, eran las cinco en punto de la tarde*. Bueno, esta ya es la hora de los muy, pero que muy dormilones, sin embargo, por falta de tiempo no podemos especificar todas las fases por separado, porque la cosa se extendió a tal ritmo que para cuando llegáramos al final, ya no habría tiempo de avisar al turno de noche, y no sería correcto con respecto a ellos, a fin de cuentas siempre les toca tragarse la injusticia social, porque todos piensan que el que duerme todo el día, que se vaya a la mierda, cuando es precisamente lo contrario. Así pues lo digo, llegó la hora de los dormilones también, y para entonces ese carajito minúsculo, originalmente surgido como germen de sonrisa, se había convertido en una verdadera risa que desfilaba por toda la ciudad, podemos decir que barrió toda la ciudad, como un buen tornado de Iowa oriental, ante el

cual hasta los granjeros entrados en años, bien curtidos, arquean las cejas. Ya ni siquiera quedaba tiempo para huir al refugio antiaéreo, no quedaba tiempo para esconderse bajo la mesa, no quedaba tiempo para ponerse un disfraz, no quedaba tiempo para devolver los billetes, no quedaba tiempo para esperar que se derritieran los cubitos de hielo en los vasos de whisky, no quedaba tiempo para negar hasta la extenuación, no quedaba tiempo para disimular (¡y eso que siempre tiene que haber tiempo para eso!), no quedaba tiempo para alargar el tiempo, lo que es más, no quedaba tiempo en absoluto, como tal, porque todo se había solidificado, extendido sobre la ciudad en una risa inmensa de fuerza huracanada, como la cáscara transparente de un lugar de diversión microclimático japonés, acumulador de energía solar, y tomó el poder en un abrir y cerrar de ojos. Ahora los medio madrugadores y los dormilones sí que lamentaban de verdad el no haber creído a los madrugadores, ya que entonces habría sido posible todavía poner en marcha el plan B, que habría lanzado automáticamente los misiles de defensa, y de la sonrisa no habría quedado ni rastro.

Pero bueno, no os pongáis tristes, porque si hay que reír, reímos, no hay ningún problema, qué le vamos a hacer. Y que quede entre nosotros, lo que tramaba el pueblo era hacer como si riéramos, pero que *en realidad*, por dentro, no nos riéramos. Ese era el plan de lucha. Y así fue. O al menos creímos que así era. Reímos de noche, reímos de día, estuvimos de buen humor, jajá, no nos quejábamos. Si nos preguntaban cómo estábamos, no largábamos nuestro habitual diluvio de quejas, sino que hacíamos un ademán, no tiene importancia, y soltábamos una sonora carcajada. Cada risa era como un puñetazo en la boca del estómago, pero un hombre de verdad aguanta cualquier cosa (con las mujeres quién sabe cómo era esto). El tiempo fue pasando y de pronto nos encontramos con que por cualquier risa nos recorría el cuerpo de la cabeza a los pies un sentimiento extraño, hormigueante, como en la piscina de olas en los Baños Gellért o con un vibrador a pilas de cinco velocidades, pero si no así, al menos tanto como un masaje corporal homoerótico ilícito en una escuela de chicas, es decir, era irresistible hasta los últimos extremos, y ya solo los más ancianos recordaban cómo era cuando alguien intentaba resistirse, allá por cuando la rebelión estudiantil del 68. De pronto nos dimos cuenta de que había que dejarlo, que sonara en la calle, las plazas, el valle, las montañas, que no había que avergonzarse, porque todos estaban ya infectados, toda la ciudad era un gran campo de risas de jarabe de arce, donde afluían los turistas desde las zonas más lejanas de la Tierra para ver un milagro a cambio de su dinero, y sin demora nos incluyeron en la lista como la onceava maravilla del mundo, aunque por lo que recuerdo, la décima estaba bastante lejos de ser tan maravillosa.

El tiempo fue pasando y la gente de la ciudad, de manera nada condenable, empezó a pensar de dónde narices, de qué cuchitril de madera podrida, de qué lamentable y etcétera había surgido de improviso

esa risa, qué podía haber causado el regreso de la risa, que podríamos denominar fantástico, aunque al mismo tiempo por completo incomprensible y algo agorero. Porque los más ancianos revelaron que hacía mucho, antaño, antes incluso de los tiempos de Maricastaña, existía una risa orgánica naturalmente exuberante, surgida de manera espontánea, pero luego un día, una tarde, a eso de las cinco y cuarto, en ese tiempo muerto opalino, en la semipenumbra, cuando todos se distienden porque sienten como si verdaderamente el tiempo hubiera muerto y nunca más se fuera a reanimar, pues entonces, la risa desapareció en un abrir y cerrar de ojos, y cuando la ciudad se despertó de la siesta no quedaba el menor rastro de ella. En vano designaron chivos expiatorios (*the usual suspects*), en vano se señalaron con el dedo unos a otros; pasó lo que pasó: había desaparecido. Y ahora volvía a estar aquí. ¿Quién lo entiende? La ciudad se rascaba la cabeza y la gente se miraba desconcertada. Entonces como una última instancia, pusieron el telediario, por si acaso se enteraban de algo, aunque ya solo los más ancianos recordaban cuándo había sido posible enterarse de algo por el telediario, y he aquí el milagro, los locutores, dos mujeres riéndose a dos carrillos, informaban precisamente de que Caperucita Roja, sí, la Caperucita apreciada por todos nosotros, había quedado por fin embarazada del lobo, y que la abuela le había perdonado ya el bodorrio avergonzante y absolutamente inaceptable, y ahora toda la familia super *cool* se alegraba de que dentro de poco fuera a nacer el Peque Ñin (si ya el nombre de la madre llevaba una partícula diminutiva, que el nombre del niño fuera el doble de eso, era una regla ancestral y todos estaban inclinados a respetarla).

Así que fue este giro inesperado el causante directo y, recapacitando, evidente del maravilloso regreso de la risa.

Y si no hubierais reído tanto, os habría hecho sentar separados y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

¡Dibujad un árbol de familia alternativo! ¡Comparad cuál de vosotros tiene unas raíces más gruesas y profundas, después intentad explicar por qué eso está bien!

¡Idead unos ejercicios de aritmética en los que el total de la risa sea constante!

Por último: ¡¿queréis revelar ya de una vez los de allí atrás qué os parece tan gracioso, para que nos riamos nosotros también?!

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Título original: *Esti iskola. Olvasókönyv felnötteknek*

Edición en formato digital: julio de 2015

En cubierta: Diseño e ilustraciones de © Agnes Eperjesi

c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

ISBN: 978-84-16396-65-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com